

No todo lo que hay en nuestras Biblias es inspirado por Dios

Neil Rees

No todo lo que hay en nuestras Biblias es inspirado por Dios

Un examen honesto de algunas de las "ayudas" incorporadas en nuestras Biblias, y su efecto en nuestras creencias y prácticas como Iglesia misionera

1ª edición, 2000; edición electrónica, mayo 2012

Copyright © Neil Rees

Todas las citas bíblicas son tomadas de la Santa Biblia, edición "Dios Habla Hoy", revisión de 1992 (DHH), o la edición Reina-Valera, revisión de 1960 (RV), ambas publicadas por las Sociedades Bíblicas de España y las Sociedades Bíblicas Unidas.

1: No todo lo que hay en nuestras Biblias es inspirado por Dios

No todo lo que hay en nuestras Biblias es inspirado por Dios. Y ¡cuidado! Soy un evangélico normal y corriente, o así lo creo. No busco propagar herejías ni doctrinas "raras", ni fomentar una falta de confianza en las Sagradas Escrituras. Creo en II Timoteo 3:16, y en la infalibilidad de las Escrituras. Acepto la Biblia como Palabra de Dios.

Pero todavía afirmo que no todo lo que hay en nuestras Biblias es inspirado por Dios.

Como la concordancia, por ejemplo. O el glosario. O los mapas y los planos, la introducción, las tablas de pesas y monedas, las notas a pie de página, las referencias y estudios, la página de "donde hallar ayuda cuando...", el índice, las abreviaturas usadas, el "copyright" de la primera página, el número ISBN, o las letras doradas de la funda de cuero, entre otras cosas que consideraremos más a fondo a lo largo de este libro. Incluso, si somos sinceros, tampoco está inspirada la misma traducción en sí, la expresión en castellano del pensamiento divino revelado en los escritos de los autores bíblicos inspirados, cada uno, en su idioma nativo, o sea, hebreo, arameo, y griego.

Gracias a Dios, tenemos hoy día una selección amplia de Biblias, traducciones para todos los gustos, ediciones de estudio, con comentarios y concordancias, notas de referencia ; la sabiduría acumulada de los eruditos más reconocidos hoy en día a nuestra disposición. Y por si fuera poco, ahora la informática pone a nuestro alcance métodos nuevos para estudiar el significado de las palabras en su idioma original, hacer búsquedas por frases, no sólo por palabras, comparar distintas traducciones, y mil otras formas para sacar mayor provecho de la Biblia, la Palabra de Dios.

Pero en esta avalancha de información, que en la mayoría de los casos sin duda nos ayuda a acercarnos al significado original de la eternamente relevante Palabra de Dios, no debemos olvidarnos de que algunas de estas "ayudas" pueden esconder detalles pequeños, pero importantes, de la revelación original de Dios en la Biblia. El motivo de este corto libro es ayudar al lector a remover alguna u otra de estas imposiciones a la Palabra de Dios, y percatar un sentido hasta ahora escondido de textos en su mayoría ampliamente conocidos.

Y es nuestra esperanza y oración que así podamos acercarnos un poquitín más al autor de esta Palabra de vida, al Señor Jesús, y conocer otro poquitín más de su corazón por un mundo que todavía no le conoce. Cada página de la Biblia nos revela su deseo de reunir a su novia de todas partes de este mundo; consideraremos nuestro propósito cumplido si al terminar la lectura de este librito, además de haber disfrutado de la lectura y aprendido a leer la Biblia desde otra perspectiva, el lector ha entendido algo más el corazón misionero de Dios, y pone a disposición su propio corazón y su vida entera para servir a nuestro Señor. A Él sea la gloria, ahora y para siempre.

Y finalmente, que sepas que lo del título sólo está diseñado para chocar un poco, pero que creo tanto en la inspiración de las Escrituras como tú. No te preocupes - no estás delante de un esfuerzo por desacreditar la Biblia. Como bien dicen las propias Escrituras, ni una jota ni una tilde, ni un punto ni una coma, se les quitará, hasta que suceda todo lo que está escrito en ellas.

Ah, y por sí no te habías dado cuenta, este capítulo realmente es la introducción al resto del libro. Pero, como bien sabrás, son pocas las personas que leen la "introducción", y aun menos el "prefacio", así que me pareció bien disfrazar la introducción como el primer capítulo. Espero que sepas perdonar este pequeño subterfugio, y disfrutar de lo que queda del libro, ya consciente de su propósito y el marco en el cual se ha escrito.

2: “Capítulo Uno”

Era la primera vez desde que abandoné la iglesia metodista de mi madre, a la edad avanzada de doce años, que entraba en una iglesia evangélica. Dispuesto incluso a pasar por el umbral de un lugar tan incógnito para poder seguir con mi posible “ligue”, me encontré en un estudio bíblico sobre la muerte. ¡Vaya tema para un principiante! Me pusieron en las manos un tomo grueso, y anunciaron el pasaje que serviría de punto de partida para el estudio - “primera de Corintios, capítulo 15”.

Todavía no había aprendido el arte de los creyentes de no usar el índice cuando no saben dónde se encuentra un libro en la Biblia, así que rápidamente encontré el libro en cuestión. (A propósito, esto es algo que nunca he llegado a comprender. ¿Por qué nos repugna tanto usar el índice de la Biblia? Parece que así los demás se darán cuenta que no leemos nuestra Biblia lo suficiente. Pero vamos, encontrar Nahum no es fácil, aun para el creyente más “ratón de Biblia”. Así abrimos la Biblia y hojeamos rápidamente las páginas, como si sólo nos costara localizar el libro mencionado en el mismo sitio donde lo habíamos dejado, mientras que nos da una tortícolis al mirar de reojo al vecino para intentar captar la ubicación del citado texto, pero sin que nadie nos vea. ¡Qué niños somos! Delata más esta “vacilación controlada” por la Biblia que el uso del índice.)

Pero vamos al grano. ¿Qué era esto de “capítulo”? Estaba acostumbrado a capítulos como en los libros normales, es decir, con un título arriba, en una página nueva, y mayormente con un espacio al final del capítulo anterior. Según mi experiencia hasta la fecha, los propios “libros” de la Biblia parecían “capítulos”. Luego me fijé en los números grandes repartidos por el texto, y aprendí las reglas del juego. Había descubierto como seguir los capítulos de la Biblia, y tampoco tardé

mucho en captar los versículos. (¡Qué listo!)

Capítulos. Como habrás notado, la Biblia está dividida en capítulos. Pero no siempre fue así. Fueron añadidos mucho después de haberse escrito cada libro. Es que, como digo, no todo lo que hay en nuestras Biblias está inspirado. Empecemos con estas divisiones llamadas “capítulos”.

No existe ningún manuscrito “original” de la Biblia. Los originales, conocidos como “autógrafos”, textos escritos en rollos de pergamino o papiro por los autores bíblicos, desaparecieron hace muchos años. Lo que tenemos hoy en día es un texto basado en las miles y miles de copias de estos textos originales que se hicieron a lo largo de los siglos.

No quiero decir con esto que nuestro texto bíblico no fuera fiable, ni mucho menos. La fiabilidad de nuestro texto actual ha sido ampliamente demostrada, pero queda fuera del ámbito de este estudio entrar en mayores detalles. Gracias a Dios, tenemos unos textos fidedignos, preservados según la voluntad de Dios a través de largos siglos, y podemos tener confianza de que el texto básico usado para las traducciones bíblicas modernas es esencialmente el mismo texto que aquel que fue inspirado y escrito hace tantos años. Donde existen dudas, son mínimas, y no afectan para nada ni el sentido de las Escrituras, ni tampoco el cuerpo de doctrinas cristianas.

Sin embargo, ni el texto original -los “autógrafos” inspirados por Dios- ni las primeras copias de éstos que circulaban en la iglesia primitiva, tenían el mismo aspecto que nuestras Biblias modernas. Consideremos especialmente los escritos griegos del Nuevo Testamento. Inicialmente, el texto fue escrito sobre rollos de papiro únicamente en mayúsculas, sin acentos, e incluso sin signo de puntuación alguno, ¡y hasta sin espacios entre las palabras! Normalmente, fueron escritos en columnas con el mismo número de letras en cada una, repartidos horizontalmente a lo largo de un rollo de pergamino o de papiro. Era algo como el siguiente párrafo:

LEERUNESCRITOBIBLICOENTONCESNOERA
DELTODOFACILYHABIAQUECONOCERBIEN

EL IDIOMA SU VOCABULARIO Y SU GRAMÁTICA
PARA PODER ENTENDER LO QUE UN TEXTO
DE EL HECHO DE NOTENER NIPUNTOS NI COMA
NI MAYÚSCULAS PARA DEFINIR EL PRINCIPIO
DE UNA FRASE BASTANTE SILECTURACREO
QUE YA SE HADICHO LO SUFICIENTE COMO
COMPLICADO PARA QUE TODOS PUEDAN
COMPROBAR LA VERDAD

Queda claro, ¿no? Para los que de verdad no han podido descifrar estas dos columnas, o son demasiados vagos como para intentarlo, o los sencillamente pillines, hemos transcrito el texto al final de este capítulo.

Aunque muy pronto se empezaron a usar pergaminos agrupados en libros llamados “códices”, esta práctica siguió hasta el siglo IX aproximadamente, y es reflejada en los mejores manuscritos hoy existentes, conocidos como “unciales”. Sin embargo, era un proceso lento, y la demanda de copias de la Biblia ya exigía métodos nuevos. Sin poder recurrir a ordenadores e impresoras láser, ni la imprenta más básica, cada copia tuvo que hacerse a mano. Así se empezaba a usar una letra cursiva, minúscula, y este estilo vino a ser común a partir del siglo X, en los manuscritos conocidos hoy como “minúsculos”.

Pero no sólo se empezaba a escribir usando minúsculas. Ya a partir del siglo VI se había empezado a hacer uso de los espacios, y durante los próximos siglos los escribas echaron mano de la puntuación, los acentos, otras ayudas de pronunciación, ¡y hasta signos de interrogación! Sin embargo, ninguno de éstos formaba parte del texto original, inspirado.

Ahora bien, volveremos más tarde a la falta de signos de puntuación. Lo que nos interesa ahora es la división del texto bíblico en capítulos. Veamos.

Cuando Pablo escribía una carta a una congregación, era una carta, así de sencillo. Dudo que Pablo imaginara que casi dos mil años después millones de personas alrededor del mundo entero estarían

leyendo lo que él había escrito desde la cárcel de Roma a la congregación de Filipos, por ejemplo. No le cabría en la mente que se habrían escrito miles de páginas de estudios acerca de sus obras, y que creyentes del mundo entero se mandarían citas de sus cartas personales para animarse mutuamente. ¡Fliparía!

Él escribía sus cartas como tú o yo las escribimos hoy en día. Se sentaba delante de su ordenador, encendía la pantalla y... Bueno, sin recursos tecnológicos modernos. Cogemos un papel y una pluma (boli, lápiz), y escribimos. “Querido amigo...” Y así seguimos, expresando nuestro pensamiento hasta llegar al final. “Que el Señor te bendiga. Con un fuerte abrazo, Mengano”. No pensamos en dividir nuestra carta en “capítulos”, ni mucho menos “versículos” para que pueda estudiarse con mayor facilidad, o para que futuros lectores puedan referirse a ciertas partes de ella sin confusión. ¡Ni hablar! Escribimos, ¡y punto!

Así hizo Pablo, junto con los demás escritores bíblicos. Escribieron sus diversas obras pensando en su receptor inmediato, y sin darle formato para una presentación posterior. Todas las divisiones encontradas en el texto de la Biblia son adiciones posteriores, y no forman parte del texto inspirado.

Bueno, no todas, pero a grosso modo es la realidad del texto bíblico. Las únicas divisiones propiamente dichas que pueden considerarse parte de los “autógrafos”, o textos originales, son las divisiones naturales de los salmos, que se presentan como canciones separadas, mayormente cada uno con su propio título. Esta división se ve aun más claramente en aquellos que son poemas acrósticos, donde cada “versículo” empieza con una letra consecutiva del alfabeto hebreo (por ejemplo, los salmos 9 y 10 juntos, 25, 34, 37, 112, entre otros), o como el salmo 119, en el cual todas las líneas de una misma estrofa empiezan con una misma letra del alfabeto hebreo, y así consecutivamente a través de las 22 estrofas. El libro entero de Lamentaciones (menos el último capítulo) también se vale de este sistema.

Pero aparte de estas divisiones naturales que resultan del estilo literario usado, los textos originales de la Biblia desconocen división

alguna. ¿De dónde entonces tenemos las divisiones usadas en nuestras Biblias hoy en día?

La Torah (los cinco primeros libros de la Biblia) fue dividida en secciones llamadas *sedarim* antes del cautiverio, y unas 54 secciones conocidas como *parashiyyoth* fueron elaboradas durante el cautiverio babilonio. Más adelante otras divisiones más pequeñas fueron agregadas. De igual modo, en el segundo siglo a.C. divisiones conocidas como *haftaroth*, que correspondían a las *sedarim* del Pentateuco, fueron colocadas por los Macabeos en los libros proféticos.

Los Masoretos, los escribas judíos que preservaban y copiaban el texto del Antiguo Testamento, añadieron vocales al texto hebreo a partir del siglo X, y luego comenzaron a colocar señales en los márgenes de los textos para indicar el principio de un “capítulo” nuevo. Estas divisiones llegarían a ser aceptadas de manera general sobre el año 1330. La primera edición del Antiguo Testamento en hebreo con marcadores para capítulos y versículos se publicó en el año 1571.

(Y, saliendo del guión de este capítulo en algo, ahí hay otro punto que da bastante que hablar, lo de las vocales de las Escrituras escritas en hebreo y arameo. El texto inspirado del antiguo testamento fue escrito enteramente sin vocales, lo que también puede dificultar su comprensión. El hebreo es un idioma, como la mayoría de los idiomas de la familia semítica, que puede entenderse normalmente cuando se escribe sin las vocales, aunque a veces sí da lugar a cierta confusión. Pero por lo menos no es como escribir el castellano sin vocales. Así, no sabríamos si “VYMLGSTTDSPTS” significa “Voy a Málaga si tu tío da su piso” o “¡Vaya! Me lo gasto todo - así pasa.”

Es por ello que distintas traducciones de ciertos versículos del Antiguo Testamento pueden diferir bastante, sin que tengamos que quejarnos del equipo de traductores. De este modo Salmo 73.4 se traduce correctamente “Porque no tienen congojas por su muerte, pues su vigor está entero.” (RV), pero también, con otra división del hebreo puede traducirse perfectamente: “Porque no tienen congojas; sus cuerpos están sanos y fuertes”. Un ejemplo más extremo se encuentra en

Números 24.23. Allí el profeta Balaam dice “¡Ay! ¿quién vivirá cuando hiciere Dios estas cosas?” (RV). Pero, de nuevo usando una división diferente del hebreo, ¿también podría traducirse con toda exactitud “Un pueblo se reunirá desde el norte”!

El más raro de todos es Proverbios 30.1. Reina-Valera 1960 lo vierte “la profecía que dijo el varón a Itiel, a Itiel y a Ucal”. Sin embargo, la versión Reina-Valera Actualizada de 1989 suena algo distinto, pero sin abusar del hebreo original: “El hombre dice: “No hay Dios; no hay Dios.” ¿Y acaso podré yo saber? “ Otra versión permisible sería: “Estoy cansado, O Dios; estoy cansado, O Dios, y decaído”. ¿Qué variedad! No obstante, si seguimos así nunca llegaremos al final de *este* capítulo, así que volvamos al asunto en cuestión, los capítulos...

Y ¿qué de las divisiones en capítulos y versículos del Nuevo Testamento? Antes del Concilio de Nicea (325 d.C.), ya existían secciones llamadas *kefalaia*, pero que no corresponden con las divisiones actuales de capítulos. Otro sistema completamente distinto -que tampoco corresponde a nuestros capítulos- fue usado en el Codex Vaticanus del siglo IV (al cual se refiere en tratados teológicos con la letra “B”). Y todavía otro sistema (ya, ya lo habéis adivinado, tampoco tiene nada que ver con nuestros capítulos modernos) fue usado por Eusebio de Cesarea. Estas secciones eran más largas que nuestros versículos, pero más cortas que nuestros capítulos.

Estas divisiones fueron modificadas paulatinamente a lo largo de los siglos, y finalmente en el siglo XIII por un profesor de la universidad de París, Esteban Langton, posteriormente arzobispo de Canterbury. (Para ser justo, debería también mencionar que algunos conceden el crédito por este trabajo a un tal cardinal Hugo de St. Cher, Francia.) Así llegaron a ser los capítulos que fueron empleados en futuras ediciones de la Biblia, comenzando con la Biblia de Wycliffe de 1382. Ésta proveyó la base para traducciones y versiones subsecuentes, y así llegó a ser el sistema (casi) universal. Los versículos vieron la luz más adelante en la historia, y su historia verá la luz más adelante en este libro. Por ahora, nos quedamos con los capítulos.

La verdad es que a veces parece como si el ya mencionado erudito Esteban Langton se hubiese equivocado en el lugar más adecuado para dividir el texto bíblico. Consideremos Marcos 9, por ejemplo. ¿No debería empezar el capítulo en el versículo 2, tal y como lo hace en el pasaje paralelo de Mateo 17? Lo mismo se podría decir del segundo capítulo de Oseas, 1 Samuel 7, ó 1 Corintios 11. Luego está el capítulo 8 de Éxodo que empezaría mejor en el versículo anterior (el último del capítulo 7), o Hechos 8, que empieza (¡a mi juicio, por supuesto!) medio versículo antes de la división más natural. Estoy seguro que cada uno podría hacer añadidos a esta lista ilustrativa.

Muy interesante, pero ¿qué más da? ¿Por qué tanto farfallo sobre las divisiones impuestas sobre el texto inspirado de la Biblia? ¿De verdad importa? ¿Resta algo de la lectura de la Palabra de Dios? Pues, a veces ¡sí!

Como vimos, los autores escribieron sus mensajes siguiendo una línea de pensamiento de principio a fin. Esto se aplica especialmente en el caso de los libros del Nuevo Testamento, que generalmente son más cortos que los del Antiguo, y tienen un fin muy específico. Fueron escritos para leerse de golpe, desde la primera palabra hasta la última sin parar. No eran tratados teológicos para ser sujetos a un análisis minucioso, ni libros de “devoción” que pueden ser troceados en “bocatas bíblicas de cada día”. Contienen mensajes claros y directos, escritos a personas concretas en la historia.

Si nunca lo has hecho, por qué no hacerte un té, café, o tu bebida favorita, apartar una hora o dos, y sentarte para leer todo un libro del Nuevo Testamento de una vez. Inténtalo con Marcos, y verás un libro lleno de movimiento que progresa a un ritmo digno de una película de acción. O toma el libro de 1 Corintios, y verás el desarrollo del argumento del apóstol. O Apocalipsis - quizás no entenderás cada palabra, cada imagen, pero sí te quedarás con el sentido de la grandeza de nuestro Dios, y su control final de los acontecimientos en un mundo volátil e inestable.

Sin embargo, nuestros hábitos de lectura devocional y de

predicación temática nos hacen considerar la Biblia en trocitos, y tendemos a perder la vista de pájaro del mensaje central de cada libro. Hacer “gimnasia bíblica”, saltando como ranas por todas sus páginas durante un sermón, no es malo de vez en cuando, pero nos deja sin captar lo esencial de cada libro -cada uno de hecho una revelación independiente- y nos priva de algo fundamental si llega a ser lo habitual en una iglesia. Aun la predicación expositiva puede fallar aquí, si no se dedica un buen tiempo no sólo al pasaje en cuestión, sino también a su conexión con el anterior, el posterior, y a cómo contribuye al desarrollo del mensaje total del libro.

Y ¿qué diremos de la lectura “devocional”? Hoy en día, ¿cómo vamos a poder dedicar tiempo a la lectura de la Biblia? Con 10 ó 15 minutos al día el Señor tendrá que apañarse para hablarnos, ¿no? Cada día un pasaje para leer, quizás algunas preguntas de estudio, unas oraciones, y ¡listo! Y ¿qué leo? Lo más seguro es que leo un capítulo, o quizás incluso menos. Y si de verdad me estoy esforzando, puedo incluso leer un par de capítulos. O hasta cuatro, si es que estoy intentando leer toda la Biblia en un año. Y si uso una ayuda devocional, lo más seguro es que la porción que me corresponda será un capítulo, o quizás unos pocos versículos.

¿Qué más quiere el Señor de nosotros? Quizás un esfuerzo serio por entender “debidamente el mensaje de la verdad” (2Tim.2.15, DHH), y una dedicación al estudiar su palabra en estas unidades básicas en las cuales Él nos la reveló - libros enteros. Al leer la Biblia únicamente capítulo por capítulo, cuando fue revelado por Dios de otra manera, llegamos a perder parte de lo que Él quiere decirnos.

Consideremos un ejemplo importante y serio, y el que me lleva a escribir este capítulo. Pero, para que se entienda mejor este fenómeno que estoy describiendo, ¡lo haremos en el próximo capítulo!

Como prometí, aquí sigue el texto del párrafo escrito en mayúsculas como los primeros manuscritos bíblicos:

“Leer un escrito bíblico entonces no era del todo fácil, y había que

conocer bien el idioma, su vocabulario, y su gramática para poder entender lo que un texto dice. El hecho de no tener ni puntos, ni comas, ni mayúsculas para definir el principio de una frase complica bastante su lectura. Creo que ya se ha dicho lo suficiente como para que todos puedan comprobarlo ¿verdad?”

3: “Y busqué entre ellos hombre”

¿Cuál es tu capítulo favorito de la Biblia? Estoy seguro que más de uno dirá Romanos 8. ¡Ah, qué capítulo! ¡Tremendo! La guía del Espíritu Santo... la seguridad de ser hijo de Dios... todas las cosas que sirven para mi bien (si de verdad amo a Dios, por supuesto)... "si Dios está por nosotros"... "¿quién nos separará del amor de Cristo?"... "somos más que vencedores"... Llegamos al final del capítulo con estas palabras contundentes que han traído paz y consuelo a generaciones de creyentes: "Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios que es en Cristo Jesús Señor nuestro." (Romanos 8.38-39, RV)

¡Aleluya! Damos un suspiro profundo, cerramos nuestra Biblia, y, levantando nuestro rostro al cielo con una sonrisa de puro contento, damos gracias a Dios por tales promesas, tal seguridad. ¡Gracias Señor! ¡Eres tan bueno!

¡Y de hecho lo es! Pero de esto no se trata ahora. Pasamos el día en nuestros quehaceres, soñamos con los ángeles al dormir, y al otro día volvemos a la Biblia para abrirla en Romanos 9. Nos ponemos a leer, pero de ningún modo lo relacionamos con lo que leímos ayer, o hace varios días si no hemos sido tan fieles en la lectura. El gozo y la seguridad, el sentimiento tremendo del privilegio de ser hijo de Dios, se quedan atrás.

Ahora leemos "Como creyente que soy en Cristo digo la verdad, no miento. Además, mi conciencia, guiada por el Espíritu Santo, me asegura que esto es verdad: siento una gran tristeza, y en mi corazón tengo un dolor continuo, y hasta querría estar yo mismo bajo maldición, separado de Cristo, si así pudiera favorecer a mis hermanos, los de mi

propia raza" (Romanos 9.1-3 *DHH*). Pensamos en Pablo, su carga por su pueblo los Israelitas, su deseo de bendecirles, y damos gloria a Dios por su ejemplo.

Pero ¿qué conexión tiene el deseo de quedar bajo la maldición de Dios, hasta de ser apartado de Cristo, con la seguridad que sentía unos pocos versículos anteriores? Y ¿qué tiene que ver con nosotros? Si no tomamos las palabras de Pablo en Romanos 9 en su contexto inmediato siguiendo la conclusión tan dramática del capítulo 8, perdemos la fuerza de lo que nos dice.

A Pablo no le cabe duda de la bondad y la fidelidad de Dios, ni de su propia seguridad al haber creído en Cristo. ¿Qué nos puede separar de su amor? ¡Nada! Estamos seguros en Él, completamente seguros. Nada puede interponerse en nuestra relación con Él. Nada creado, ni humano ni del mundo espiritual, incluido el mismísimo diablo, nada del futuro, cual fuera su contenido, ni la muerte en sí. Estamos seguros, 100% seguros en su amor y su compromiso para con nosotros. Nos ama, nos amó, entregó a su Hijo para salvarnos, y ahora no piensa dejar que nada nos separe de Él. ¡Gloria a Dios!

Sin embargo, no termina allí. Pablo no terminó de escribir el "capítulo 8" de esta manera, para tomarse un descanso, y volver luego a escribir el noveno como si se tratara de algo totalmente desconectado del tema del capítulo anterior. No - procedió con su pensamiento, y nos enseña una lección profunda en el propósito de Dios para con todos sus hijos.

Es que la seguridad que tenemos como creyentes en el amor de nuestro Padre celestial debe llevarnos a una entrega a Él y a sus propósitos para un mundo que todavía no ha experimentado este privilegio de haberle conocido. Comprender -y más, experimentar- esta seguridad, nos hace conscientes del abismo tremendo que separa a los que no conocen a Dios de todo lo que se nos ofrece en su perdón. Debe hacer nacer en el corazón del creyente el deseo ardiente de hacer todo lo que está a nuestro alcance para que los nuestros también entren a disfrutar los beneficios de una relación con Dios.

Y Pablo va aun más allá. Aquel que es amor hace brotar en el corazón de sus hijos el mismo amor con el cual nos amó. Este amor que le inspiró a entregar a muerte a su propio Hijo, del cual nunca había estado ni podía estar separado. Este amor que motivó a Jesús, contemplando la humanidad perdida sin posibilidad de volver a sus brazos, a decirle al Padre "Sí Padre, yo iré." Este amor que lleva al eterno Espíritu a establecer su morada dentro del corazón de rebeldes y tercos como nosotros. Un amor que se ofrece, hasta la muerte, para poder ganar al objeto de su mirada. Amor que no vacila ante el coste elevado, el sacrificio personal, las tremendas implicaciones para sí de su acción. Ama, sigue amando, y siempre amaré.

El anhelo de Pablo por su propio pueblo alcanza el nivel del propio amor de Dios para con nosotros. Desea perder lo imperdible, si así su pueblo pudiera encontrar la misma salvación que él había experimentado. No ofrece una oración "fácil". Indica su deseo de pasar a una eternidad sin Cristo, de ser *anatema*, es decir "maldito", si sólo de esta manera su gente llegase a conocer a Dios en Su Hijo Jesucristo. Pablo nos enseña el misterio de la verdadera intercesión.

La intercesión no es "orar mucho", "pasar mucho tiempo orando", u "orar aun más". Ni siquiera es "oración más intensiva". Podemos orar por muchas personas, muchas situaciones. Oramos, y ya está. Volvemos a nuestra tarea tras haber "cumplido" con nuestro deber (o deseo), dejando a Dios los resultados de esta oración. No nos cuesta más que el tiempo que pasamos en oración, y a veces el corazón quebrantado durante algún tiempo.

Pero no así con la intercesión. Es otra dimensión de la oración, una en la cual el que ora se ve involucrado de modo inextricable con el objeto de su oración. La intercesión nos une de forma mística pero real no sólo con Dios, sino con aquellos por los que estamos orando. Se forma un vínculo entre el "orador" y el "blanco" de su oración en el cual deseamos identificarnos plenamente con éste, y juntar nuestro destino eterno al suyo.

Así pasó antaño con Moisés, cuando recibió una oferta tentadora de

Dios. ¡Y vaya oferta! Después de tanto sufrimiento y tanto desengaño con el pueblo del Señor, sin pensar en lo que le quedaba todavía, seguro que Moisés ya estaba hasta el gorro de ellos. Seguro que sabía lo que le esperaba. Y parece que no era el único que estaba algo harto. En un anticipo de las palabras inolvidables del propio Señor Jesús más de mil años después: "¡Oh, gente sin fe y perversa! ¿Hasta cuándo habré de estar con vosotros? ¿Hasta cuándo habré de soportaros?" (Mat.17.17 DHH), el mismo Jehová se expresa a Moisés así:

"Me he fijado en esta gente, y me he dado cuenta de que son muy tercos. ¡Ahora déjame en paz, que estoy ardiendo de ira y voy a acabar con ellos! Pero de ti haré una gran nación." (Éx.32.10).

No sé cuantos de nosotros, pastores y líderes hoy en día, habríamos podido resistir esta oferta tentadora. No sólo te libras de una carga tremenda, sino que también logras un cierto éxito personal. Por lo menos pediríamos un plazo para considerarlo. Seamos honestos, ¿cuántos habríamos actuado de la misma manera que Moisés? ¿Y Moisés? Primero, "trató de calmar al Señor su Dios con estas palabras" (v.11). ¡Se pone a razonar con Dios! Decide intentar convencerle de que no lo haga, recordándole sus propias palabras y promesas para con Su pueblo. Y consigue que Dios renuncie a su idea.

Hasta aquí bien. Orando las promesas de Dios, importunando en oración, es algo que conocemos. Pero nos equivocamos si imaginamos que el compromiso en oración de Moisés al pueblo de Israel termina allí. Baja del monte, de la presencia de Dios, y anda entre el pueblo, dejando que su realidad le toque hasta los huesos. De allí se dispone a volver a la presencia de Dios, "a ver si consigo que os perdone" (v.30). Y ahora nos da otra lección de la verdadera intercesión. Vuelve a presentarse delante de Dios, y le dice: "Realmente el pueblo cometió un gran pecado al hacerse un dios de oro. Pero yo te ruego que los perdones; y si no los perdonas, ¡borra mi nombre del libro que has escrito!"

"¡Perdónales, Señor!" Creo que todos somos capaces de orar así. "¡No les tenga en cuenta este pecado!" Hasta aquí la oración. "Y si no

quieres perdonarles a ellos, tampoco quiero que me perdones a mí." Aquí empieza la intercesión. "Quiero que mi eternidad sea la suya, que hagas conmigo lo mismo que vayas a hacer con ellos, y con ellos lo mismo que vayas a hacer conmigo." El intercesor se identifica con el pueblo, clamando a Dios ya no desde una perspectiva de espectador, sino de alguien plenamente implicado en el asunto.

Ahora bien, sepamos de qué estamos hablando aquí. No se trata de si se puede o no se puede perder la salvación, ni mucho menos si podemos "regatear" con Dios, como si nuestra relación con Dios fuese una moneda más fuerte. ¡Ni hablar! Como vimos con Pablo, la intercesión se lleva a cabo desde la perspectiva de la seguridad total en nuestra relación con Él. Y la respuesta de Dios a Moisés, de que "sólo borraré de mi libro al que peque contra mí" (v.33) nos indica su respuesta a la intercesión. Se trata en primer lugar del corazón del intercesor, del tipo de compromiso a Dios que en realidad cambia la historia.

Así fue con Moisés. Se había identificado con el pueblo de Israel de tal manera que vivió este compromiso a partir de este momento durante todo su peregrinaje terrenal. Meses después, cuando a la entrada de la tierra prometida se rebelaron contra Dios y rehusaron creerle y entrar en esta tierra que les estaba dando, El Señor volvió a enfadarse con ellos. De nuevo amenaza con destruirles, y ofrece a Moisés: "de ti haré un pueblo más grande y más fuerte que ellos" (Núm.14.12). Pero de nuevo Moisés se coloca delante de Dios para impedirselo.

Al final, Moisés hasta perdió su propia entrada en la tierra prometida por su insistencia en no abandonar a los Israelitas, sino acompañarles para ver cumplidas en ellos las promesas de Dios. Es que la intercesión verdadera tiene su precio, y Moisés estaba dispuesto a pagarlo.

No pensemos que Moisés era el único que sabía lo que es la intercesión. Como buen discipulador, transmitió este ministerio a otros. En Números 16 leemos una historia insólita que nos muestra la intercesión de Aarón también. Como en la mayoría de los grupos cristianos, hay murmuración y descontento enfocados hacia el liderazgo.

Coré y unos cuantos más deciden echar a Moisés y a Aarón, acusándoles de abusar sus privilegios como líderes. (¡Sí sólo supiesen la realidad de cómo Moisés había actuado con lo que el Señor ya le había ofrecido!). "De acuerdo", dice Moisés, "celebremos elecciones. Al que Dios no quiere en el liderazgo, la tierra se lo tragará vivo. Y el que quede es el escogido de Dios". (A veces uno se ve tentado a intentar aplicar este mismo proceso "electoral" a los conflictos que surgen hoy en día en la Iglesia; seguro que amainarían las quejas sobre nuestra actuación como líderes...)

Y así fue. La tierra se abrió, y tragó a Coré, sus compañeros, sus familias, y todas sus pertenencias. Allí acaba el asunto... ¿no? Pues, ¡no! Al otro día parece que los mismos Israelitas se habían olvidado de las circunstancias exactas de los acontecimientos. Empiezan a acusar a Moisés y a Aarón: "¡Estáis matando al pueblo del Señor!" (¡Qué memoria más corta tenemos! - por supuesto, no nos sucede nada de este tipo hoy en día...) Dios ya no puede más, y ordena a Moisés y Aarón: "¡Apartaos de esa gente, que la voy a destruir en un momento!" (vv.41-45).

La cosa va en serio - antes del final de la historia, casi quince mil habrán estirado la pata. Moisés ve lo que está pasando, y comenta "porque la ira del Señor se ha encendido y la plaga ya comenzó" (v.46). Al escribir el relato después nos comenta que "la plaga enviada por Dios ya estaba haciendo estragos entre el pueblo." (v.47) No hay tiempo para ponerse a razonar con Dios, convocar una reunión de oración para el jueves a las ocho de la tarde. Hay que actuar, y ¡ya! Urge, y la situación pide una acción decisiva. Con esto entra Aarón en escena, actuando a instancias de Moisés y bajo su autoridad.

Se fue "corriendo" a donde estaba el pueblo, es decir, en medio de la plaga, y "puso incienso y pidió perdón a Dios por el pueblo" (v.47). Empieza a ofrecer oración a favor de un pueblo rebelde que merecía lo que se le avecinaba. Pero de nuevo, no se limita a esto, y va mucho más allá en su deseo de ver la plaga terminada. En una acción digna del héroe más valiente, Aarón "se colocó entre los que ya habían muerto y

los que todavía quedaban con vida" (v.48) ¡Qué fe! ¡Qué amor! ¡Qué entrega!

Ponte en su pellejo un momento. Vívelo. Haz un vídeo en tu mente, y experimenta junto con Aarón este episodio increíble. Dios ya ha dado a conocer su voluntad, que quiere destruirlos a todos y bendecirte a ti y a tu hermano. Alrededor la gente se está muriendo como moscas, y tú te atreves a correr al epicentro de este campo de batalla y colocarte entre Dios con su ira y los que quedan vivos de tu pueblo. "¡Dios! ¡Si quieres matar a éstos, me tendrás que matar a mí también! ¡Si quieres seguir con la plaga, será sobre mi cadáver! ¡Venga! ¡Mátame! Y si no quieres matarme, pues perdona a este pueblo su transgresión."

¿Sabía Aarón antes de salir lo que pasaría? ¿Tenía la certeza de que volvería a Moisés con vida? No lo sé, pero veo que no le importaba. Allí está el intercesor, dispuesto a pagar un precio real para que un pueblo no reciba su destrucción merecida. Y "la plaga se detuvo, aunque ya para entonces habían muerto catorce mil setecientas personas" (v.48,49). ¡Gracias a Dios por la importunidad del intercesor!

Hay otro, mucho mayor que Moisés y Aarón, que puede enseñarnos acerca de la intercesión - el Señor Jesucristo. Fue su ministerio principal durante su vida en la tierra, y sigue siendo su actividad principal ahora en el cielo: "¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aún, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros" (Rom.8.34, RV). Como nos enseña también Hebreos 7.25, "vive para siempre, para interceder por ellos delante de Dios" (DHH). De esta manera cumple el deseo de Job, de tener a "alguien que hable ante Dios en mi favor, como se habla ante un hombre a favor de otro" (Jo.16.21, DHH).

Jesús no sólo oró por nosotros - no sólo se quedó en el cielo para ofrecer oración a Su Padre. Se implicó en nuestra vida, se identificó 100% con nosotros, participó en nuestra realidad, haciéndola suya, para hacer la suya nuestra. "Dios le dará un lugar entre los grandes, y con los poderosos participará del triunfo, porque se entregó a la muerte y fue contado entre los malvados, cuando en realidad cargó con los pecados

de muchos, e intercedió por los pecadores" (Is.53.12, DHH).

Esta es la realidad de la intercesión. Y no para aquí. Como en todo, el Señor Jesús desea reproducir su carácter y su ministerio en los que formamos Su pueblo, por la persona del Espíritu Santo quien mora en el creyente. Este mismo Espíritu se encarga de hacer intercesión por nosotros, y a través de nosotros, al entregarnos a sus propósitos para nuestra vida. No sabemos orar como es debido, pero "el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles" (Rom.8.26, RV).

Jesús "pide prestado" nuestro cuerpo para poder expresarse a un mundo que queda por conocerle. No tiene manos y brazos para abrazar, sino las nuestras. No tiene boca para anunciar su mensaje, sino la nuestra. No tiene pies para llevar el Evangelio a los cuatro rincones de la tierra, sino los nuestros. Pero pide nuestro corazón también - un corazón entregado a su voluntad, y dispuesto a pagar el precio de la intercesión verdadera. Dispuesto a identificarse con las necesidades de un pueblo, y llevarlo delante de Dios de forma casi irremediable, a sentir lo que ellos sienten, y abandonarse a Dios, si solamente les salvara como nos salvó a nosotros.

Nunca me olvidaré de este pueblo, cuyo nombre nunca supe, pero que está grabado para siempre en mi corazón. No tenía nada especial, al contrario - era un poblacho en el quinto pino de la montaña Atlas, allí a orillas del vasto desierto del Sahara. Pero era un pueblo sin testimonio conocido, sin creyentes, y sin posibilidades de escuchar el Evangelio. Era representante de los cientos y miles de pueblos parecidos que salpican el paisaje del norte de África, cada uno con sus gentes necesitadas de Cristo. Nos paramos en la cresta de la cordillera que dominaba el pueblo bajo la sombra de un miserable arbusto, para descansar de la caminata larga que llevábamos, y para orar por este pueblo.

El "romance" de la vida misionera ya se había evaporado para mí. Estas primeras impresiones, este primer amor, las novedades, los niños tan hermosos, la aventura de llevar a Cristo donde no había sido predicado, todo quedó en el recuerdo. Ahora me encaraba con la pura

realidad de un pueblo resistente y desagradecido al mensaje del Evangelio, un clima duro e inhóspito, una vida aislada de otros creyentes, dependiente únicamente de mi propia relación personal con Dios, y unas perspectivas nada alentadoras, a juzgar por la experiencia de los pocos misioneros que residían en estas partes con bien pocos resultados visibles de sus años de servicio dedicado y fiel.

Nos pusimos a orar. ¿Qué se puede orar allí? Casi la única oración válida es "Señor, envía obreros a este pueblo". "Señor, levanta a mensajeros dispuestos a dar su vida para que este pueblo escuche tu Evangelio." Así oró en voz alta uno del grupo, y al instante se libró una batalla en mi propio corazón como la que pocas veces he conocido. Me resistía a decir "Amén", porque sabía que orar así, sin estar dispuesto a ser la respuesta de mi propia oración, era de lo más hipócrita que hay. "Heme aquí, Señor, ¡envía a éste!" Es el equivalente a soltar tacos para el no creyente - ves una situación que te desagrada y fastidia, o donde sientes que no puedes hacer nada, y como no nos es lícito pronunciar más que un ligero "jelines", oramos a Dios, y nos quedamos con una conciencia algo más tranquila. Pero generalmente no significa mucho más.

Así me encontraba yo. Al borde de las lágrimas, no por el estado de perdición en la cual yacía este pueblo insignificante, sino por la dureza de mi propio corazón. Seguía luchando, como Jacob con el ángel, hasta que al final, más de una semana después, poder abandonar mi vida en las manos de mi Padre amoroso, y confesarme dispuesto a hacer su voluntad. Ahora sí pude orar, entonces sí pude pedir a Dios obreros para este pueblo que quedaba días atrás en nuestro camino, u otros con los cuales nos cruzamos en estos días. "Señor, envía a alguien allí. Si quieres que yo vaya, aquí estoy. Y si no, Señor, levanta a otro."

Nunca he vuelto a este pueblo, y tendría dificultad de localizarlo hoy casi 20 años más tarde. Pero doy gracias a Dios por haberme enseñado allí lo que significa orar, y más, lo que significa interceder.

Nos acercamos al final del tema. Ezequiel 22.30-31 es a mi juicio uno de los pasajes más tristes de la Biblia entera. Allí Dios nos hace

partícipes de su deseo de no tener que derramar su ira sobre el mundo, si sólo hubiera quien se interpusiera como lo hicieron Moisés, Aarón, y el Señor Jesús. "Y he buscado entre esa gente a alguien que haga algo a favor del país y que interceda ante mí para que yo no los destruyera, *pero no lo he encontrado*. Por eso he descargado mi castigo sobre ellos y los he destruido con el fuego de mi ira, para hacerlos responder por su conducta" (énfasis mío).

¡Qué trágico! Pero, de manera aun más trágica, esta historia sigue repitiéndose hoy en día. Nosotros, que conocemos el corazón de nuestro Dios, que tenemos el testimonio de las Escrituras y el mandamiento claro del Señor Jesús para llevar su Evangelio hasta lo último de la tierra, seguimos haciendo la vista gorda a la realidad de naciones, pueblos y gentes sin conocimiento de Cristo, mientras Dios sigue buscando a alguien que se ponga en la brecha delante de él a su favor. ¿Hasta cuándo cerraremos el corazón? ¿Hasta cuándo rehusaremos compartir este ministerio con Él? Son miles y miles los pueblos, etnias, ciudades, países, que no tienen quien los lleve delante de Dios de esta manera. Y Dios espera en nosotros, Su pueblo, redimido para ser reyes y sacerdotes en la tierra, para que no tenga que derramar su ira justificada sobre ellos.

¿Aceptas el reto de ser intercesor?

4: ¿Sabías que...?

... el nombre "Jehová" no aparece en las Sagradas Escrituras? A pesar de su uso corriente en el pueblo evangélico debido a su inclusión en la traducción Reina-Valera, no aparece en el original hebreo. ¡Hemos encontrado algo más en algunas de nuestras Biblias que no es inspirado por Dios!

El nombre de Dios está presente en su forma original en el Antiguo Testamento. Se escribe con cuatro letras hebreas de esta manera יהוה, transliterándose "YHWH" o "Yahweh", conocido por los teólogos como el "tetragrámaton" (palabra que viene a significar "cuatro letras", y ¡nada más! ¿No es increíble como la teología nos quiere dejar pasmados por meros términos?). Sin embargo, por su respeto hacia el nombre de Dios, o quizás por su miedo de caer en el pecado de blasfemia, de tomar en vano el nombre de Dios, los judíos desde mucho antes de los tiempos de Cristo habían dejado de pronunciar este nombre. En su lugar solían decir "Adonai", que significa "Señor".

Como ya vimos, el texto hebreo se escribió sin vocales. Más adelante los Masoretos agregaron vocales para ayudar con la lectura, y colocaron las vocales de "Adonai" junto con las consonantes de "Yahweh". Aunque se escribía "YHWH", había que leer "Adonai", y las vocales servían para alertar al lector. Ningún judío pensaría nunca en combinar las dos formas, usando las vocales de "Adonai" con las consonantes de "YHWH" - ¡esto era impensable! (Para los que tienen interés en ello, hemos explicado este proceso con mayor detalle al final de este capítulo.)

No obstante, los cristianos no lo sabían, y en poco tiempo se le ocurrió a un monje español de finales del siglo XIII hacer esta combinación imposible, lo que le dio más o menos "Jahovah", forma luego popularizada por el vocablo inglés "Jehovah". (Este es el primer

uso de esta forma del nombre que se conoce, publicado en el libro "Pugeo Fidei" del monje Raymundus Martini en el año 1270.) Pero es una palabra que no *puede* existir. Es tan ridículo como escribir el nombre de la ciudad de Cáceres únicamente con consonantes (CCRS), y a continuación combinarlo con las vocales de Sevilla... ¿¿a quién le suena la ciudad famosa de "Céciras"?!)

Las siguientes citas nos revelan la verdad de este cuadro:

"Jehová es una transcripción cristiana del tetragrámaton ampliamente aceptado por muchos cristianos como la reproducción auténtica del nombre sagrado para Dios en hebreo, pero ahora reconocido como una forma híbrida tardía nunca usada por los judíos". (Webster's Third New International Dictionary [Tercer Nuevo Diccionario Internacional de Webster])

"Jehová: Una forma errónea del nombre del Dios de Israel". (Enciclopedia Americana)

"Jehová: Una reproducción errónea del nombre del Dios de Israel. El error surgió entre los cristianos en la edad media cuando combinaron las consonantes YHVH (JHVH) con las vocales de ADONAI..." (Enciclopedia Británica)

"Jehová, forma falsa del nombre divino Yavé". (New Catholic Encyclopedia [Nueva Enciclopedia Católica])

"Jehová es una pronunciación incorrecta del hebreo YHWH, el nombre de Dios. Esta pronunciación es gramaticalmente imposible. La forma 'Jehová' es una imposibilidad filológica". (The Jewish Encyclopedia [La Enciclopedia Judía])

"YHWH. El nombre personal del Dios de Israel está escrito en la Biblia hebrea con las cuatro consonantes YHWH y es mencionado como el 'tetragrámaton'. Por lo menos hasta la destrucción del Primer Templo en el año 586 a de C., este nombre fue regularmente pronunciado con sus vocales adecuadas, como se ve en las cartas de Lachish, escritas poco tiempo antes de esta fecha [...] Cuando eruditos cristianos de Europa empezaron a estudiar hebreo, no entendían lo que esto realmente significaba, e introdujeron el nombre híbrido 'Jehová'..." (Enciclopedia

Judaica)

"Es una forma artificial". (The Interpreter's Bible Dictionary [Diccionario del Intérprete de la Biblia])

"Las vocales de una palabra con las consonantes de otra fueron leídas erróneamente como Jehová". (Enciclopedia Internacional)

"Jehová: es una reconstrucción incorrecta del nombre de Dios del Antiguo Testamento". (Merit's Student Encyclopedia [Enciclopedia de Merit para el Estudiante])

Pues sí, parece que no es correcto, ¿verdad? ¿Cómo debe entonces traducirse o emplearse el nombre "YHWH" en nuestras Biblias? Hay varias opciones. Sencillamente se puede dejar la forma original "YHWH", y permitir al lector decidir cómo quiere pronunciarlo, lo que no puede ser una solución seria para una Biblia accesible a una población moderna. Se puede buscar una "traducción" del *sentido* del nombre bíblico, como hace la Biblia francesa Louis Segond, que usa "L'Éternel" ("El Eterno") para expresar el sentido de "soy quien soy" y "seré quien seré" contenido en el hebreo original del cual el nombre es derivado. O podemos adoptar la solución del pueblo judío y colocar "Señor", tal y como ellos habían hecho en su traducción al griego de sus Escrituras. Parece que la misma Biblia aprueba esta última opción, ya que así Dios permitió que se vertiera "YHWH" en griego en las citas del Antiguo Testamento que aparecen en el Nuevo.

Ya hemos aprendido algo más. Quizás incluso podremos corregir a los supuestos "Testigos de Jehová" que llamen a nuestra puerta. Pero al final y al cabo, no es "saber" el nombre correcto de Dios lo que cuenta - es conocerle, haber recibido esta revelación de su naturaleza en el fondo de nuestro ser, y poder nombrarle no sólo "Salvador" de nuestra vida, sino también "Señor". Que Él sea de verdad nuestro Señor, que tenga autoridad sobre nuestra vida, y que estemos dispuestos a obedecerle como Señor. De este modo, estoy seguro que su Reino avanzará de forma más rápida, y se acercará más el día cuando "al nombre de Jesús, caigan de rodillas todos los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra, y todos reconozcan que Jesucristo es el Señor, para honra de

Dios Padre" (Fil.2.10-11, DHH).

Explicación más detallada del proceso por lo cual se llegó al nombre de "Jehová":

יהוה así son las cuatro consonantes del nombre de Dios en hebreo ("YHWH")

אדני así parece la palabra "Adonai" o "Señor" en hebreo

אֲדֹנָי con la inclusión de las vocales, así parece la forma final de "Adonai" en hebreo; nota los puntos por debajo y encima de las letras que son las vocales.

יהוה Estas vocales se traspasaron a las consonantes de יהוה, "YHWH", para recordar al lector de no pronunciarlo, sino decir "Adonai". Esta es la forma que aparece en la Biblia en hebreo hoy, y que dio lugar a la pronunciación totalmente incorrecta "Jehová".

5: ¡Menudos "numeritos"! - Los versículos y las mujeres

Nos encontramos en una zona rural de Chad, en África Central, a la entrada de una capilla humilde. Era una iglesia pentecostal normal y corriente, pequeña pero ferviente, cuya congregación amaba y alababa a Dios de todo corazón. Ya empezado el culto, una mujer joven se acerca al espacio que marcaba la puerta del edificio sencillo. Vestía la "pañá" tradicional de esta parte de Africa, una simple tela que se lleva en el cinturón o a la altura de los senos si no está amamantando ningún niño, como era el caso de aquella joven.

Para a la entrada, y, sin más, se quita la "pañá" de su cuerpo, la pliega cuidadosamente para poder colocarla en su cabeza, y entra en la iglesia completamente desnuda, pero con la cabeza cubierta. Toma su sitio sentada entre las otras mujeres mientras el culto sigue, sin que nadie se distraiga de su adoración a Dios. Es que en esta iglesia, haber entrado una mujer sin llevar algo en la cabeza sí habría causado un escándalo, pero la falta de otra ropa... carecía de importancia.

El papel de la mujer en la iglesia siempre ha sido objeto de debate, desacuerdo, y división. Cuestiones como el uso del velo, la contribución de la mujer en el culto público y los límites de su ministerio ya han llenado innumerables libros, y, si no cambia nada en el mundo evangélico, seguirá dando de qué hablar durante algunos añitos más. Aquí no pretendemos dar "la solución definitiva" a esta cuestión, ni mucho menos, pero sí contribuir algo al debate, dentro de los límites del pensamiento central de este libro.

Es que, como ya vimos, no todo lo que tenemos en nuestras Biblia es inspirado. Las divisiones que solemos encontrar en las ediciones contemporáneas, tales como los capítulos, no forman parte del texto

inspirado. Tampoco los versículos. Pero al fin y al cabo, no es difícil decidir no hacer caso del número grande que separa dos capítulos, y seguir leyendo, captando así el pensamiento original del autor.

Resulta algo más difícil con los versículos. Si los capítulos vieron su génesis a través de largos siglos, los versículos deben su origen a la necesidad que se vio de divisiones menores dentro de los capítulos extensos que habían sido adoptados, y se publicaron por primera vez en el texto griego del Nuevo Testamento en 1551, y en la Biblia Inglesa a partir de 1557. La Biblia de Ginebra, que vio la luz en 1560, fue la primera en llevar ambos, capítulos y versículos.

Aunque resultan muy útiles para la identificación y localización de textos específicos, los versículos contribuyen a nuestras dificultades en entender el mensaje de la Biblia de dos maneras fundamentales.

Veamos:

1 En primer lugar, la lectura más natural de un texto es por frases,
2 éstas contenidas dentro de párrafos que unen el pensamiento del autor.

3 No es normal,
4 ni nos ayuda,
5 cuando la continuidad del texto se ve rota por numeritos,
6 aunque el problema no se debe mayormente a los numeritos,
7 sino al hábito empleado tradicionalmente en la mayoría de las ediciones de la Biblia de empezar cada versículo nuevo en una nueva línea.

8 ¿Por qué hay que empezar en otra línea sólo porque se trata de un nuevo "versículo",

9 especialmente cuando ocurre en media frase?

10 No esclarece el sentido de la frase, más bien al revés, y en realidad su único efecto

11 es romper la fluidez de la lectura más natural de un pasaje.

12 ¿Verdad?

En segundo lugar, aparte de romper el hilo del texto, nos divide el mismo pensamiento en bloques separados que llegan a gobernar nuestro entendimiento de su contenido, a veces con divisiones que no corresponden con las permitidas por el mismo texto griego.

¿Quién decidió cómo dividir el texto en versículos? La mayoría señala a Robert Estienne, o "Stefanus" en latín, como el "inventor" de estas divisiones. Este impresor y editor parisiense publicó varias ediciones del Nuevo Testamento en griego y latín. Su cuarta edición, de 1551, contenía el texto griego dividido en versículos por primera vez, junto con la traducción en latín de Erasmo y la versión "Vulgata" de Jerónimo. Fue esta edición que llegó a ser conocida como el "Textus Receptus", la versión "recibida", y, aunque no debe considerarse un texto 100% "fiable", sirvió como el texto base de la mayoría de las traducciones hasta la llegada de las ediciones "críticas", construidas en base a manuscritos más tempranos. (Varias partes del texto griego del "Textus Receptus" del libro de Apocalipsis, por ejemplo, fueron retraducidas de los textos latinos, ya que Stefanus carecía de manuscritos griegos de estos versículos.)

Y ¿cómo decidió dónde colocar estas divisiones en versículos? Pues la verdad, no lo sé, pero me gusta imaginar a este erudito itinerante del siglo XVI, aprovechando el tiempo que viajaba en su burrico para estudiar las Escrituras y definir los versículos a utilizar en su nueva edición de la Biblia. Sólo que, de vez en cuando la pluma se le iría un poco hacia arriba o un poco hacia abajo al tropezar su montura en el camino, y así quedó un versículo no en el lugar más adecuado. ¿Pura imaginación mía? Sin duda, aunque sabemos que Juan Wesley viajaba a caballo, leyendo mientras montaba, y habrá caído al suelo más de una vez al no prestar atención a su camino, sino a sus libros. De hecho el hijo de Stefanus nos informa que su padre sí realizó este trabajo mientras viajaba entre París y Lyons - aunque da la impresión que lo hiciera más bien al efectuar paradas en mesones. Pero fuera como fuera, sí puedo afirmar que los versículos no siempre corresponden a la división más natural ni más idónea.

Pero ¿qué tiene que ver todo esto con las mujeres? Pues, mucho. Miremos un momento a Efesios 5.21-6.9, un pasaje que habla de las relaciones en los hogares cristianos (incluyendo a esclavos y amos, esposos y esposas, y padres e hijos). ¿Cómo se suele leer este texto?

Primero, nos encontramos con un versículo que habla de la sumisión mutua. Punto y aparte. Nuevo versículo. Algunas Biblias incluso colocan la división entre esta sección y la anterior aquí, después del versículo 21, uniéndolo, junto con sus comentarios sobre la sumisión mutua, a unos cuantos otros comentarios sobre la vida cristiana. Seguimos la lectura, casi como si se tratara de otro tema diferente por completo, el de las relaciones interpersonales en el seno de la familia. Se nos introduce con estas palabras: "Mujeres, someteos a vuestros maridos como al Señor". Sin embargo, una lectura cuidadosa del texto original de estos dos versículos descarta la división en pensamiento que sugieren, y se nos ofrece otra perspectiva del papel de la mujer y el significado de su sumisión.

En una traducción literal del griego, los versículos 21 y 22 suenan así: "Sometiéndooos los unos a los otros en el temor de Cristo, las mujeres a sus propios esposos como al Señor...". Es que, según los mejores textos, la frase que empieza "mujeres" no contiene verbo propio, sino depende irremediablemente del verbo de la frase anterior. Estos dos versículos no pueden separarse, y colocarse cada uno en un bloque distinto, mucho menos en un párrafo, porque el mismo griego no lo permite. Deben leerse juntos. Aunque quiera traducirse, por ejemplo, de esta manera: "Someteos los unos a los otros en el temor de Cristo; esposas, someteos a vuestros maridos...", los dos versículos no deben ser separados el uno del otro.

Es un mandamiento a la sumisión mutua, donde la esposa tiene una responsabilidad especial hacia su marido, pero que no tiene sentido si se excluye el deber del marido creyente también de estar sometido a su esposa. El pasaje da unas pautas específicas para cada miembro del hogar cristiano (o miembro cristiano de un hogar no cristiano), pero todo dentro del contexto general de la sumisión el uno al otro. Enfocar

la sumisión de la mujer, sin aclarar en qué sentido su esposo le estará sometido, saca este mandamiento de su contexto y tiene como resultado prácticas y creencias desequilibradas.

Debemos aquí aclarar un par de cosas. Primero, que estamos hablando de la lectura del griego según los mejores textos. Para tratar algunas traducciones antiguas con justicia, habría que destacar que el "Textus Receptus", el texto griego base para ellas, sí incluye un verbo en la segunda parte. Como ya comentamos, este texto es el que tenían en el siglo XVI, pero que, claro está, no incorpora la evidencia de textos muchos más antiguos y de mejor calidad que fueron descubiertos posteriormente. No queremos entrar demasiado en la crítica del texto original, pero sí se ve que el segundo verbo se incluyó para intentar aclarar el sentido de la frase en textos copiados mucho después. Con toda probabilidad, no formó parte del texto original.

En segundo lugar, hace falta corregir un pensamiento equivocado que, aunque quede descartado por este texto y otros similares de la Biblia, sigue vigente en la Iglesia del Señor. El texto está hablando de esposos y esposas, no de hombres y mujeres. No contempla la regulación de las relaciones entre los sexos a nivel general, sino en la familia, es decir, entre cónyuges. El pasaje tiene como meta guardar el equilibrio social en el hogar. Aplica la libertad cristiana a esta institución básica de la sociedad, y por lo tanto se dirige, como ya notamos, a esposos y esposas, padres e hijos, esclavos y amos. (Nuestro concepto de la esclavitud no corresponde 100% a la realidad del mundo grecorromano. Aunque sí existían malos tratos y abusos, por supuesto, en muchos casos los esclavos formaban parte del hogar, y en muchas ocasiones hasta se les trataba como a miembros de la familia. Es por ello que se incluye en este apartado, ya que el esclavo normalmente era miembro de un hogar.)

Pablo no está hablando a nivel de sociedad, ni de iglesia, sino de familia. Está colocando las bases para la vivencia cristiana en el hogar, y es un fallo hermenéutico de enorme magnitud aplicar este pasaje, u otros parecidos tal y como 1 Corintios 14.33-35, a las mujeres en

general. Una cosa es la relación entre una esposa y un marido, el orden establecido por Dios para la familia, y otra diferente por completo son las relaciones entre hombres y mujeres en la iglesia o en la sociedad, incluyendo, por supuesto, a mujeres solteras.

Pensemos un momento. ¿Prohibía este pasaje que a un esclavo se le nombrara responsable en una congregación, si estaba calificado según los requisitos bíblicos? ¿Y si su amo también estaba presente? ¿Podía entonces el esclavo tener autoridad sobre su amo en lo que se refería a iglesia?

Otro ejemplo. Lidia está casada con Juan. Ella es licenciada en gestión empresarial, mientras que él dejó el colegio con dieciséis años para ocupar un trabajo como cajero en un banco. Años más tarde, a ella se le ofrece la posición de gerente de la mismísima sucursal donde trabaja su marido. ¿Puede aceptar el nombramiento? ¿Puede tener autoridad sobre su marido en este contexto? ¿Debe él someterse a ella en lo que se refiere a las pautas y normas de la entidad bancaria? ¿Contradiría su acción el consejo bíblico?

¿Y qué pasa a nivel de la mujer en la iglesia? ¿Deben las mujeres estar siempre "sometidas" a los hombres allí? ¿Y qué significa esta "sumisión"? ¿Qué haremos si se convierten diez mujeres en un pueblo, y ningún hombre? Después de recibir formación durante unos años, de aprender a manejar la Palabra de Dios y descubrir sus dones, de repente se convierte un hombre, marido de una de ellas. ¡Gracias a Dios! Pero, ¿ahora qué pasa? ¿Deberá este hombre asumir de inmediato el liderazgo del grupo por el mero hecho de ser varón? ¿Podrá recibir un discipulado, liderazgo, o enseñanza bíblica de alguna de las mujeres maduras que están en el grupo? ¿O de su propia esposa?

La Biblia, a pesar de haberse escrito en épocas donde la mujer como regla general ocupaba una posición bien inferior a la del hombre, sí admite el ministerio de la mujer en una amplia gama de expresiones. Aunque no son frecuentes, la presencia de estas mujeres, que claramente ocupaban posiciones de autoridad y ministerios destacados, nos demuestra la inexistencia de una prohibición de la participación de la

mujer a estos niveles, aun si bien su posición "inferior" y su falta de preparación, educación, y oportunidad tendían a cerrarles la puerta a puestos de liderazgo o ministerios espirituales.

Débora era "juez", es decir líder global de Israel. No había posición más alta en la sociedad entonces. Hulda y María, la hermana de Moisés y Aarón, eran profetisas. Las cuatro hijas solteras de Felipe profetizaban, y había provisión para las mujeres que querían hablar proféticamente en la iglesia de Corinto.

Febe era diaconisa, aunque el texto mismo nos dice que era "diácono", usando el término masculino en el griego. Parece ser una indicación de que el uso de términos masculinos puede englobar tanto a hombres como a mujeres, lo que tiene unas implicaciones extensas para nuestro entendimiento de los oficios y ministerios resaltados en el Nuevo Testamento. De Febe se nos dice que "ha ayudado" a muchos, traduciendo la palabra griega *prostatis* que aparece únicamente aquí en el Nuevo Testamento. En la literatura de la época se refería a una "patrona", una que tenía autoridad sobre otros, que los guardaba y protegía, cuidándoles con sus propios recursos. Es derivado del verbo *proistemi*, verbo que es usado exclusivamente por Pablo en el Nuevo Testamento, un total de 8 veces, siempre con el sentido de presidir o gobernar (Rom.12.8; 1Tes.5.12; 1Ti.3.4,5,12; 5.17; Tit.3.8,14). También es usado unas cuantas veces en la traducción griega del Antiguo Testamento, la Septuaginta (o "LXX"), de nuevo normalmente con el sentido de jefe de casa o dirigente. Parece que en la realidad Febe hacía más que "ayudar" a los hermanos de la iglesia en Cencrea.

Priscila ciertamente enseñó a Apolos, y por la forma en que Pablo nos habla de la pareja "Priscila y Aquila", colocando el nombre de la mujer antes que el de su esposo, parece que tenía la parte del león en su ministerio de enseñanza y dirección de la iglesia que se reunía en su casa. Timoteo también recibió instrucción en las Escrituras de parte de su madre y su abuela, y parece que hicieron bastante buen trabajo con él. A la iglesia de Tiatira no se le culpa por tener a una mujer como dirigente, o estar dispuesta a escuchar las profecías y la enseñanza de

una mujer, sino por tolerar el contenido de su falsa doctrina. Incluso se le ha ofrecido la posibilidad de arrepentirse - de nuevo, no de haberse atrevido a enseñar o profetizar, ni de llevar la autoridad en aquella iglesia, sino por lo que estaba enseñando.

No nos compete aquí entrar en las posibles interpretaciones de 1 Timoteo 2.12. Quizás sólo deberíamos destacar que la interpretación de un versículo (y especialmente uno en un contexto de tan difícil interpretación - ¿qué significa el versículo 15?) no puede contradecir lo que queda claramente expuesto en el contexto general de todo el canon bíblico. Es una pena si una interpretación dudosa de un versículo nos hace descartar la evidencia del ministerio real de otras mujeres en el relato bíblico, y condena a la marginación en la iglesia a más del 60% del cuerpo de Cristo. Existen otras interpretaciones que armonizan con el tenor general de la Biblia, y permiten a la mujer usar los dones que reciba de parte de Dios.

Se dice que Jesús únicamente escogió a hombres como apóstoles. Es verdad, pero también es verdad que únicamente escogió a hombres judíos y libres. Ningún esclavo, y ningún gentil. No es por ello que excluimos a los no-judíos o los esclavos (si es que los hay hoy en día) de poder ejercer ministerios en la iglesia. Y, de hecho, después de los "doce", otros apóstoles fueron instituidos. No debemos confundir los dos términos, uno que se usa para designar a los doce que formaron el grupo "especial" del Señor Jesús durante su ministerio terrenal, y otro que viene a significar "misionero", refiriéndose a los que tenían un ministerio de abrir trabajos nuevos. Bernabé, por ejemplo, era conocido como apóstol.

Pues bien, entre los apóstoles también encontramos en Romanos 16.7 a Andrónico y Junia. (Así se escribe en la versión Reina Valera de 1909, por lo menos, usando el nombre de una mujer "Junia", aunque en DHH y RV 1960 se coloca "Junias", como se fuera nombre de hombre.) Que Andrónico era hombre queda claro, pero ¿quién era Junia(s)? ¿Se trata de un hombre o de una mujer? No queremos confundir al lector entrando en detalles sobre la conjugación de los sustantivos en el griego,

pero debemos hacer constar que, gramaticalmente, podría ser tanto masculino como femenino. Ambos "Junia" (mujer) o "Junias" (hombre) serían traducciones teóricamente posibles.

Sin embargo, el nombre masculino "Junias" se desconoce en la literatura griega del período - simplemente no existe como nombre real. ¡En verdad, nadie se llamaba Junias! Pero vemos que la versión femenina "Junia" era común y existía tanto en griego como en latín. En cualquier otro contexto no daría lugar a discusión - sería Junia, una mujer. Parece entonces que Pablo se refiere a una pareja, y que los consideraba apóstoles. Algunos manuscritos incluso leen aquí "Julia", nombre exclusivamente de mujer, habiendo confundido los dos nombres. En todo caso se ve que aceptaban sin problema alguno que una mujer fuera considerada apóstol.

Romanos 16.6 hace mención de una tal María que había "trabajado mucho entre vosotros" y los versículos 12,13 refieren a otras tres mujeres que "trabajaban mucho en el Señor". Pablo menciona en otro sitio a dos mujeres que, entre otros colaboradores masculinos suyos, "combatieron juntamente conmigo en el evangelio" (Fil.4.3). ¿Es que estarían haciendo el té y barriendo el local después de la reunión?

Y así podríamos seguir, pero referimos al lector a otros libros para profundizar en el tema. ¿Qué tipo de ministerio se desprende de estos textos? Las Escrituras brindan amplias oportunidades a la mujer para desarrollar sus dones a la par de los hombres e involucrarse en el ministerio juntamente con ellos. ¿Limitaremos a las mujeres en su deseo de servir a Dios con las capacidades que Él les ha dado por conceptos equivocados de la sumisión?

Este error interpretativo se hace patente en el área de las misiones. Queramos reconocerlo o no, los mayores avances en la evangelización mundial se deben a la participación de las mujeres, en su vasta mayoría solteras. Viéndose privadas de oportunidades para ejercer sus dones, para expresar a través del servicio cristiano su amor por su Señor, son muchas las que han vuelto su mirada hacia las naciones del mundo, para allí entregarse a la obra evangelística y ministerial.

Y los mismos hombres que sistemáticamente les niegan la oportunidad de predicar, enseñar, liderar, en sus iglesias de origen, alaban a Dios por sus esfuerzos, y les permiten hacer "allá" lo que ni pueden soñar con hacer en sus países de origen. Allí pueden pastorear, enseñar, discipular, organizar las iglesias que nacen como fruto de su trabajo. Allí tienen autoridad sobre hombres, discípulos que forman y dirigen, y la obra crece y es bendecida. Imponen las manos sobre pastores jóvenes para impartirles dones espirituales, y con todo hacen el trabajo que en sus propios países se ve reservado para los hombres.

Esta relegación de la mujer a una posición secundaria es producto, por supuesto, de muchos factores sociales, históricos, y espirituales. La lectura equivocada de Efesios 5.21-22, debida en parte a la división mal colocada entre dos versículos, ha contribuido a la creación y propagación de una postura discriminatoria en contra de la mujer, tanto en el ámbito de la Iglesia Cristiana como de la sociedad en general, influenciada durante tantos siglos por la postura de la iglesia. Está en nuestras manos buscar una lectura imparcial de las Escrituras, con el mensaje que sí fue inspirado que contienen, y corregir los abusos y errores del pasado.

La Iglesia está hoy día en una posición en la que puede y debe sacudirse del yugo de discriminación que nos persigue desde el Edén y afrontar con fuerza imparable los retos de la evangelización mundial en el siglo XXI. Liberando las capacidades creativas y dinámicas de las mujeres en nuestras iglesias, permitiéndoles ocupar los ministerios para los cuales el Señor las creó y salvó, se harán avances decisivos en la tarea de llevar el Evangelio del Reino a todas las naciones, y nos acercaremos más al día de la vuelta en gloria de nuestro Señor Jesús. Así sea. Ven, Señor Jesús.

6: El versículo más sorprendente de la Biblia

¡Qué difícil le era entender mi decisión! Que su nieto, después de estudiar una carrera, con el buen trabajo que ahora tenía, iba a echarlo todo por la borda para responder al llamado de Dios de servirle entre las naciones. Ya cuando me convertí mi abuelo no había podido comprenderlo - yo era inglés, por lo tanto ya era creyente, ¿no? ¿Qué necesidad tenía de "convertirme"? Como conocí a Cristo en París, al principio supuso que me había hecho católico, probablemente bajo la influencia de alguna francesa. Y ahora, ¿qué pasaba con su nieto?

Con bastante cariño intenté explicarle mi decisión, el privilegio que sentía de servir a Dios, y el ejemplo de la vida del Señor Jesús. "Pero mira lo que vas a dejar atrás, tu carrera, tu profesión, tu futuro, tu..." me insistía. "Ya", contesté, "sólo tienes que pensar en todo lo que Jesús dejó atrás para salvarnos. Viendo lo que Él hizo, no es mucho lo que yo estoy haciendo".

"Quizás", me dijo con toda seriedad, revelando en su cara la dificultad con la cual enfrentaba las "locuras" de su nieto. Me quedé pasmado cuando añadió: "Pero tú eres maestro, tú tienes un trabajo con futuro - él sólo era carpintero".

"Él sólo era carpintero". No era exactamente lo que tenía yo en mente al hablar de todo lo que tuvo que dejar atrás el Señor Jesús para demostrarnos su amor... más bien me refería a la gloria del cielo, a su relación con el Padre, a todo lo que significaba ser Dios. Que se vació de sí mismo, tomando naturaleza de siervo, naciendo como hombre, para ser obediente hasta la muerte en una cruz - y todo por amor a mí. ¡Tremendo! A veces nos olvidamos de lo que le costó su compromiso con nuestra redención. A veces también nos olvidamos de lo que ahora

nos cuesta a nosotros el serle fiel, el querer ser colaboradores suyos en la extensión de Su reino aquí en la tierra. Y además, a veces nuestra edición de la Biblia no nos ayuda a acordarnos de ello.

Ya vimos que ni los capítulos ni los versículos son inspirados por Dios. No siempre se han colocado en el lugar más adecuado. Pero éstos no son las únicas divisiones en la Biblia. El texto bíblico, tal y como se presenta en nuestras Biblias, también suele estar dividido no sólo por estos números más o menos grandes, sino en distintas secciones encabezadas por subtítulos, colocados allí indudablemente con el ánimo de aclarar el significado al lector, y ayudarle a entender lo que sigue. Normalmente marcan el principio de un párrafo nuevo, o una sección compuesta de un par de párrafos, y así pretenden guiarnos en nuestro estudio.

El párrafo es, sin duda alguna, la unidad básica para entender cualquier texto. Contiene los elementos precisos que juntos forman la línea de pensamiento del autor, y construyen su mensaje. Es la única división inherente en un texto bíblico, ya que refleja su pensamiento original plasmado en el papel. El estudio de la Biblia debe hacerse fundamentalmente a nivel de párrafos, por encima de palabras, versículos, o, por supuesto, capítulos.

Se supone que los editores de nuestras Biblias se esfuerzan por descubrir estas divisiones naturales en el texto, y por darles un subtítulo que describa con bastante exactitud su tema principal. Pero no siempre aciertan. O mejor dicho, no siempre están de acuerdo, ¡entonces no pueden estar acertados todos! Una comparación rápida de varias Biblias pone al descubierto estas diferencias. Puede que sencillamente sea difícil cortar el pensamiento del autor - especialmente si se trata de Pablo, con sus "frases" que frecuentemente abarcan decenas de líneas. En otras ocasiones es la misma gramática del griego que no se presta a la división aparentemente más natural.

Vayamos a lo que nos interesa. Existen también momentos cuando, aunque hayan acertado (¡más o menos!) en la división correcta, la imposición de un subtítulo oculta las conexiones entre párrafos que dan

la clave para entender la progresión del argumento. Pueden romper la continuidad del pensamiento del autor, y hacernos perder un matiz de su mensaje. Así ocurre en el primer capítulo de Colosenses.

Después de la salutación y la oración de Pablo por los creyentes de Colosas, Pablo nos habla de Cristo. En la mayoría de las Biblias empieza una sección nueva intitulada por ejemplo "La paz con Dios por medio de la muerte de Cristo" (DHH) o "Reconciliación por medio de la muerte de Cristo" (RV). Colosenses 1.15-23 de hecho es una exposición magistral de la persona de Cristo y su obra redentora y reconciliadora a favor de los hombres. Coloca a Cristo por encima de todo ser creado, como único Creador y la imagen visible del Dios invisible, recordándonos las palabras de Juan en su Evangelio - "Nadie ha visto jamás a Dios; el Hijo Único, que es Dios y que vive en íntima comunión con el Padre, nos lo ha dado a conocer" y "El que me ve a mí, ve al Padre" (Juan 1.18 y 14.9, DHH). Jesucristo es el que reina sobre toda esta creación, pero también vino, vivió entre nosotros, y llegó a morir para ser el primero en resucitar, y garantizar así la resurrección de todos cuantos creyesen en Él.

Así es - no se quedó en el cielo, sino vino, para que el Padre pudiese reconciliar consigo todas las cosas, este universo creado entero, por medio de Él. Mediante Su sangre derramada en la cruz hizo la paz con nosotros, quienes hemos respondido a su llamado y le hemos recibido. Nosotros, que antes éramos "enemigos de Dios en el corazón", es decir sinvergüenzas de primera clase, ahora hemos sido reconciliados con el Dios que habíamos rechazado. Podemos presentarnos santos, sin mancha y sin culpa delante de Él, permaneciendo fieles en este mensaje del Evangelio que hemos recibido.

¿Cómo accedemos a todos estos beneficios? ¿Cuál fue el precio que tuvo que pagarse para que disfrutáramos de esta libertad en la cual vivimos hoy? "Mediante la muerte que Cristo padeció en su cuerpo" (v.22, DHH), o dicho de otra manera "en su cuerpo de carne, por medio de la muerte" (RV). Éstas no son las palabras teóricas de un teólogo, un comentario "espiritual" sobre un hecho místico y sublime. Está

hablando de la vida real, de una muerte cruel, de un cuerpo de carne y hueso, con sus nervios que llevaban los sentimientos de dolor a un cerebro vivo. Está hablando de un cuerpo como el tuyo o como el mío, un cuerpo "de carne", conscientemente entregado al sufrimiento físico que sólo acabaría en la muerte lenta de la crucifixión.

En contra de la doctrina de los gnósticos, Jesús sí vino con un cuerpo humano real. "Y aquel Verbo fue hecho carne" (Jn.1.14, RV), el eterno Hijo de Dios, la Palabra que creó el mundo entero, llegó a formar parte de este mundo, al tomar un cuerpo de carne. Es su *cuerpo* que fue ungido para su sepultura (Mc.14.8). Al partir el pan, nos acordamos de su *cuerpo* dado por nosotros (Luc.22.19). Y según Pedro, "Él mismo llevó nuestros pecados en su *cuerpo* en la cruz" (1Pe.2.24, DHH). El anticristo es aquel que niega que Jesucristo ha venido "en carne" (1Jn.4.2,3). Estamos delante de un hecho histórico, vivido en el cuerpo del mismo Hijo de Dios encarnado.

Con esta conciencia del sufrimiento de Jesús para ganar nuestra salvación, sigamos la línea de pensamiento del apóstol. En la mayoría de las Biblias es difícil, ya que empieza una nueva "sección" en el versículo 24, intitulada "Pablo, encargado de servir a la iglesia" (DHH) "Ministerio de Pablo a los gentiles" (RV), o algo por el estilo. En realidad es difícil romper el texto aquí. En el versículo 23, por ejemplo, hablando de este evangelio, predicado por el mundo entero, Pablo ya se dio a conocer como ministro. ¿Por qué romper el hilo de su mensaje? Pero nuestras Biblias lo hacen, y perdemos el vínculo real entre la descripción de Jesús como nuestro Salvador y Redentor, y nuestro propio cometido como ministros de Cristo.

Volvamos a conectarnos con el eje central de Colosenses 1.15-23, es decir, la redención de la creación de Dios, alcanzada por el sufrimiento de Cristo en su cuerpo de carne, y sigamos la lectura en el versículo 24, saltando el subtítulo interpuesto allí. Nos encontramos con lo que debe ser uno de los versículos más sorprendentes de la Biblia entera:

"Ahora me alegro de lo que sufro por vosotros, porque de esta manera voy completando en mi propio cuerpo lo que falta de los

sufrimientos de Cristo por la iglesia, que es su cuerpo." (DHH) O según RV, "cumpló en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo".

¿Acaso puede "faltar" algo del sufrimiento de Cristo? ¿No hizo una obra completa en la cruz? ¿Cómo podemos pretender nosotros "cumplir" esta falta? ¿De verdad se necesita tener más sufrimiento para que su iglesia, su cuerpo, fuese perfeccionada? ¿Cómo puede mi sufrimiento ayudar a otro a ser salvo? ¿No es esta una doctrina de "salvación por obras"? ¿No suena algo "católico"? Estas y cien preguntas más nos surgen a la mente al considerar de cerca este versículo, y estoy seguro de que, si no estuviera en la Biblia, ¡más de uno lo consideraría herejía!

Pero allí está. El avance del evangelio en el mundo se hace en base al sufrimiento ya pagado por el Señor Jesús en su propio cuerpo en la cruz, y las aflicciones de los que le seguimos, pagando un precio real en nuestros cuerpos para que su mensaje llegue a toda creación. Nuestra carne, nuestro cuerpo, se involucra en esta obra del mismo modo que Él también lo hizo con Su cuerpo, Su carne.

Nuestra redención vino por el ofrecimiento del cuerpo físico de Jesús, y sigue progresando hoy en día por la misma entrega real de Su cuerpo, que es la iglesia, tú y yo. Y es que hay un precio a pagar para que la redención de la iglesia universal de Cristo se lleve a cabo. Si no fuera así, ¿no crees que el mundo se habría alcanzado ya hace muchos siglos? Esta obra de la revelación de la novia de Cristo sigue precisando, además del precio único de la sangre del Señor Jesucristo derramada una sola vez, de la entrega de su cuerpo, la iglesia.

Nada falta a la obra redentora de Cristo. No se puede añadir ni una minimísima parte a lo que Cristo cumplió en el Calvario. Cuando dijo: "Todo está cumplido", había ofrecido su propia vida en sacrificio al Padre por nuestro pecado, y no se necesitaba nada más para asegurar nuestra salvación, nuestra redención del poder del diablo. ¡Nada! Él no necesita sufrir más, ni podemos nosotros agregar nada a su obra por nuestros sufrimientos. Es una obra completa, terminada, escrita indeleblemente con su propia sangre en el tomo de la historia humana.

Sin embargo, ahora como miembros de Su cuerpo nos compete dar continuidad a este sufrimiento, esta entrega a la voluntad de nuestro Padre, cual sea la consecuencia para nuestras vidas. No es un sufrimiento con efecto salvífico, en el sentido de que no se puede añadir nada a la obra terminada de Jesús, pero sí es un sufrimiento necesario para que este mensaje de redención sea predicado y comprobado como verdadero a través de las naciones humanas. Y tal es la identificación de Cristo con Su iglesia que la llama Su propio cuerpo, y siente sus sufrimientos como si fuesen los suyos propios. ¿No decía el Cristo resucitado a Pablo, conocido entonces como Saulo, "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues"? La persecución librada contra la iglesia era contra el mismísimo Señor, y el sufrimiento de aquellos fieles era Suyo.

En una escena del libro de Apocalipsis, contemplamos "al pie del altar, vivos, a los que habían sido muertos por proclamar el mensaje de Dios" (Apoc.6.9, DHH). Preguntaron, naturalmente, cuánto tiempo quedaba hasta el fin de las cosas, cuando su sangre sería vengada. (¡No somos los únicos en querer saber cuándo termina este mundo - parece que hasta los muertos tienen un interés malsano en la escatología!) ¿Cuándo será? No se les dice, pero sí que tienen que esperar un poquitín más, "hasta que se completara el número de sus hermanos y compañeros en el servicio de Cristo, que, como ellos, habían de ser muertos" (v.11).

La mayoría de los apóstoles pagaron el precio supremo por ser testigos de Cristo. Y aun antes de su muerte, la biografía de Pablo nos muestra sus muchos sufrimientos, a los cuales se enfrentó con gozo, sabiendo su propósito en el plan de Dios. "Dondequiera que vamos, llevamos en nuestro cuerpo la muerte de Jesús", nos informa, pero firme en su postura, sabiendo el por qué de esta realidad: "para que también su vida se muestre en nosotros [...] De ese modo la muerte actúa en nosotros, y en vosotros actúa la vida." (2Co.4.10,12, DHH).

¿No sentiría este sufrimiento? ¿De qué nos habla 2 Corintios 4.7-12 y 6.4-10 sino de las consecuencias físicas para la vida de Pablo debido a su compromiso para con Dios y Su voluntad? No iba "flotando", anestesiado al sufrimiento y la necesidad, pero sí consideraba que

carecía de importancia comparado con el privilegio de llevar el mensaje de salvación a otros. "Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo" (Is.43.2, RV). Dios estará con nosotros, ¡pero habrá que pasar por las aguas! La entrega de nuestras vidas es algo real, palpable, vivida día a día en nuestros sentimientos de dolor y frustración, pero llevada a cabo en el poder de Dios.

Algunos años más tarde, ya acercándose al final de su carrera terrenal, el apóstol pudo escribir a los Filipenses con el mismo deseo que siempre había mantenido de que "como siempre, ahora también será magnificado Cristo en mi cuerpo, o por vida o por muerte" (Fil.1.20, RV). Este pobre cuerpo que se había llevado palo tras palo en el servicio de Cristo se ofrece a Dios de nuevo en el altar de la obediencia.

Como entonces, el evangelio tampoco llegará hoy a los pueblos resistentes de la Ventana 10/40 si no hay "cuerpos" para llevarlo. Sí, hoy en día se puede hacer mucho a través de la radio, Internet, la televisión, los medios de comunicación... pero nada toma el lugar del ser humano rendido a los pies de Jesús para cumplir su voluntad. ¡El afirmar "estoy contigo en espíritu" nunca hace avanzar la causa del evangelio tanto como el estar presente en cuerpo y alma! (A decir verdad, tampoco me gusta mucho la idea de tener a espíritus humanos flotando por allí conmigo, pero vamos, ese es otro tema.)

¿Qué mejor ejemplo tenemos que el mismo Señor Jesús? En su interpretación profética del Salmo 40, el autor de la epístola a los Hebreos nos dice que, "Cristo al entrar en el mundo, dijo a Dios: 'No quieres sacrificios ni ofrendas, sino que me has preparado un cuerpo'". Luego, con este cuerpo físico que le fue dado por Dios, se ofrece a su servicio: "'Aquí vengo, tal como está escrito de mí en el libro, para hacer, oh Dios, tu voluntad.'" (Heb.10.5-7, DHH).

También a nosotros Dios nos preparó un cuerpo. De nosotros escribió en un libro, y no sólo nuestros nombres en el libro de la vida, sino también estas buenas obras que él preparó de antemano para que las hiciésemos (ver Ef.2.10). Delante de sus ojos, ningún sacrificio, ninguna ofrenda tiene valor alguno comparado con la entrega de nuestro

cuerpo a su servicio. No podemos hacer nada mejor que ofrecerle nuestra vida entera enclaustrada en este cuerpo para hacer Su voluntad.

Dios sí tiene una voluntad para nuestra vida - una voluntad buena, agradable, y perfecta. Pero Dios no revela esta voluntad a los meramente curiosos, sino a los que desean obedecer. Pablo nos invita a "conocer", o mejor dicho "experimentar" o "comprobar" cual sea la voluntad de Dios para nuestra vida. No se trata de un conocimiento teórico, como si llegáramos a la conclusión de lo que Dios querría para nuestra vida, y ahora tuviéramos que decidir si lo queremos nosotros o no. Es la *experiencia* de vivir en la voluntad de Dios, expresada día a día en mi vida. Quizás nunca lleguemos a entenderla, pero sí podremos vivirla y experimentarla.

Para ello se nos pide "presentar nuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios" (Rom.12.1-2, RV). No nuestros espíritus, ni almas, sino *cuerpos*. Al final y al cabo, allí donde va el cuerpo, ¡lo demás también nos acompaña! Presentarle mi cuerpo, como sacrificio vivo - no un sacrificio efectuado nada más que una vez con un cuchillo sobre un altar, lo que quizás sería incluso más fácil - mejor aún, vivo, momento por momento, pero como muerto a mí mismo, y vivo para Dios.

De hecho, nuestros cuerpos ya son suyos. Fuimos comprados con precio, nuestro cuerpo es miembro de Cristo, y templo del Espíritu Santo (ver 1Co.6.14-20). El tiempo del verbo en Romanos 12, un aoristo que indica una acción puntual y acabada, nos pide presentar nuestro cuerpo a Dios una vez por todas, no ofrecérselo cada cierto tiempo, como si se le escapara de las manos. No, nuestro cuerpo es suyo, y usarlo para fines fuera de su voluntad es robarle al abusar de lo que ya no nos pertenece.

Sin embargo, sí podemos confirmarle el hecho de que le pertenecemos, y que queremos que nuestro cuerpo siga siendo suyo. Que está disponible para hacer su voluntad, una voluntad que debe cumplirse en la evangelización del mundo. Una voluntad en la cual algunos de nosotros sólo encontraremos nuestro propósito sirviéndole

allí entre las naciones. Una voluntad que espera en la entrega de cuerpos dispuestos a obedecerle, sea cual sea el precio a pagar.

Señor, sabes que tienes mi boca para hablar tus palabras a un mundo necesitado de ti. Que tienes mis brazos para abrazar al marginado y rechazado, y comunicarle tu amor. Mis oídos para escuchar, para entender a los demás, y demostrar que me son importantes. Mis ojos para llorar con los que lloran, y expresar tu amor en mi mirada. Mis manos para consolar al quebrantado de corazón. Mis pies para llevarme al lugar en el cual quieres que te sirva. Mi cerebro para dominar nuevos idiomas, y mi lengua para comunicarte a ti allí donde me quieras enviar. Señor, heme aquí, envíame a mí.

Si el mundo ha de escuchar el evangelio, y ver que es un mensaje digno de confianza y crédito, el precio que la iglesia debe pagar es un precio real que no pasará desapercibido. Lo sentirás en tu cuerpo. De la manera que Jesús nos ganó la redención "en su cuerpo de carne, por medio de la muerte", así también esta redención será predicada y creída en el mundo al "cumplir en nuestra carne lo que falta de las aflicciones de Cristo, por su cuerpo, que es la iglesia".

7: La Parábola de las Tierras

En cuestión de unas pocas horas habíamos bajado del puerto de alta montaña, donde las águilas sobrevolaban los rudos peñascos, y nos encontramos en un pueblo a orillas del mayor desierto del mundo. Era un pueblo como cualquier otro del lado sahariano de las montañas Atlas. "Tomboctou - 53 días en camello" indicaba la señal; ¡pero tampoco quería ir tan lejos! Aquel día era día de "souq", el mercado semanal que servía de punto de encuentro y compra venta para los poblados al rededor. Ya a media mañana la plaza se había convertido en una barahúnda de ruidos, voces, gritos, olores, y ese trajín continuo que suele caracterizar estos sitios y días.

Mientras los demás que me acompañaban se pusieron a explorar el viejo centro urbano, deambulé a mis anchas por aquella plaza alborotada, y finalmente me detuve al lado de uno de sus puestos innumerables, si así se los puede llamar. Como extranjero, siempre intentaban venderme algo a diez veces su valor real, pero ya no me fascinaba tanto aquello, y había aprendido cómo decir "no" sin ofender. De hecho, después de los saludos habituales, este día me puse a bromear con el vendedor de bisutería con el cual había entablado una especie de conversación. "¿Cuánto me das por esta cajita? ¿Seiscientos reales?" le pregunté, citando un precio en la moneda vieja del país, con la que todavía hacían los cálculos los mayores. "Para ti, *sadiqi*, 'mi amigo', barato, precio bueno. ¿Cuánto puedes pagar? Es buena calidad, plata de ley..."

El "guía" se tornaba vendedor, e intentaba promocionar su producto con el mismo fabricante. Con una sonrisa que le cubría la cara, me tomó de la mano, y me hizo sentarme a su lado bajo la sombra del toldo que le protegía del sol caliente del desierto. Muy pronto tenía un nuevo amigo, y juntos tomamos un refrescante té de menta. Durante un buen

rato charlamos sobre nada y todo, y contemplamos sin prisas la multitud que seguía con sus quehaceres entre las omnipresentes nubes de polvo.

En este ambiente detenido, saqué mi "caja de parábolas", una sencilla caja de zapatos forrada con papel dorado, pero que nunca dejaba de cautivar a todos los presentes. "¿Qué será?" Al fin y al cabo, se trataba de unos dibujos sencillos, figuras de cartulina, y todo tipo de accesorios para poder contar una historia sencilla de manera visual, y sin sentirme tan limitado por el pobre conocimiento del idioma que todavía sufría. Era poco más que un franelógrafo tridimensional, pero servía, ¡y cómo!

Con la solemnidad propia de un narrador de historias, poco a poco iba sacando de esa caja de Pandora toda una serie de objetos que ilustrarían la parábola que me disponía a contar: una tela verde, que siempre servía de fondo, otra tela que se convertía en "campo", dibujos, granos de trigo, trozos de plantas, piedras, pajaritos, un sol abrasador, y yo qué sé qué más. De repente, el campo se veía reemplazado por un corazón humano, y la historia se repetía, mientras los ya numerosos espectadores mostraban su aprobación con la cabeza y una serie de gestos y palabras de afirmación. Me gusta pensar que la primera vez que esta historia fue relatada, hace casi dos mil años, ocurrió en un sitio parecido, con gente parecida, a quienes el ejemplo vivo del crecimiento de semillas en un campo comunicó las verdades del Reino de Dios.

Resistí la tentación de contar otra, y me senté de nuevo con el que ya se había convertido en patrocinador mío, que empezó a preguntarme sobre la historia. ¿Cómo podía él también dar este buen fruto? Su corazón también estaba lleno de cardos, pero ¿era posible limpiar la tierra? ¿Podría él un día dar buena cosecha para Dios? No sé cómo terminó el peregrinaje personal de este hombre sencillo, pero por lo menos este día comprendió algo del Evangelio eterno, y se dispuso a buscar de Dios. Al despedirme después, pudimos dirigir una oración al Único que podía y quería arar la tierra endurecida de su corazón, pidiéndole que sembrara su preciosa Palabra allí, y que la protegiera hasta producir su fruto. ¡Que Dios quiera que haya caído en buena

tierra!

¡Ah!, la parábola del sembrador. ¡Qué maravilla de enseñanza! Ha servido de materia prima para multitud de sermones a través de la historia de la iglesia, y con razón. Se encuentra registrada en los tres evangelios sinópticos, y, en mi Biblia por lo menos, viene titulada sencillamente "Parábola del sembrador".

Pero paremos para pensar un momento. Ya vimos que la división en párrafos es decisión de la casa publicadora de una versión, y no pertenece al texto inspirado. Lo mismo acontece con los subtítulos usados, y por lo tanto debemos entender que las palabras "Parábola del sembrador" no forman parte del texto original. Ninguno de los "títulos" que encontramos en nuestras Biblias están allí en los originales (con la excepción de los títulos de la mayoría de los salmos, que corresponden al primer versículo en el texto hebreo). Para comprobarlo sólo hay que dar una mirada a dos Biblias distintas. Los títulos no son los mismos, y a veces hasta se encuentran en lugares diferentes, según el mejor parecer de los editores. Se han colocado en nuestras ediciones de la Biblia, ofreciéndonos una división en párrafos o secciones, que sin duda alguna nos ayuda a seguir la lectura. Pero no son inspirados por Dios.

Sin embargo, al estar allí encabezando un pasaje, tienden a condicionarnos a la hora de leer e interpretar lo que sigue. Y no siempre son los más adecuados. La parábola del "hijo pródigo", por ejemplo, no se trata de un hijo pródigo. (Y a propósito, ¿cuántos conocemos el verdadero significado de "pródigo", que viene a significar "uno que desperdicia su dinero", o "derrochador", y no "extraviado" o "perdido"?) Se trata más bien del "padre prodigioso" - del amor, bondad, comprensión y perdón de un padre rechazado, insultado, y deshonrado, todo ello de forma contundente si tomamos en cuenta los patrones sociales de su día. Lo importante no es lo que hubiera hecho el hijo perdido, sino cómo el padre le recibe, en una manera inconcebible para los oyentes.

Además, el enfoque al "hijo pródigo" nos hace perder de vista al hijo mayor, que también es protagonista de la historia. Jesús termina

esta enseñanza sobre la bondad y compasión de Dios con una crítica dura a su mismo pueblo, que, como el hijo mayor, miraba de reojo la misericordia que mostraba a los "inaceptables", los pecadores, los inmundos, y los gentiles. Israel siempre había estado con Dios, y no debía resentir ahora la incorporación de los que andaban lejos de Él.

Y ¿qué de la parábola del sembrador? ¿En realidad se trata del "sembrador"? En un sentido, sí, porque el sembrador está presente en la historia. Pero en otro sentido, no, porque el punto central de la historia no tiene que ver con la persona del sembrador, como tampoco tiene que ver con la semilla. El sembrador es el mismo cada vez que siembra, siendo el mismo Hijo de Dios. Y la semilla siempre representa la Palabra de Dios, el mensaje de salvación. Lo que cambia es la naturaleza de la tierra en la que la semilla se siembra, y allí encontramos el mensaje que Jesús quería transmitir. Se trata sencillamente de la diferencia entre distintas tierras. Del mismo modo que los resultados de una siembra dependen de la calidad de la tierra donde se efectúa la siembra, y las circunstancias en las que deberá crecer la semilla, no podemos ni debemos esperar los mismos resultados espirituales en situaciones diferentes. No es natural, y aquí Jesús nos advierte que no es así. ¿Por qué no cambiar el título en tu Biblia y colocar algo semejante a la "Parábola de las tierras"?

Con la idea central de esta parábola en mente, podemos proceder a buscar una interpretación más adecuada, interpretación que pasa desapercibida para la mayoría de los lectores. Nuestro entendimiento "tradicional" sugiere sencillamente que, al predicar la palabra, podemos esperar que algunas personas rechacen nuestro mensaje, que otros lo acepten pero no duren por distintas razones, y que sólo una minoría llegue a dar fruto duradero y permanente. Sin embargo, existen dos otros vertientes principales que debemos considerar.

En primer lugar, en nuestra interpretación de las parábolas, pocas veces tomamos en cuenta la situación real en la que Jesús daba su enseñanza. Cada parábola tiene un trasfondo real, un acontecimiento o una pregunta que servía como "tela de fondo" para la enseñanza

trasmitida. Las parábolas no se dieron en un "vacío", como anécdotas privadas de contexto, y capaces de ser aplicadas a cualquier circunstancia que se nos antoje hoy. Deben colocarse dentro de este contexto "real". Además, se debe tomar en cuenta el contexto "literario", el lugar en la narración que escoge el autor, porque contribuye al desarrollo de su relato de la vida y el ministerio del Señor Jesús.

Examinando estos contextos, notamos que Jesús cuenta esta parábola en un momento decisivo en su ministerio, en particular en el proceso de formación de los discípulos. Ya llevaba un tiempo predicando por los pueblos, dando a conocer el "evangelio del Reino", trabajo en el cual participaban activamente sus seguidores. Su fama le precedía, y cada vez experimentaba mayores enfrentamientos con los líderes religiosos y políticos del pueblo. Además, había nombrado a doce de entre la multitud que le acompañaba para que fuesen apóstoles, líderes en preparación para la futura comunidad cristiana.

Era el momento de invertir fuertemente en ellos. Hay un momento para esparcir la preciosa semilla por todas partes, sembrando generosamente con nuestras vidas. Pero también hay un momento para dejar de sembrar "al azar", e invertir nuestros recursos en aquellos que producirán fruto. Y ahora Jesús proponía dedicarse cada vez más a sus propios discípulos, preparándoles para el día en el que él les sería quitado. La "Parábola de las tierras" explica y anuncia el cambio de rumbo que iba a experimentar su ministerio. Habiendo sembrado en caminos, entre espinos, y en tierras rocosas, ahora iba a concentrarse en los que habían demostrado ser "buena tierra", y que "con corazón bueno y dispuesto ... permaneciendo firmes" darían una buena cosecha.

En segundo lugar, debemos permitir que el mismo enfoque central de esta parábola condicione nuestra interpretación principal. Se trata de *tierras* distintas, y cómo la eterna e inmutable Palabra de Dios, sembrada por el mismo Hijo del Hombre, es recibida en cada una de ellas. Nos alerta al hecho de que el éxito de la siembra no depende tanto de la calidad de la semilla o la capacidad del sembrador, sino de la propia naturaleza del lugar donde se efectúa la siembra. Sí,

efectivamente, en realidad existen lugares "duros" o resistentes al evangelio, y otros más "receptivos".

Acostumbrados a ver resultados "instantáneos", son muchos los misioneros de países latinoamericanos que se desesperan con gran facilidad al topar con la aparente dureza de las gentes de Europa Occidental o de partes del mundo musulmán. "¿Qué me pasa?" se preguntan cabizbajos. Salieron de sus hogares con el testimonio de un trabajo bien realizado, almas salvadas, iglesias levantadas, templos construidos. Llenos de fe y esperanza, y más de un sueño de "conquistar" pueblos para Cristo, se lanzaron al "campo misionero" en obediencia al llamado de su Señor, y con "metas de fe" para sus ministerios futuros. Allí, trabajando con el mismo empeño, con oración y ayuno, fe y entrega, buscan por todos los medios llevar a personas a Cristo y edificar su Iglesia. Pero no se convierte nadie - o quizá sólo unos pocos, y en su mayoría marginados - y se preguntan "¿por qué?".

"¿Dónde reside el problema?" se pregunta el misionero angustiado. Y la conclusión a la que llega más de uno es que él mismo es la raíz de la dificultad. Quizás ha perdido algo de fe, o ya no ora con suficiente entrega, piensa. Habrá que esforzarse más. Habrá que trabajar más, orar más, con mayor intensidad, porque así no puede ser... Poco a poco, aunque siga orando y trabajando más que nunca, la ausencia de "resultados" se apodera de su alma, y pierde hasta la poca fe que le quedaba. Sigue con los signos externos de su ministerio, pero completamente derrotado por dentro.

Pero ¿qué de la iglesia que le ha enviado? ¿Se muestra comprensiva con su situación? ¿Entiende que las realidades espirituales de Venecia, Islamabad, Atenas, Rabat, Vienna, Dacca, Madrid, o Bamako, no son las de Río de Janeiro, Buenos Aires o Lima? ¿O que Mozambique y Macedonia presentan desafíos muy distintos? Desafortunadamente, hay que señalar que son pocas, demasiado pocas, las que saben de estas cosas. Y en muy poco tiempo la junta de misiones o la propia congregación está "cobrando" resultados, como dicen los brasileños, de sus misioneros.

El misionero ha sido enviado sobre una ola de emoción y fervor. Es el representante de la iglesia para penetrar en los lugares más oscuros con la luz del evangelio. Lleva la victoria de Cristo, y nada ni nadie podrá pararlo. Junto a esta expectativa espiritual va el tema de la inversión económica. Después de todo, el misionero recibe su "paga" de la iglesia, y se quiere ver un buen resultado de la inversión. Mantener un joven en el extranjero implica un compromiso financiero alto, a veces equivalente al salario de un pastor junto con su familia "en casa", y en el caso de familias misioneras la inversión requerida crece vertiginosamente.

Con todo, parece que el pasado se ha olvidado. Aquel pasado cuando otras iglesias en otras naciones invirtieron para que misioneros extranjeros pudiesen dedicarse a la labor de la evangelización y la implantación de iglesias, frecuentemente trabajando durante años sin ver resultados espectaculares. Aquel pasado cuando la gente no se convertía con tanta "facilidad", cuando cada alma era una victoria ganada a duras penas, y cuando las iglesias eran pequeñas y débiles. Pero nuestra memoria es corta, y hoy exigimos de nuestros misioneros un "rendimiento" irreal. Al haber exigido lo mismo las iglesias de los primeros misioneros que aterrizaron por Latinoamérica, es muy probable que no habrían durado más de una "vuelta", y que nunca se habría logrado el crecimiento espectacular de los últimos años.

Con este "olvido", y el deseo de ver su propia denominación establecida en tierras lejanas, se pide lo imposible del misionero. "¿Cuántas iglesias has plantado?" se le pregunta después de unos pocos meses, o quizás un año corto. ¡Al pobre ni siquiera le ha dado tiempo para aprender el idioma!, sin hablar de adaptarse a una cultura distinta, en la cual todavía se siente como pez fuera del agua. Pero poco le importa a la congregación ansiosa de "éxito", y ya se empieza a hablar del "fracaso" del misionero, comparándole a sus espaldas con otros obreros más "fructíferos" en otros campos. Y todo, por supuesto, sin conocer las realidades del campo en el que ministra. La misma iglesia se convierte en policía, testigo, juez, y verdugo del obrero, todo en un

proceso celebrado en su ausencia, y se le condena a la ignominia de llevar la etiqueta de "fracasado" durante toda su vida.

Lo peor es que él lo sabe. Se ha criado allí, y sabe cómo se ha hablado de los que no dieron un retorno inmediato e impresionante. Es consciente de lo que se espera de él, y no quiere defraudar. Sus informes y cartas de oración se vuelven cada vez más "evangelísticos", con frases tan engañosas como inexactas como "muchos respondieron al Señor", "la obra está creciendo", o "la bendición de Dios acompañó cada paso de la campaña".

Desafortunadamente, bajo esta presión algunos hasta llegan al punto donde la "exageración" (es decir, mentirijillas, o mentiras supuestamente piadosas) se convierte en mentira pura, y se inventan todo tipo de datos, junto con fotos de congresos o iglesias de terceros, para no caer en la desgracia de la iglesia enviada. De esta manera poco a poco se condenan a vivir en la irrealidad, y sellan su salida temprana del campo. Es que la propia auto estima de uno no permite vivir sumergido en este tipo de mundo de fantasía durante mucho tiempo. Y pronto vuelven a sus países de origen, tachando de "cementerio de los misioneros" a España, Austria, Italia, Túnez, entre otros.

¿Exagero? Quizás, ¡pero no mucho! Todo lo expuesto aquí se basa en casos reales, repetidos en sus elementos esenciales demasiadas veces. Lo más triste es que estas escenas podían haberse evitado, si hubiésemos tomado en cuenta la "Parábola de las tierras". Pero algunos presumimos de ser más sabios que el mismo Señor, y no queremos aceptar que sea así. No estamos dispuestos a pagar el precio de la preparación de las tierras más duras, de invertir en la siembra, sin ver una cosecha copiosa e inmediata. Y seguimos tachando de "fracaso" la falta de resultados parecidos a los que caracterizan la obra en nuestros países en la actualidad.

Es por ello que el éxito a largo plazo del esfuerzo misionero pasa irremediabilmente por la educación misionera de la iglesia, para que cada miembro entienda la realidad del campo misionero al que han

enviado a su misionero. Este obrero necesita la comprensión de los que le apoyan, el aliento y el ánimo que le pueden proporcionar. Necesita saber que cuenta con su confianza, que no le juzgarán antes de tiempo por los "resultados" conseguidos, y que puede ser totalmente honesto con ellos, sin perder su apoyo. Únicamente una iglesia informada y verdaderamente consciente de cómo es la situación específica en la que se encuentra su obrero, puede actuar de esta manera.

Además, el proceso de formación del mismo misionero debe prepararle para poder adaptar su expectativa de resultados al campo de trabajo. Ha de darle una fortaleza anímica que le permite experimentar resultados "pobres", comparados con los que ha conseguido en años anteriores en su propio país, sin condenarse, ni desesperarse de su llamado o sus propias capacidades para el ministerio. Total, debe prepararle para otra realidad.

(Quizá valga la pena aquí aclarar que pocos realmente "creen" que va a ser así hasta dar un buen barrigazo al experimentar la realidad. Lo he visto decenas de veces. Al explicar a candidatos para la obra que "España es diferente", se ve la mirada de incredulidad en sus ojos. Puedo hablar hasta la saciedad, y, aunque no me digan nada, por dentro se ve que no lo admiten. Con *ellos* no será así. *Ellos* sí saben lo que es orar y ayunar hasta ver avances decisivos, y *ellos* serán capaces de vencer la oposición espiritual y ganar victorias importantes. Puede que todos los demás pastores y misioneros no lo hayan conseguido - lo más seguro es que tengan una vida espiritual muy empobrecida -, pero *ellos* sí... A cada uno de éstos hay que recordarles: "no eres el primer misionero, ni el último, ni el mejor". Y luego hay que estar a su lado cuando empiezan a darse cuenta de que efectivamente tenía razón. Si sobreviven dos años, y se adaptan de verdad, terminan por hacer un muy buen trabajo.)

La "Parábola de las tierras" escenifica una faceta fundamental de misiones en el mundo de hoy. Siguen necesitándose obreros en esos lugares menos receptivos, pero obreros que entienden las cosas como son, y que estarán dispuestos a pagar el precio de un ministerio a largo

plazo, sembrando con sus propias vidas. Y los que envían misioneros, los que apoyan con su oración y recursos, deben ser humildes y realistas, para que no se les apliquen las palabras dirigidas por Jesús a los fariseos: "Atan cargas pesadas, imposibles de soportar, y las echan sobre los hombros de los demás, en tanto que ellos mismos no quieren tocarlas ni siquiera con un dedo" (Mat.23.4, DHH).

Permitamos que la enseñanza sencilla del Señor Jesús acerca de las distintas tierras penetre en nuestros corazones, y que cambie nuestras expectativas. Dejemos de juzgar según criterios puramente humanos, y aceptemos las realidades espirituales del mundo tal y como Dios nos las comunica en su Palabra. Así, Dios mediante, quizás seremos algo más capaces de enfrentarnos con la tarea de la predicación del evangelio del Reino con mayor perseverancia y entendimiento. ¡Que Dios quiera que sea así!

8: La mujer que tú me diste

Era un muchacho agradable, tierno, y comprometido con la obra del Señor. De hecho, estaba estudiando en la escuela bíblica para poder servir como pastor. Nacido en Sicilia, había vivido la mayoría de su vida en Francia, pero retenía gran parte de sus raíces mediterráneas y latinas.

No sé cómo surgió la conversación, ni cómo llegó a comentar el asunto, pero empezamos a hablar de las mujeres, *le donne*. Y no sólo de las mujeres, sino de las mujeres en la iglesia. ¡Vaya tema! De repente su novia, una chica con un concepto del papel de la mujer que abarcaba más de la clásica *cucina, chièsa, letto* ("cocina, iglesia, cama") que caracterizaba gran parte de la sociedad meridional italiana, le lanzó un grito: "Pero, ¿cómo te atreves?"

Es que este siciliano - tierno, pero macho - creía que el alma de un hombre valía más para Dios que el alma de una mujer. Así de crudo. Que si tenía que escoger entre salvar a un hombre y una mujer, el hombre ganaba siempre. (Será por ello que los hombres abundan tanto más en las iglesias evangélicas que las mujeres, ¿no?). Claro está, cuando le presionaron para justificar su creencia algo heterodoxa, no pudo, y tuvo que retractarse con su honra mediterránea masculina algo dolida. Pero no creo que cambiara así de fácil de pensamiento. Las actitudes adquiridas a lo largo de toda una vida no se echan por tierra así por las buenas.

Volvamos a hablar de mujeres. Han servido de chivo expiatorio del varón desde que Adán señaló a Eva con el dedo, y le lanzó esta acusación de culpabilidad que en realidad iba dirigida a Dios mismo, "la mujer que tú me diste". Fuente de tropiezo para el pobre hombre beato cuya única meta en la vida es ser "buen creyente", han llegado a ser raíz de todos los males, junto con el dinero, por supuesto, y sin olvidarnos tampoco del afán del poder. Las famosas tres efes, "finanzas, fama, y

falda", los peores enemigos del hombre espiritual.

El mismísimo apóstol Pablo nos confirma este cuadro de peligrosidad, ¿no? Leyendo las interpretaciones históricas ofrecidas de algunos de sus textos más debatidos, no sorprende que haya sido tachado de misógino por gran parte de los defensores de los derechos de la mujer. ¿No nos dice "bueno le sería al hombre no tocar mujer" (1Co.7.1, RV)? (Y por "tocar", ya sabes, no está pensando en un roce sin querer, o un toque suavecito con la mano...) Evítalas todo lo que puedas, incluso a tu propia esposa, si es que has caído en la desgracia de tener una. Te hará mucho bien.

Y por si fuera poco, como remate nos deja unos consejos para los que todavía no han pasado por las puertas del matrimonio. ¿No nos advierte que prefiere que todos fuésemos como él (esto es, nos dicen, soltero)? Si bien el que se casa con "su virgen" hace bien, el que decide no casarse con (o casar a) su virgen hace mejor (1Co.7.36-38, RV, ¡y allí sí tenemos un texto que necesita una exégesis seria y concienzuda!). En resumen, si no puedes controlarte, pues, en este caso (¡y únicamente en este caso!), que te cases. Pobrecito, comido por el deseo sexual que deberías haber controlado hace mucho; es mejor casarte que estar quemándote (v.8), ¡pero mucho mejor echar agua fría al fuego y apagarlo cuanto antes! Mas bien, si a pesar de todo, después de luchar ferozmente contra estos malos deseos, todavía eres preso de las atracciones del cuerpo femenino (aunque a decir verdad tampoco tienen la culpa de ser cómo son, así como Dios las creó), pues no te queda remedio: al altar.

Esta visión de la "castidad", de la supremacía y espiritualidad del celibato, junto con la convicción de la maldad intrínseca de las relaciones sexuales, ha dominado en el cuerpo de Cristo casi desde entonces. Viviendo en una iglesia plagada por conceptos filosóficos griegos de la dicotomía de cuerpo y alma, son pocos los que a través de la historia han podido dar una enseñanza equilibrada y bíblica sobre la sexualidad humana. Origen, por ejemplo, se castró en su celo para el Señor - aunque quizás nunca sepamos si lo hizo para frenar su propio

deseo inflamado, o para cortar las presuntas críticas de su contacto con mujeres discípulas. ¡La obra apócrifa "Los Hechos de Tomás describe la unión sexual *dentro del matrimonio* como "un acto de vergüenza", un "compañerismo de corrupción", y "relaciones inmundas"! Y Agustín, cuyos escritos han influenciado el desarrollo de la teología occidental más que cualesquier otros, vio en su propias luchas con la concupiscencia sexual un reflejo del pecado original del hombre. Vivimos con este legado hoy.

Los Corintios también sufrían estos efectos de la filosofía griega, que exaltaba el espíritu o el alma, a costa del pobre cuerpo que ata el espíritu a su hogar terrenal, e impide el creyente en su andadura espiritual. Bien decía Platón *soma sema*, es decir, "cuerpo = cárcel": el cuerpo es la prisión del alma, que encontrará libertad plena sólo en la muerte cuando por fin se ve libre de su envoltura de carne asquerosa. Mientras tanto, durante todo nuestro peregrinaje terrenal, tenemos que luchar contra las malas influencias que nos trae nuestro físico débil y repugnante. Repitamos unas cuantas veces en tonos Orwellianos "espíritu bueno - cuerpo malo", y seguro que también nos lo creeremos.

Poco tiene que ver con el concepto bíblico del ser humano, pero ha dominado el pensamiento cristiano durante largos años, y tampoco está muerto del todo hoy día. Dios creó al hombre bueno - cuerpo, alma, y espíritu. No hay la más mínima sugerencia en la Palabra de Dios de que su naturaleza puramente física fuera menos perfecta que la espiritual. Y cuando cayó, cayó todo, no sólo su cuerpo. El pecado no tiene su origen ni su morada en el cuerpo - está igualmente en casa en el alma del ser humano (en la ira o los celos, por ejemplo) y hasta en el espíritu (como en el caso de la idolatría o el espiritismo). El uso técnico de parte de Pablo de "carne" para referirse a la naturaleza pecaminosa en todas sus ubicaciones ha llevado a no pocos a identificar la sede del pecado con nuestro físico, error comprensible a la luz de los conceptos erróneos arraigados durante siglos.

Y ¿qué diremos del cielo? El pensamiento platónico se aleja años luz de la esperanza judeocristiana de la resurrección del cuerpo como

galardón de los justos, y no la "liberación" del espíritu. El cielo no será hogar para una pandilla de espíritus "desencarnados", sino de personas íntegras, gozando de un nuevo cuerpo inmortal que Dios les ha preparado. Nuestra experiencia no será el ser liberado del cuerpo, sino de la "carne", es decir la infección pecaminosa que afecta todo nuestro ser y nos amarga tanto nuestros esfuerzos actuales por alcanzar la perfección de nuestro Padre celestial.

Pero no sólo sufrían los creyentes de Corinto con esta perversión de la realidad humana. También habían adoptado las pautas de la mayoría de las expresiones religiosas romanas, que acentuaban liturgia, rito, y ceremonia, por encima del contenido esencial o experimental de la adoración. (Cabe preguntarse hasta qué punto sigue siendo verdad esta manifestación de la religión romana dentro de la iglesia que lleva su nombre.) Lo que importaba no era tu intención al adorar a Dios, el estado de tu corazón, sino exactamente lo que hacías. Y consecuentemente la pureza tenía que ver con formas y no con hechos, una pureza ceremonial más que moral.

En su cosmovisión dominada por este entendimiento fallido de la naturaleza física del hombre y, por lo tanto, de su sexualidad, y un concepto de pureza ceremonial, no es extraño que no quisieran ni acercarse a su propia mujer. Imaginaban que era imposible agradar a Dios si llevaban consigo a Su presencia la "suciedad" de un contacto "inmundo" del pasado inmediato. Bajo esta influencia llegaban hasta querer separarse de sus cónyuges no creyentes, por temor a "contaminarse". De allí la exhortación que les hace Pablo sobre la posible "santificación" de su pareja junto con ellos. No está considerando el caso de una salvación "por prójimo", cosa que no existe (¡a pesar de las afirmaciones al contrario de los mormones que se dejan bautizar por sus seres queridos difuntos!), sino una pureza netamente ceremonial.

Con esto llegamos a lo que nos toca aquí - que no todo lo que hay en nuestras Biblias es inspirado. Ya hemos considerado los capítulos, los versículos, los párrafos; ahora es el turno de la puntuación. Vimos que

los manuscritos bíblicos fueron escritos sin signo de puntuación alguna. Esto no significa que las realidades que representan estos signos para nosotros no estuviesen presentes en la mente del compositor, sólo que nunca llegaron a reflejarse en el papiro. Claro que él sabía lo que quería decir - lo único es que nosotros no lo sabemos. Pero no nos queda alternativa, sino agregar esa puntuación en nuestras Biblias, ya que sin ella hoy en día nadie entendería nada. Normalmente no causa conflicto alguno. El problema surge las veces en las que el sentido del original no queda claro al cien por cien, pero no queda más remedio que imponer al texto una puntuación que limita el posible sentido de la frase.

No existen signos de interrogación en los textos bíblicos. (Estamos hablando de los "autógrafos", es decir los manuscritos originales; por supuesto fueron usados más tarde, y aparecen en nuestro aparato textual griego hoy como punto y coma así: ";".) ¿Constituyen, por lo tanto, las palabras pronunciadas por Jesús en Juan 16.31 una afirmación o una pregunta? ¿Debe leerse "¿Ahora creéis?" o "¡Ahora creéis!"? Colocar los puntos que marcan el principio de una frase también puede complicarse. ¿Dónde colocarlos en Efesios 1.3-14, por ejemplo, ya que se compone de una sola frase en el griego. De allí las diferencias en distintas traducciones.

Tampoco encontramos "comillas" para definir el principio y el fin de una cita verbal o textual. Se solía usar la partícula *hoti*, o "que", para indicar el principio de una cita oral. Pero ¿dónde terminaba? El versículo más famoso por la Biblia, por ejemplo, Juan 3.16, se encuentra dentro de un discurso de Jesús que empieza en el versículo 10. Pero ¿dónde termina este discurso, y dónde empieza el comentario de Juan? ¿después del 17? ¿del 21? ¿o incluso antes del versículo 16 mismo? DHH termina la cita después del versículo 21, al igual que RV95, mientras que RV60, el "baluarte" de las Biblias protestantes hispanas, no se decanta - no pone signo alguno, y deja la decisión al libre albedrío del lector. Es que no se sabe, y toda puntuación que se coloque en la Biblia es por decisión de los editores.

Podemos decir lo mismo del discurso de Pablo que él mismo nos

relata en Gálatas 2. Reprende a Pedro por su hipocresía en el versículo 14, ¿pero cuándo para? Algunos intérpretes colocan las comillas que marcan el fin de su sermoncito al final del mismo versículo 14, otros después del 16, y otros lo extienden hasta el 21. ¿Quién tiene razón? Pues sobre gustos no hay nada escrito.

Seguro que piensas que me estoy desviando del tema algo. Pues no.

Cuando Pablo escribió su primera carta a los Corintios, no estaba actuando según revelaciones y palabras de conocimiento que había recibido de parte del Señor. Alguien en la iglesia le había escrito (¡chivato!) para compartir su preocupación por el estado de esta congregación, y hacerle algunos comentarios y preguntas de tipo doctrinal y ético. Consideremos el capítulo seis, versículos doce y trece, por ejemplo. ¿De verdad dice Pablo: "Todas las cosas me son lícitas" y "Las viandas para el vientre y el vientre para las viandas" (RV)? ¿No sería más correcto traducirlo como lo hace DHH, colocando estas afirmaciones entre comillas para indicar que Pablo está citando la carta original que había recibido de los Corintios? Suena "Se dice: 'Yo soy libre de hacer lo que quiera.' [...] También se dice: 'La comida es para el estómago, y el estómago para la comida.'", añadiendo las palabras "[también] se dice" y las comillas para aclarar el sentido más probable.

En el capítulo siete Pablo pasa clara y deliberadamente a contestar las preguntas y los comentarios que le habían hecho los Corintios. "Y ahora referente a las cosas que me escribisteis" introduce la próxima frase, la cual seguramente contiene la primera cosa que ellos le habían escrito: "Es bueno para el hombre no tener relaciones sexuales con una mujer" (1Co.7.1, traducción mía). ¿Expresa esta frase el pensamiento de Pablo? Como él mismo diría ¡de ninguna manera! Es una cita de su carta a él, y les contesta firmemente. En paráfrasis podría expresar de esta manera: "A ver ahora lo que me habéis escrito: '¿Es bueno para el hombre no acostarse con una mujer?' Pero por los peligros de la inmoralidad sexual, es mejor que cada uno tenga su propio marido o mujer..."

Procede a demoler la pretensión corintiana con una enseñanza

sencilla pero clara sobre la naturalidad del matrimonio, y de la relación sexual como parte fundamental de éste. No acepta la alternativa que proponían al matrimonio, un celibato con apariencia de espiritualidad, pero que les abría a las tentaciones de la inmoralidad sexual.

¡Vaya concepto de la mujer que tiene Pablo! Aquí no hay ni pizca de misoginia. ¿Desde cuándo en el mundo grecorromano tenía la mujer derechos sexuales? Era recipiente de la simiente del hombre, objeto de su placer, y poco más. Sólo las mujeres "de mala fama" ansiaban relaciones sexuales. ¿Acaso tenían las mujeres buen deseo sexual alguno? Pero a Pablo no le interesa esta caricatura de la mujer como creación de Dios y la eleva a la altura de su esposo. El cuerpo de su marido le pertenece, y él no tiene el derecho de negarle el placer sexual, por espiritual que le pareciera la castidad.

Tampoco su miedo a la contaminación le da el derecho a ofrecer a Dios lo que legítimamente pertenece a su esposa, como hacían los fariseos con sus gritos de *corbán* para dedicar a Dios lo que Él les había pedido entregar a sus padres. Pablo abre sólo una puerta estrecha para la abstinencia sexual, para que ambos cónyuges puedan dedicarse a la oración, y esto exclusivamente para un tiempo limitado y por mutuo acuerdo. El hombre no puede ni siquiera imponer a su esposa una separación temporal si ella no está de acuerdo. ¡Aun siendo cabeza de la familia, Dios no da al hombre el derecho de tomar esta decisión sin el expreso consentimiento de su esposa! ¿Y nos atrevemos a llamar a Pablo "misógino"?

Estas sorprendentes declaraciones cobran aun más color a la luz de la realidad de la mente hebrea del primer siglo, especialmente de los fariseos entre los cuales Pablo había recibido su formación. "Alabado seas, Señor de los cielos y la tierra, por no haberme hecho gentil" solían orar. Seguían: "Alabado seas... por no haberme hecho mujer". Las pobres mujeres tenían que contentarse con un loable "Gracias por haberme hecho tal como soy", oración que en realidad se acerca más al corazón del evangelio.

Lo siento. Las mujeres no se ofrecen como blanco fácil para

descargar en ellas nuestro propio fracaso espiritual. No son el colmo de las desgracias, ni raíz incurable de nuestras dificultades. Varón y hembra nos creó Dios, y nos diseñó el uno para la otra. Debemos trabajar para restaurar a las mujeres la dignidad inherente en su creación en la *imago dei*, y librarnos de las mentalidades corruptas y perversas que contaminan nuestros conceptos de la sexualidad cargados de culpabilidad.

Definitivamente, es bueno para el hombre "tocar" una mujer, ¡siempre cuando sea la suya!

9: ¿Me amas más que éstos?

Era uno de estos días grises que tanto caracterizan Inglaterra: el cielo estaba gris, la ciudad se veía gris a través de la llovizna que caía, y yo me sentía aun más gris todavía, si fuera posible. Sentado en un columpio en el parque infantil, derramaba mi corazón a Dios, y mis lágrimas al suelo ya mojado.

No me lo podía creer. Sólo tres meses antes nos habíamos comprometido a "salir juntos", una decisión tomada justo antes de las vacaciones veraniegas de la universidad donde estudiábamos. Eran tres meses sin mucho contacto a parte de una visita breve, y las cartas periódicas y llamadas ocasionales mientras estuve trabajando en el extranjero. Volvimos de nuevo a vernos, y me decía que ya no sabía si creía en Dios, que había perdido su fe.

¿Y ahora qué? Señor, ¿por qué? Ella sabía que no querría comprometerme con una chica no creyente, y me dio total libertad para abandonar nuestra relación. Ahora era yo quien tenía la sartén por el mango, me encontraba en una encrucijada que sólo podía tener una única salida, pero que dolía. ¿Tenía opción? Sí la tenía, aunque en realidad no era opción alguna. ¿Relegaría el amor por el Dios que me redimió a un segundo lugar? ¿Permitiría que un amor humano me separara de Aquel que dijo de una manera tan inequívoca que el que amaba más a padre, madre, hijo, o hija, que a Él, no era digno de ser Su discípulo?

Horas más tarde, me levanté de este hoyo de auto-compasión en el cual yacía, y me puse en camino a casa. La tarde seguía envuelta en estos tonos de gris que dominaban la ciudad, pero en mi corazón había un cielo abierto y limpio. No podía negar la tristeza evidente que sentía, pero ya no dolía tanto. Había respondido a la voz suave pero insistente de mi Señor que me decía "¿Neil, me amas? ¿Me amas más que a ella?"

Este día conocí un poco más mi propio corazón. Se habían establecido algunas prioridades en mi vida, y lo sabía. "Sí, Señor, tú sabes que te quiero."

Estoy seguro que no soy el único que haya pasado por esta tormenta de emociones confusas, desembocando en la renovación del compromiso con Dios y una paz palpable y real. Casi dos mil años antes, otro discípulo del Señor pasó por circunstancias poco parecidas a las mías, pero con el mismo resultado: un amor más profundo por su Señor, y una entrega a servirle allí donde Dios quisiera colocarlo.

Sí, Pedro. Portavoz de los discípulos, "bocazas", sencillo pescador llamado a ser pescador de hombres, de nuevo había metido la gamba. "Aunque todos pierdan su confianza, yo no. [...] Aunque tenga que morir contigo, no te negaré" (Mc.14.29,31, DHH). Abre la boca y mete la pata. Sí, es verdad, todos los demás dijeron lo mismo, pero era Pedro el que les había mostrado el camino, y ¿acaso eran menos que él? Todos se pusieron de acuerdo en que nunca abandonarían al Señor Jesús, aun si tenían que morir con él. Y todos del mismo modo luego se echaron a correr para salvar el pellejo. Justo cuando les necesitaba, lo desampararon, y se quedó completamente solo.

Pedro, sin embargo, no sólo lo abandonó junto con los demás. Siguió "a una distancia segura", y estuvo allí presente, viendo a Jesús y visto por él, pero sin declararse a favor del Señor. Al contrario, le negó, le negó de nuevo, y finalmente le negó con juramento, la fórmula más fuerte de declarar la verdad, involucrando a Dios como testigo de la veracidad de su afirmación. No sé qué es peor, pero creo que preferiría quedarme solo a tener que ver con mis propios ojos el rechazo rematado de uno de los que debería estar a mi lado. Es quedarse dos veces solo.

Ah, ¡Pedro! Impetuoso como un adolescente, valiente por un momento, pero paralizado por el miedo poco después. Pronto para hablar, pero luego sin la estabilidad de carácter que se necesita para ser fiel a su propia palabra. En un abrir y cerrar de ojos su mundo se derrumbó. ¿Cómo sería esta mirada del Señor que al instante penetró hasta lo más íntimo del corazón de Pedro, y le mandó corriendo hacia

fuera para llorar amargamente por la pobreza de su corazón? Lleno de amor, sin duda, pero un amor que descubre nuestras necesidades, y nos confronta con nuestra pobre realidad.

Así entró Pedro en la crisis más aguda que nunca había experimentado. Ni estas palabras "detrás de mí, Satanás" que Jesús le había dirigido hace unos pocos meses habían abierto su corazón como esta mirada. ¿Qué estaba pasando? ¿De verdad le había negado? ¿Cómo era posible? ¿Qué torpe, qué cobarde había sido! Lleno de auto-reproche, y seguramente una buena dosis de auto-compasión, Pedro se hundió en una depresión de la cual seguramente no imaginaba salir nunca. Pero Dios tenía otros planes para él.

No creo que Pedro viera mucho más allá de sus lágrimas, y la oscuridad de su corazón quebrantado por el reconocimiento de su fracaso personal. Pero Jesús, el primero y el último, el principio y el fin, que "escudriña los corazones y los riñones", conocía a su discípulo, y ya le había predicho no sólo su tropiezo, sino su regreso arrepentido, y su consecuente responsabilidad como siervo de Dios: "Simón, Simón, mira que Satanás os ha reclamado para zarandearos como si fuerais trigo; pero yo he rogado por ti, para que tu fe no falte. Y tú, cuando te hayas vuelto a mí, ayuda a tus hermanos a permanecer firmes." (Luc.22.32,33, DHH). Todos abandonarían al Señor, Pedro incluido, pero una vez restaurado de esta experiencia, sería la pieza clave en la consolación de sus hermanos y la edificación de esta primera comunidad cristiana.

La formación que hace Dios con sus siervos no es un entrenamiento teórico, del cual sales con un diploma en la mano, la cabeza llena de información más o menos útil, y el respeto institucional de tus futuras víctimas. Es una formación en primer lugar de la persona, del carácter. Somos seres humanos, no "haceres humanos", y a Dios le interesa mucho más quienes somos que lo que sabemos hacer. Nuestras escuelas teológicas harían bien en darse cuenta de ello. Cuando nos forma para Su servicio, Su prioridad es lo que llegaremos a ser, no lo que sabemos o aprendemos a hacer. Y el fracaso juega un papel fundamental en este proceso.

Ya había dicho a Pedro que llegaría a ser un pescador de hombres, pero ni Pedro mismo se imaginaba todo lo que implicaría esta transformación. En este momento no puede ni pensar en pescar hombres. Ha fracasado. Ha fallado al Señor. Sus sueños y sus ambiciones de compartir la gloria de su Mesías en su Reino venidero están hechos pedazos, y no le queda futuro alguno. Jesús no cuenta con él ahora, por supuesto. Está en lo profundo del pozo de la decepción consigo mismo, y seguro de que es imposible que le fuera útil ahora.

Sí, el Señor ha resucitado, y Pedro no duda de la victoria de su Señor sobre los poderes de la muerte y el infierno. Ha visto al Señor, está convencido de su identidad y su autoridad, pero la resurrección de Jesús no le quita el oprobio de su propio fracaso. Sigue sumergido en el vivo recuerdo de esta noche de horror, cuando no pudo superar su cobardía y negó a su redentor, salvador, y amigo, delante de sus mismísimos ojos. Nada, nada podría nunca borrarle este recuerdo. Era un hombre condenando a vivir en la sombra extendida de su propia incompetencia.

Con este cuadro de desesperación, se entiende por qué Pedro vuelve a su antiguo oficio. El pescador vuelve a pescar peces, convencido que nunca más podrá servir en la pesca de hombres. "Voy a pescar" informa a los demás discípulos, sin mayor explicación, y se animan a acompañarle (Juan.21.3, RV). Siempre había sido el primero entre ellos, el pionero que les abría el camino, el líder entre líderes, y todavía lo era. En lo bueno o en lo malo, Pedro se encontraría a la cabeza. Una larga noche infructífera les esperaba, y con el cansancio de toda una noche faenando, sin pescar nada en absoluto, se prepara una escena más sensible y a la vez emocionante que el final de cualquier comedia romántica. Pero antes del último acto, tengamos un pequeño intervalo para preparar bien el desenlace del drama.

Todo muy bonito, verdad, pero ¿qué tiene que ver con nuestro tema? Ya hemos notado que existen partes de nuestras Biblias que no forman parte del texto original inspirado. Sin embargo, si somos honestos, también debemos reconocer que ni las propias palabras de nuestras

Biblias están inspiradas. Son traducciones, más o menos exactas, de las que se encuentran en los textos originales griegos, hebreos, y arameos.

Nunca hay una equivalencia *exacta* entre dos palabras en distintos idiomas. La "esfera de referencia" de una palabra española, por ejemplo, nunca encaja al 100% con una palabra inglesa, o viceversa. Una única palabra puede traducirse por varias en otro idioma, y cualquiera de éstas contiene un sentido mucho más amplio que la palabra originalmente traducida, y se necesitaría a la vez otras palabras para expresar su sentido en el primer idioma. ¡Esto de los idiomas es complicado, y se ve que Dios hizo un buen trabajo en Babel!

El hebreo es una lengua "poética", y a veces imprecisa, con un montón de palabras de significado algo oscuro hoy. Por contraste, el griego es un idioma ideal para la expresión filosófica, con un vocabulario menos "florido", pero con unos tiempos verbales muy exactos. Nuestras traducciones se esfuerzan por acercarse al máximo al sentido del original inspirado, mayormente con gran éxito. Sin embargo, existen ocasiones cuando estas diferencias de "equivalencia" entre el vocabulario, gramática, o expresiones idiomáticas del griego, arameo o hebreo y el castellano hacen imposible la expresión exacta de la plenitud del original. El traductor no tiene más remedio que usar la expresión que mejor represente el sentido del original, y quizás colocar una nota a pie de página para aclarar el significado si lo considerara necesario o útil.

Existen dos principales verbos en el griego bíblico que son traducidos en castellano por "amar". Tienen significados parecidos, pero sólo parecidos, ambos contenidos dentro de la "esfera de referencia" de "amar" en castellano. No hablan del mismo tipo de amor. Uno, *agapao* se refiere mayormente al amor perfecto de Dios hacia nosotros, o un amor equivalente que tengamos hacia otro, un amor que ama sin pensar en lo que recibe a cambio.

Inventemos una palabra nueva en castellano para representar este tipo de amor: "agapar". (¡Y no existe razón por la que no debemos hacerlo! "Bautismo" es en su esencia una palabra griega escrita con

letras romanas, al igual que "ángel", "obispo", y "apóstol". Siempre que exista una lacuna en nuestro vocabulario nativo, la "importación" de palabras es la solución más frecuente. De este modo tocamos el piano, comemos yogur, bebemos té, ¡y si nuestra computadora soporta Windows, después de escanear una foto la archivamos en un disquete! Así que, ¡quizás deberíamos empezar a agapar a los hermanos como Dios nos agapó a nosotros!) Este término se encuentra en Escrituras tales como: "De tal manera 'agapó' Dios al mundo que dio a su Hijo Unigénito", por ejemplo. O de nuevo "'Agapaos' el uno al otro como yo os 'agapé' a vosotros". Este verbo un derivado del término conocido "ágape", que se refiere a este mismo tipo de amor.

Pero luego tenemos el término "fileo" que significa más bien querer, tener amistad con, apreciar, estimar, o amar como amigo. Es el amor de la relación, el amor recíproco, más que el amor de la caridad. El "filósofo" es el amigo de la "sofía", la sabiduría. "Filadelfia" nos habla del amor hacia los hermanos, y "Teófilo" es el que ama a Dios.

Hecha esta incursión en el terreno de las lenguas originales de la Biblia, volvamos ahora a Pedro y sus compañeros exhaustos en la barca sobre el mar de Galilea. De repente aparece una figura misteriosa en la orilla, y les recomienda echar sus redes por la borda una última vez. De pronto se llena la red, y el eco de una experiencia pasada surge dentro de Pedro. "¡Es el Señor!" (Jn.21.7) le dice Juan. Y Pedro, que esta vez no intenta andar sobre las aguas, se viste, se echa al agua, y nada los cien metros hasta la orilla para estar con su Maestro que una vez más le había demostrado que era Señor hasta de su oficio. El pescador estaba siendo pescado de nuevo.

¿En qué estaría pensando Pedro? Quizás en esa ocasión unos tres años antes, aproximadamente, cuando por primera vez Pedro se vio enfrentado con la realidad de quién era Jesús, y quién era él. Después de otra noche de pesca sin éxito, había prestado su barca durante un tiempo a Jesús, para que éste pudiera enseñar a la multitud desde ella. Una vez hubo terminado, les había invitado a echar las redes de nuevo. "Y éste, ¿quién se piensa que es?" diría Pedro dentro de sí mismo, "pero bueno,

para que aprenda a no meterse dónde no le corresponde...", "De acuerdo Señor", agrega en voz alta, "lo que tú nos digas".

Pero Jesús era Señor de toda la creación, como futuramente les demostraría ampliamente sobre este mismo mar de Galilea. Las redes se llenaron, y Pedro fue convencido al instante del verdadero estado de su corazón. "¡Apártate de mí, Señor, porque soy un pecador!" Gracias a Dios, la historia no paró allí. Jesús no es sorprendido por nuestra terquedad, nuestro orgullo, ni la lista completa de pecados escondidos que conoce al detalle. Ya había visto hasta lo más profundo de Pedro, y todavía le quería como discípulo, y más, como instrumento de su obra. "No tengas miedo. Desde ahora vas a pescar hombres." (Luc.5.8-10, DHH)

La conciencia de nuestra completa incapacidad va estrechamente vinculada con nuestras posibilidades de ser útiles en el Reino de Dios. Así, la confesión de inadecuación de Pedro fue seguida inmediatamente por la confirmación del Señor de su utilidad en Su servicio. Como Isaías antaño, que consciente de su pecado fue llamado a llevar la Palabra de Dios a su nación, Pedro escuchaba la llamada de Dios a seguir a Su Cristo, y ser transformado en piedra fundamental de la futura comunidad de los redimidos.

Ahora, con los acontecimientos de los últimos meses vivos en su mente, Pedro se enfrentaba de nuevo con su fracaso como discípulo, y el poder milagroso del Señor que le había llamado a Su obra. ¿Por qué no podía dejarle en paz? De vuelta a su oficio antiguo, Pedro se encontraba de nuevo con este Jesús que no le deja olvidarse así de fácil de su llamado a pescar hombres.

Después de desayunar tranquilamente en la playa, Jesús vuelve la mirada a Pedro y le pregunta sin pelos en la lengua "¿Me amas más que éstos?" ¿Soy más importante para ti que estos enseres de pesca a los que has vuelto? "Sí Señor, tú sabes que te amo," le contesta Pedro, seguramente algo incomodado. "Entonces, cuida de mis corderos" le replica Jesús, iniciando el proceso personalizado por el cual terminaría restaurando a Pedro a su llamado y responsabilidad en esta iglesia

naciente (Jn.21.15, RV).

Aquí debemos notar una diferencia que no sale en la traducción más usada por los creyentes de habla hispana, la Reina Valera. Jesús ha preguntado a Pedro "¿Tú me agapes?", "¿Tú me amas con un amor entregado, desinteresado, servicial?". Pedro, demasiado consciente de su trayectoria reciente, ya no pudo prometer lo que no podría cumplir, y sabía que no llegaba al nivel demandado: "Señor, tú sabes que te fileo", "Tú sabes que te quiero como amigo, que me caes bien, pero no me hagas decir lo que no puedo cumplir". Es una diferencia importante, como veremos ahora. DHH por lo menos intenta resaltar esta realidad con el uso de los dos verbos "amar" y "querer", y NVI con las expresiones "amar de verdad" y "amar" para traducir "agapao" y "fileo" respectivamente.

Una segunda vez Jesús le pregunta "¿Pedro, me amas, me agapes?". De nuevo Pedro le contesta con una honestidad dolorosa "Tú sabes que te quiero, que te fileo", y a pesar de la evidente falta en la respuesta de Pedro, Jesús sigue su restauración: "Cuida de mis ovejas".

Sin embargo, la tercera vez algo cambia. "Simón, hijo de Juan, ¿me quieres, me filees?" Jesús ha aceptado que Pedro no puede ofrecer lo que no tiene, y no le pone ninguna condición irrealista para poder seguir en su llamado. Pedro se entristece hasta el fondo de su ser, no porque Jesús ya le ha dicho la misma cosa tres veces seguidas (que es el sentido natural que se desprende de la lectura de este pasaje en RV), sino porque esta tercera vez Jesús ha bajado a su nivel. Parece que Jesús es consciente de la realidad de su compromiso pobre, y que Pedro no podrá seguir intentando "ser alguien" a los ojos de su Señor. "Señor, tú lo sabes todo: tú sabes que te quiero, que te fileo. No puedo darte más, y me duele que tengas que bajarte a mi nivel. Pero sí, Señor, te quiero con todo lo que puedo".

"Cuida de mis ovejas"

¡Qué tremendo! Plenamente consciente de quién es, pero ahora habiendo perdido esta auto-confianza descolocada, Pedro escucha la renovación de su comisión a servir a Dios en el ministerio. ¡No se lo

puede creer! ¿Cómo puede Jesús confiar en él, siendo como es, y después de todo lo que hizo? Es aceptado, tal y como es, y además, es útil, tal y como es. El reconocimiento de su pobreza era el paso decisivo para finalmente lograr el fin que perseguía. Con razón nos dice el proverbio "Más vale vencerse uno mismo que conquistar ciudades" (Pr.16.32, DHH).

Nada ha cambiado hoy en día. La idea de que uno debe haber alcanzado un nivel misterioso de espiritualidad para poder servir a Dios mantiene a muchos alejados de una vida útil en el Reino. Jesús no pretende que seamos "perfectos" para responder a su llamado. Lo único que exige es que seamos conscientes de quienes somos, de su perdón y de su gracia, y que le amemos por encima de todo, aun con un amor imperfecto que no da la talla.

Dios no espera lo imposible de nosotros. Sabe que somos polvo, y quiere que lo sepamos también. No le importa ponerse a nuestro nivel, y acepta nuestras muchas limitaciones, sólo con que podamos ser sinceros con él. Sus siervos siempre han sido personas humildes, más conscientes de sus incapacidades que de sus habilidades. ¿Qué es nuestro amor por él? ¿No es en realidad como esta niebla matinal que desaparece al salir el sol? Si no nos hubiera amado primero, ¿seríamos capaces de amar?

Hoy como entonces Jesús sigue buscando a hombres y mujeres que estén dispuestos a aceptar el reto de dejarse moldear en Sus manos hasta llegar a ser pescadores de hombres. No es un proceso fácil ni instantáneo, e involucra al discípulo en un viaje de auto-conocimiento que le tendrá al borde de la desesperación en más de una ocasión. Pero vale la pena. Tiene como galardón un encuentro personal con él, donde nos confirma su amor y aceptación a pesar de nuestra realidad empobrecida. Y nos lleva a una vida de servicio, al privilegio de ser colaboradores con él en la tarea de la evangelización mundial.

"Hijo mío, ¿me amas de verdad?"

"¡Oh, Padre! Tú sabes todas las cosas. Me conoces mejor que me conozco a mí mismo. No te puedo engañar, ni quiero pretender ser lo

que no soy. Pero sí te quiero, con todo lo que soy te quiero. Tuyo soy, y anhelo poder servirte, tal y como soy. Gracias por aceptarme, por amarme, por quererme. Señor, colócame allí en tu Reino donde mejor te puedo servir. Y si puedes ser glorificado a través de mi vida, úsame. Sabes que te quiero."

10: Primero de Ezequías, capítulo cuatro

Había que haberles visto la cara. Los pobres, no sabían qué pensar de mí. Eran todos buenos evangélicos norteamericanos, ordenados y decentes, formados desde jóvenes en la línea de pensar de su denominación, y no estarían acostumbrados a enfrentarse con las perspectivas de otras tradiciones cristianas. Estaban haciendo una "visita misionera", conociendo de cerca las necesidades del "campo", y así llegaron a pasar un par de días con nosotros. En uno de sus devocionales, en el que iba a compartir algo con ellos, primero cada uno estaba leyendo y comentando uno de sus versículos favoritos de la Biblia. Llegaron a mí. "¿No quieres darnos un versículo favorito tuyo antes de hablarnos?" "De acuerdo", dije, y me puse a leer.

"Alabado sea Dios, que vive y reina por siempre. Él castiga, pero también tiene compasión. [...] Alabadle, descendientes de Israel, delante de las naciones. Él fue quien os dispersó por todas ellas y quien os ha mostrado allí lo grande que es. Dadle gloria delante de todos los hombres. Él es nuestro Señor, nuestro Dios y nuestro Padre, y es Dios por toda la eternidad. [...] Y lo alabo en este país de mi destierro, y muestro a una nación pecadora la fuerza y la grandeza de Dios. [...] Jerusalén, ciudad consagrada a Dios... Tu luz brillante resplandecerá por todos los rincones de la tierra. Numerosas naciones vendrán de lejos hasta ti; ciudadanos de todos los rincones de la tierra vendrán a invocar el nombre de Dios, el Señor. Traerán en sus manos regalos al Rey del cielo." (DHH)

"¡Qué bonito, hermano! ¿De dónde estabas leyendo? ¿Era Isaías, no? ¿Qué capítulo?"

"No, no era Isaías", respondí. "Era el libro de Tobit, capítulo 13, una

selección de versículos entre el uno y el doce."

Silencio. Silencio total. Algunos de los que todavía no conocían bien sus Biblias ya estaban buscando el libro entre los profetas menores, uno hasta buscó en el índice, dando luego un codazo a su vecino para ver si lo había encontrado. Pero en la mayoría había nada más que una mirada estupefacta, como si hubiera leído del libro inexistente de Ezequías, quizás de la Bhagavad Gita, o incluso, ¡que Dios nos libre!, del catecismo católico. Me había atrevido a citar de un libro ¡apócrifo!

Ya he dicho que no todo lo que hay en nuestras Biblias es inspirado por Dios - ¡en mi Biblia por lo menos! La verdad es que tengo por costumbre usar una edición de la Biblia "Dios Habla Hoy" que contiene los libros apócrifos. No porque creyese que éstos fuesen inspirados o canónicos, ni "deuterocanónicos" (es decir, "del segundo canon"), sino sencillamente porque así tengo una Biblia con el sello oficial de aprobación de la Iglesia Católica. En un país de católicos nominales, y entre quienes hay sospechas bien fundadas debidas a la proliferación de las sectas, especialmente los Testigos de Jehová y su propia "versión" de la Biblia, ayuda mucho poder mostrar las palabras reconfortantes de un obispo "suyo" en la contraportada.

Una lectura rápida de los libros apócrifos delata su falta de inspiración. No son de la misma "calidad" que los libros canónicos. Pero tampoco son diabólicos y "peligrosos", y hasta fechas muy recientes siempre han figurado en la Biblia, a pesar de su "no-canonicidad", y han sido leídos por creyentes de toda clase. "Apócrifo" no viene a significar "herético", "falso", o "no digno de confianza", como solemos pensar hoy. Sólo significa "escondido", en referencia a la tradición judía contenida en 4º de Esdras 14.44-47: "Y fueron escritos en cuarenta días noventa y cuatro libros. Pasados estos cuarenta días aconteció que el Altísimo habló diciendo: Publica los primeros que has escrito, y lean los dignos, y los indignos: Más los setenta postreros guardarás, para darlos a los sabios de tu Pueblo; Porque en éstos están los manaderos de la inteligencia, y la fuente de la sabiduría; y el río de la ciencia" (RV 1602). (4 Esdras es un libro

apócrifo escrito en el primer siglo d.C, que se encuentra en la Biblia protestante de Reina y Valera de 1602 como libro apócrifo, junto a 3 Esdras. Se llaman así porque deben seguir a 1 y 2 Esdras, que son Esdras y Nehemías en nuestras Biblias. Hoy en día 4 Esdras sólo se encuentra junto con otros fragmentos de escritos apócrifos bajo el título "2 Esdras" en las Biblias de la Iglesia Ortodoxa Rusa.)

Los "primeros" mencionados aquí son los 24 libros que componen la Biblia hebrea, o el Antiguo Testamento. Los setenta restantes son los libros no inspirados por Dios conocidos como los libros apócrifos, la mayoría de los cuales son reconocidos como canónicos por las Iglesias Católicas y/o Ortodoxas; y los pseudoepígrafes, libros escritos por terceros que usaban el nombre de un autor bíblico para intentar hacer dar a su obra mayor aceptación - es decir, ¡falsificaciones seudónimas pero piadosas! La línea divisora entre libros apócrifos y pseudepígrafes no es del todo clara. No deben considerarse como inspirados, pero sí como útiles para nuestra vida cristiana, y dignos de ser leídos y estudiados.

Aunque no contenga ninguna cita directa, el Nuevo Testamento contiene más de cien referencias y alusiones a libros apócrifos, demostrando la familiaridad que tenían los autores apostólicos con su contenido. (Ver, por ejemplo, Jn.1.1-3 con Eclesiástico 24.3, Sabiduría 7.21, 8.6, 9.1,9; Ef.6.11-17 con Sab.5.17-23; Hech.26.6-8 con 2 Macabeos 7.9,23, entre muchos otros.) Esto es más que natural, ya que aparecen en la traducción griega Septuaginta usada por los apóstoles y la Iglesia Primitiva.

Pero sí contiene citas de otros escritos no canónicos. Judas hasta cita directamente de dos libros pseudepígrafes en su epístola, lo que retrasó su aceptación en el canon de las Escrituras. La historia de Miguel disputando con el diablo por el cuerpo de Moisés (v.9) es tomada de la "Asunción de Moisés", un escrito judío del primer siglo; y en vv.13-15 cita del libro de Enoc, un escrito apocalíptico del segundo siglo a.C., el cual actualmente es considerado canónico por la iglesia etíope. Al nombrar a Janes y Jambres como los oponentes de Moisés en 2Tim.3.8,

Pablo cita de una "hagadah" (escrito sagrado) judía, y hace alusión a otra "midrash" (escrito didáctico judío) en 1Cor.10.4. ¡Se ve que leían más que los 24 libros "seguros"!

El lector cuidadoso habrá notado que la cita que vimos de 4º de Esdras es tomada de la traducción Reina-Valera, este bastión del evangelicalismo hispano. Es así. ¡Y ni Reina ni Valera eran exactamente católicorromanos! Desde el principio los libros apócrifos fueron incluidos en esta traducción, por Casiodoro de la Reina en 1569, y en la posterior revisión de Cipriano de Valera publicada en 1602, conocida como la Biblia del Cántaro, de la cual cito arriba. En la "Exhortación al Lector" que sirve como introducción a su traducción, Valera se extrema en demostrar cuales son los libros canónicos y cuales son los apócrifos, participando de esta manera en el debate librado por la Reforma y la inclusión de algunos de los libros apócrifos en la Biblia católica después del Concilio de Trento.

Cita ampliamente de los doctos de la iglesia para justificar su posición: "Rufino... *estos dizequisieron que se leyessen en las Iglesias, però que no fuessen alegados para por ellos confirmar la autoridad de la fe [...]* Epiphanio...*Son ciertamente utiles: mas con todo esto no se cuentan entre los libros Canonicos [...]* S.Ieronimo... *para edificación del pueblo no para confirmar la autoridad de los dogmas eclesiasticos [...]* El Cardenal Gaetano... *para confirmar lo que pertenece à la fe... para la edificación de los fieles: como recibidos y autorizados en el canõ de la Biblia para este intento [...]* Hugo de S.Victore... *Leense estos libros, però no se escriven en el cuerpo del texto, ni en el Canon de autoridad* Ricardo de S.Victore... *los quales ciertamente se leen, mas no se escriven en el canõ [...]* Hugo Cardenal... *dize que la Iglesia los admite no para confirmacion de la fe, sino para institucion de la vida."* Pero con todo los incluye en su edición de la Biblia.

La Biblia del Rey Jaime ("King James Version of the Bible"), versión "estándar" del mundo inglés durante casi cuatro siglos, también incluyó los libros apócrifos en sus inicios. Y además, ¡se decretó que ninguna edición de esta Biblia se publicase sin incluirlos! Fue sólo al

principio del siglo XIX, cuando la Sociedad Bíblica Internacional comenzó una distribución más seria de la Biblia, cuando se dio lugar a la costumbre de imprimir la Biblia sin éstos - una decisión que fue tomada por razones puramente económicas, y no teológicas. Del mismo modo hoy en día solemos imprimir Nuevos Testamentos por separado, y éstos se regalan en campañas evangelísticas en lugar de la Biblia entera. ¿Por qué? ¿Porque no creemos en la inspiración del Antiguo Testamento? ¡Ni hablar! - se debe a razones estrictamente financieras (aunque una marginalización del Antiguo Testamento y una creciente falta de entendimiento de su mensaje hayan sido resultados secundarios de este proceso).

A pesar de este arraigo histórico, hoy en día son pocos los creyentes evangélicos que hayan leído los libros apócrifos, y hasta se mira de reojo al que sí los haya estudiado, sin hablar del que se atreve a llevar una Biblia con los apócrifos. Pero tenemos un montón de otros escritos, comentarios, concordancias, y hasta himnarios, unidos a nuestras Biblias, sin que nadie se inmute. Y estos libros apócrifos, considerados tan importantes por nuestros hermanos a través de la historia, hasta por los mismos escritores del Nuevo Testamento, quedan abandonados en el olvido, o se limitan a estos hermanos dudosamente ecuménicos que se acercan peligrosamente a las filas de la Iglesia Católica.

No debe ser así. Aunque no inspirados, forman parte de nuestra tradición cristiana, y su estudio es importante para el entendimiento de nuestra fe. Son útiles para la edificación cristiana, aunque no sirvan como fuente para la doctrina. Veamos por qué.

En la Biblia existen dos períodos de cuatrocientos años sin actividad profética, sin relato bíblico. Entre Malaquías y Juan el bautista pasaron más de cuatrocientos cincuenta años, sin que Dios hablara con su nación. Pero mil años antes de Malaquías, el pueblo de Israel había pasado por otro tiempo sin escuchar la voz de Dios, entre José y Moisés. Cuatrocientos años siendo formado en la matriz protectora de Egipto, hasta un día tener el desarrollo suficiente para que Dios la diera a luz como nación independiente.

Sin embargo, sabemos lo que pasó durante este tiempo. Éxodo capítulo uno nos da un bosquejo de sus sufrimientos, el trasfondo que necesitamos para comprender el relato de la liberación de Israel del Faraón a manos de Moisés. Pero ¿puedes imaginar lo que comprenderías si este capítulo no existiera, si la lectura nos llevara directamente de Génesis 50 a Éxodo 2, sin que tuviéramos la menor idea de qué había pasado mientras tanto? Sería algo confuso, por lo menos.

Lo mismo sucede con el tiempo silencioso entre los Testamentos Antiguo y Nuevo. Dios no nos ha dejado ningún escrito canónico de este período, pero sí nos ha provisto de amplio material histórico que nos introduce en los hechos y acontecimientos. Y, de mayor importancia para el estudio del Nuevo Testamento, también nos desvela el desarrollo del pensamiento de los judíos y la formación del mundo en el cual irrumpió el Señor Jesús y se formó la Iglesia Primitiva. ¿Quiénes eran los fariseos y los saduceos, por ejemplo? ¿Y por qué era tan importante para ellos el "pecado" de Jesús contra el templo y contra la Ley de Moisés? Sin conocer algo de la literatura intertestamental, es imposible entender estos conceptos básicos, y, por consiguiente, la actuación de nuestro Señor.

Veamos un ejemplo concreto. El pueblo de Israel siempre tuvo "el Evangelio" para recibir la bendición de Dios en su vida, y a la vez llegar a ser una bendición a las naciones (ver Gén.12.1-3; Gál.3.8). Sin embargo, como es bien conocido, a través de su historia se volvieron un pueblo etnocéntrico, que negaba a las naciones el acceso a su Dios. Convirtieron a Yahweh en un Dios tribal, regional, atado como cualquier ídolo común a las limitaciones de un espacio terrenal, en lugar de proclamarle como Creador Universal, y Salvador de todos cuantos clamen a Él, cual fuera su nacionalidad, u origen racial o cultural. Encerraron al Dios de todos los pueblos en un templo judío, y esperaron a que todos se convirtiesen igualmente en judíos para poder acercarse a Él.

Pero Dios no se deja encerrar, y cuando no somos capaces de

entender sus mandamientos, o habiéndolos entendido rehusamos obedecer, abre otros caminos. En el 586 a.C. el templo "sagrado" fue destruido, y el pueblo judío, ya reducido a un mínimo histórico de una población total de unos 150.000, fue llevado al cautiverio. ¡¿Qué pasa?! ¿Por qué lo ha permitido Dios? ¿Y ahora, qué? "¿Cantar nosotros canciones del Señor en tierra extraña?" (Sal.137.4, DHH) ¿Cómo podemos adorar a Yahweh en un país extranjero? Lo impensable había ocurrido, y no tenían ni idea de cómo vivir su fe en estas nuevas circunstancias en las que se encontraban.

Pero parece que por fin cayeron en la cuenta. Poco a poco iban entendiendo que habían sido desobedientes a Dios, y que, como ellos habían rehusado bendecir a las naciones con su mensaje de salvación, los había llevado allí entre estas mismas naciones paganas para que, viviendo sujeto a ellas, predicasen las glorias de su Dios. Mientras estaban tan ensimismados con *su* templo, *su* rey, *su* nación, la bendición de Abraham que Dios les había prometido *a ellos*, eran ciegos al verdadero propósito de Dios, la bendición de las naciones a través de ellos. Pero ahora, no les quedaba más remedio, y empezaron a dar testimonio del único Dios verdadero entre los pueblos de la tierra.

Así decía Tobit: " Alabadle, descendientes de Israel, delante de las naciones. Él fue quien os dispersó por todas ellas y quien os ha mostrado allí lo grande que es. Dadle gloria delante de todos los hombres. Él es nuestro Señor, nuestro Dios y nuestro Padre, y es Dios por toda la eternidad. [...] Y lo alabo en este país de mi destierro, y muestro a una nación pecadora la fuerza y la grandeza de Dios" (Tob.13.3,4,8, DHH).

Babilonia, Persia, luego Grecia con su imperio y finalmente el imperio romano, todos fueron testigos del Dios de Israel y su mensaje de salvación y bendición para todos los pueblos y todas las naciones. No es que fueran grandes misioneros, ni mucho menos. Más bien dejaron de esconder su mensaje de un Dios Todopoderoso en un servicio templar limitado, y permitieron a las naciones ver la luz que brillaba en su medio. Y la mano del Señor les acompañaba. Que fuera por su

bendición sobre su fecundidad y la supervivencia de sus hijos, o fuera por convertidos que se añadieron a la comunidad judía en la dispersión, en los tiempos de Jesús se estima que había unos seis a ocho millones de judíos en el imperio romano, o sea más o menos el 10% de toda su población, y el 25% de la población del medio-oriente.

Este crecimiento también se deja notar en las páginas del Nuevo Testamento. Los evangelios nos dejan ver bastantes gentiles temerosos de Dios, por ejemplo el centurión romano (Luc.7.1-10) o la mujer sirofenicia (Mc.7.24-30). El libro de los Hechos relata de ciudad tras ciudad donde había buen número de "prosélitos piadosos" (13.43), "griegos piadosos" (17.4) o "mujeres piadosas" (13.50). Entre ellos, por ejemplo, se encontraban Lidia, "que adoraba a Dios" (16.14), y Justo, "temeroso de Dios" (18.7, RV). En todas estas frases se está traduciendo el verbo griego *sebomai*, adorar, que fue usado especialmente para identificar a los prosélitos que se habían convencido de la veracidad del Dios de Israel, pero que no querían cumplir con toda la ley y hacerse judíos, rechazando mayormente la práctica de la circuncisión. Pero eran adoradores de Dios, le temían, y se congregaban con los que sí habían aceptado este rito y se habían hecho judíos 100%.

No es de extrañar, entonces, la aceptación de la predicación del Evangelio entre estas personas. Ya sabían que Yahweh era su Dios, que en Él se encontraba la salvación. Pero ahora se les ofrecía la posibilidad de acercarse a Él completamente aceptados sin someterse a ningún rito extranjero, ni perder su identidad nacional y cultural. Dios había preparado el terreno. En estos quinientos años más o menos, la fe judía había dejado de ser una religión tribal insignificante de un pueblo obstinado de Palestina, y se había convertido en la única fe "universal", que no conocía frontera política ni étnica. En Jesús se abrían de par en par las puertas a los gentiles. Sin embargo, eran puertas colocadas sobre el fundamento de la acción de Dios a través de Su pueblo Israel durante el período intertestamental.

Debería terminar este capítulo aquí. Ya hemos examinado la importancia de los libros apócrifos para nuestra fe hoy, y no quiero

multiplicar las palabras. Pero no puedo concluir sin hacer una comparación breve de la situación de Israel en este período, la Iglesia Primitiva, y nuestras iglesias hoy.

Quizás, pensamos, es perdonable el pecado omiso del pueblo judío. Hasta muchos de nuestros doctos tampoco ven hoy el mensaje misionero del Antiguo Testamento, así que no nos sorprende mucho que los propios judíos no lograran entenderlo e hicieron de su religión universal un club exclusivo. Quizás - aunque el Antiguo Testamento transmite ampliamente la responsabilidad de Su pueblo de ser bendición a las naciones, para quien quiera escuchar este mensaje.

¿Pero la Iglesia Primitiva? ¡Eso ya es harina de otro costal! Ellos (como las iglesias de hoy) sí habían recibido un mandato claro, específico, la llamada "Gran Comisión". Jesús les había prometido poder para llevar el Evangelio hasta lo último de la tierra. ¿Y qué hicieron? Claro, se pusieron de acuerdo, planificaron la estrategia, hicieron guerra espiritual... ¡y se quedaron en Jerusalén! Parece que sufrían de "fiebre de base", un azote para el cual hasta el día de hoy no se ha encontrado vacuna. A pesar de todo lo que habían recibido directo de la boca de su Señor, seguían presos de su etnocentrismo y entendimiento fallado de los propósitos de Dios, y cometieron la "Gran Omisión".

No obstante, Dios no es limitado por las peripecias de Su pueblo, y no Le coge por sorpresa. Si Su pueblo no es capaz de obedecer a Hechos 1.8, ¡pues les manda un Hechos 8.1!: "Aquel mismo día comenzó una gran persecución contra la iglesia de Jerusalén. Todos, menos los apóstoles (!!), se dispersaron por las regiones de Judea y Samaria. [...] Los creyentes que tuvieron que salir anunciaban el mensaje de salvación dondequiera que iban" (Hech.8.1,4, DHH). Así de sencillo. Como dijo el poeta inglés Steve Turner: "La historia se repite, no le queda más remedio, nadie escucha". De nuevo el pueblo de Dios se encontraba víctima de una persecución injusta, pero que colocó a los creyentes allí donde *Dios* quiso que estuviesen - entre las naciones. Y de nuevo Dios recibió la gloria entre los pueblos del mundo, a pesar de las

torpezas de Su pueblo.

Y hoy, ¿acaso somos distintos? ¿No hemos recibido el mismo mandato claro de nuestro Señor? No tenemos a nuestra disposición medios impresionantes para poder realizar la tarea que Él nos ha puesto? ¿No nos ha bendecido más que en ningún otro momento de la historia humana? ¿Por qué, entonces, nos cuesta tanto doblegarnos ante Su autoridad y atenernos a su mandamiento de predicar este Evangelio a las naciones? ¿Por qué seguimos preocupados por nuestros "templos", cada vez mayores y más adornados, cuando la "caída casa de David", el testimonio entre las naciones (Hech.15.16, DHH), está todavía en ruinas? ¿Hasta cuándo no haremos el menor caso de las avalanchas de refugiados e inmigrantes desde países "cerrados" musulmanes que están inundando los países de Europa, precisamente de aquellos países donde no hemos llevado el Evangelio? ¿Acaso quiere decirnos algo con esto Dios?

Es la hora de aprender de la historia. Dios nos ha bendecido, ¡y cómo! Pero nos ha bendecido para que fuésemos canal de bendición a todas las familias de la tierra. Recuperemos lo que es importante para Él, como lo hizo Su pueblo en los días de Tobit. No perdamos de vista *Sus* prioridades al disfrutar de todo lo que Él nos ha dado - no hacerlo nos puede costar caro.

11: ¿Sabías además que...?

... el orden de los libros en nuestras Biblias, por lo menos en el Antiguo Testamento, no es inspirado? (Esta afirmación se aplica de igual modo al Nuevo Testamento también, pero aquí nos ceñiremos a un examen del Antiguo.)

¡A veces escucho cada comentario sobre el propósito de Dios en colocar los libros de la Biblia en el orden en el cual se encuentran en nuestras Biblias, que se deben leer en este orden, que si Dios hubiese querido que leyésemos Isaías antes de Levítico (lo que recomiendo a cualquier nuevo convertido que está al punto de leer el Antiguo Testamento por primera vez), lo habría puesto antes, y un sin fin de cosas semejantes! Puede que tengan razón, no lo sé, pero no cuadra con los hechos.

Este orden de los libros es un fenómeno relativamente nuevo. Nunca preocupó a nadie en los tiempos de Jesús. Desde los tiempos de Moisés hasta Jesús los escritos del Antiguo Testamento se guardaban en *rollos*, no en hojas fijadas en libros. Estos rollos se almacenaban en un armario especial en la sinagoga, sacándose según la necesidad. Allí estaban apilados, sin pensar en cual estaba arriba o abajo - todos contenían Palabra de Dios. Hasta hoy la lectura de la Torah en una sinagoga judía se hace a partir de unos rollos, no libros.

Fue sólo con el uso de pergaminos en lugar de papiros para la escritura, y el invento posterior del "códice", un tipo de libro compuesto de varias hojas de pergamino contenidos entre dos placas de madera, que hubo que pensar en el orden de los libros de la Biblia. Este formato de códice rápidamente ganó la supremacía entre los creyentes como el mejor formato para la transmisión y preservación de sus escrituras. Y así, el orden de los libros vino a estandarizarse.

Pero ¿cómo decidir este orden? En el caso del Nuevo Testamento no

existía precedente alguno, y no podemos hacer comentarios sobre estas decisiones. La misma iglesia que en sucesivos concilios decidió el contenido del canon del Nuevo Testamento también definió el orden en el que se colocarían estos libros en esta adición a las Escrituras hebreas. Y ¿el Antiguo Testamento?

Lo más normal es que siguiera el orden que finalmente fue decidido para la Biblia hebrea. Pero no. El contenido de la Biblia hebrea, tanto la identificación de los libros canónicos como su orden, fue fijado finalmente alrededor de finales del primer siglo en el concilio de Jamnía. Y, para sorpresa nuestra, es completamente distinto. Para empezar, sólo consideran que son 24 libros, en lugar de nuestros 39, agrupando los profetas menores en uno, asimismo con los libros de Samuel, Reyes, y Crónicas, y tratando Esdras y Neemías como un solo libro. Empieza con el Pentateuco, seguido por los libros históricos de Josué hasta segunda de Reyes menos Rut, luego los profetas, primero los mayores (¡menos Daniel!), y después los menores, a continuación los Salmos y los Proverbios, Job, Cantar de los Cantares, Rut, Lamentaciones, Eclesiastés, Ester, Daniel, Esdras, Neemías, y primero y segundo de Crónicas. Su Biblia, por lo tanto, no termina con las palabras de Malaquías, sino con el decreto de Ciro invitando al pueblo de Dios a volver a Jerusalén.

¿De dónde sacamos el orden de libros que se encuentra en nuestras Biblias entonces? De la versión denominada "Septuaginta", o LXX, que, según la tradición contenida en la carta apócrifa de Aristeas, fue realizada por un grupo de 70 eruditos hebreos enviados a Alejandría a petición del bibliotecario de esta ciudad de renombre en el tercer siglo a de C. Aunque no haya mucha verdad en este relato, la traducción LXX sí vio su comienzo sobre esta fecha. Fue producida por la demanda de los propios judíos de una traducción al griego, ya que la mayoría de los que vivían en la diáspora habían perdido el uso del arameo, no conocían el hebreo para nada, y necesitaban las Escrituras en su idioma nativo, el griego.

Fue esta traducción la que llegó a ser "la Biblia de los creyentes",

siendo adoptada por ellos tanto para su lectura devocional como para sus esfuerzos evangelísticos. Se convirtió en bastión de la fe cristiana, piedra fundamental de su mismísima existencia, y herramienta para su multiplicación. Quizás era natural seguir el orden de esta traducción al confeccionar las primeras Biblias, compuestas del texto de la LXX y los libros del Nuevo Testamento, todos en griego. Pero lo curioso es que este orden se guardó aun en esta primera traducción magistral al latín, conocida como la "Vulgata" (es decir, la lengua "vulgar" o del pueblo - no tenía nada de santo, religioso, o especial - era el idioma del pueblo, y la iglesia "latina" habría hecho bien en seguir este principio de colocar la Palabra de Dios en el idioma del pueblo a lo largo de su tóbida historia). Su traductor, Jerónimo, trabajó a base del hebreo, pero tal era la tradición ya establecida que no tocó el orden de los libros, y los dejó tal y como se encuentran en la LXX.

La LXX debe representar una de las áreas más desatendidas de la investigación cristiana, pero una de las más importantes para el entendimiento correcto del griego del Nuevo Testamento, cuyo vocabulario y gramática la sigue de manera extraordinaria. Es increíble como una mera traducción haya influenciado por encima del original en algo tan sencillo como el orden de libros en el Antiguo Testamento, un hecho que pocos conocen. Pero ha ejercido una influencia aun mayor en la confección del Nuevo Testamento también, y de una manera que tiene una trascendencia tremenda para la obra misionera. De esto trataremos en el próximo capítulo.

12: ¿Entiendes lo que lees?

"Allahu Akbar. Allahu Akbar". "Dios es Grande. Dios es Grande". Al alcance de la llamada a la oración que se imponía desde el alminar cercano me senté en el suelo para hablar con el muchachito que estaba leyendo el Corán. Lo tenía abierto en el "Surah" más famoso del libro santo del Islam, y recitaba con evidente orgullo: "Bismillah arrahman arrahim, alhamdulillah, arrabi alalamin". Para su gran sorpresa, repetí con él las palabras, y una sonrisa jovial le llenó la cara. ¡Un "cafir", un infiel, sabía leer y recitar su Corán!

Después de un rato escuchándole recitar, nos pusimos a conversar en francés, y le pregunté como el evangelista de antaño "¿Entiendes lo que lees?" "¡Ni una palabra!" me contestó, sorprendido por la pregunta. "Me lo tienen que explicar, pero lo más importante es saber decirlo bien, no entender lo que significa." Y con esto volvió a la lectura, la recitación ciega de un escrito en un idioma que le era extraño, imaginando que así estaba agradando a Dios, e incluso conociéndolo más.

Tomamos tanto por sentado hoy en día el disponer de una traducción de la Biblia en nuestro propio idioma. Y no sólo tenemos una, sino muchas, de las cuales podemos escoger la que más nos va. Ya no vivimos en los días en los que la misa sólo se decía en latín, y era pecado capital leer la Biblia en tu propio idioma. Muchos son los que pagaron con sus propias vidas para que la Biblia se tradujera a las lenguas vernáculas y se distribuyera a los que querían leerla, para que hoy podamos disfrutar de esta libertad de culto y lectura.

No es así con el Islam. El Corán es "intraducible", siendo escrito en la "lengua celestial". Nunca encontrarás una "traducción" del Corán, sino "comentarios" e "interpretaciones". Una versión por ejemplo se intitula "El Significado del Glorioso Corán", pero no se considera una traducción. No debe ni puede ser traducido, básicamente porque el

concepto islámico de la inspiración o la revelación no lo permite. No tiene nada que ver con el concepto cristiano.

Según el Islam, Mahoma no fue "inspirado", sino que recibió una "recitación" de parte del ángel Gabriel, el cual estaba leyendo del "libro-madre" que existe en el cielo, en árabe por supuesto. Allí no entran factores humanos, temporales, ni socioculturales - el Corán es una copia terrenal del original celestial, eternamente coexistente con Dios. ¿Cómo entonces podrá ser expresado su contenido en lenguas puramente humanas? (Por cierto, esto es uno de los puntos más débiles de la teología islámica, la existencia de una eterna e inmutable "Palabra de Dios" junto con Allah, acercándose peligrosamente al mayor pecado según el Islam, "shirq" o blasfemia, haciendo a algo o a alguien igual a Dios.)

(Abramos otro paréntesis aquí. ¿Qué es esto de una lengua celestial? ¿No sería algo raro si Dios hablara en el dialecto del árabe de Mahoma, una lengua semítica de la península arábiga del siglo VII? ¿O cualquier otra lengua humana, incluyendo el hebreo, limitada en el espacio y en el tiempo a un grupo restringido de usuarios? De hecho no existe "el hebreo", ya que la misma Biblia demuestra un desarrollo constante en este idioma, y los escritos tardíos de la Biblia reflejan un "hebreo" bien distinto al que se usa en los primeros. ¿En cual habla Dios? ¿Será que Dios siempre habló así, si en realidad incluso este idioma es el producto de una evolución lingüística durante siglos?

Son muchos los experimentos que se han hecho para "demostrar" que Dios habla este o aquel idioma, desde el hebreo [¡por supuesto!] al árabe, pasando por el inglés, el alemán, y el chino. En el siglo XIII, dicen que el Emperador Santo Romano Federico II de Hohenstaufen copió la metodología usada por el Faraón Psamético de Egipto dos mil años antes, al hacer criar a dos niños por un criado sordomudo, suponiendo que así revelarían la verdadera lengua del cielo. Aprendieron a "comunicarse" con un par de gruñidos y murieron antes de pronunciar una sola palabra. La misma suerte tuvieron posteriormente los niños criados por un gobernante turco, intentando

demostrar que el árabe fuese la lengua del cielo.

En la Biblia, cada vez que Dios habla, usa la lengua de su coloquante. Sea que consideremos al Espíritu que habla a Ananías, o la palabra de Dios que viene a Abram, no tiene necesidad de enseñarles un idioma celestial primero; les habla en su lengua nativa. ¿Y qué es esto de lenguas "angélicas"? Del mismo modo, cuando escuchamos a un ángel hablar a través de las páginas de la Biblia, sea en sueño, visión, o en apariencia real, habla el idioma de la persona que recibe su mensaje. Se ve que, o tienen gran capacidad lingüística, o quizás la comunicación en el cielo es más del corazón, y no tiene necesidad de pasar por cerebro, boca y oído como la nuestra. Pero bueno, todo es especulación, mas no seamos tan ingenuos al escuchar afirmaciones como "Adán y Eva hablaron en hebreo". Volvamos a nuestro tema.)

No sólo el Corán es intraducible, sino toda la práctica de la religión islámica está encerrada en los conceptos y hábitos del siglo VII. La vestimenta, las leyes, las relaciones humanas del mundo entero, todo se somete al estilo de vida y pretensiones de un mercader árabe de aquella época. En su concepto, Dios reveló su Palabra eterna e intraducible en este medio, y la sociedad humana ideal quedó congelada en aquel momento.

Gracias a Dios nuestro concepto de la revelación no nos lleva a estas conclusiones, sino que nos permite una contextualización del mensaje eterno del Evangelio en nuestra realidad temporal, incluyendo la traducción de Su Palabra. Creemos que Dios *inspiró* a los autores bíblicos, pero cada uno escribía en su propio idioma humano, grabando también su estilo único en sus escritos. El griego de Marcos no es el mismo que el de Juan, ni el hebreo de Isaías el mismo que el de Jeremías. Usaron un lenguaje humano, normal y corriente, impregnado de las costumbres socioculturales de su tiempo, y de su propia personalidad.

Gracias a esta "humanidad" de los idiomas de la Biblia, entendemos también que Dios ha autorizado el proceso de la traducción de su mensaje a todos los idiomas humanos. No existen idiomas "sagrados",

más aptos para la expresión religiosa que otros. El latín no es "vehículo santo" para el mensaje bíblico; era la lengua vernácula del pueblo romano del siglo III d.C., y nada más. Y ni el griego del Nuevo Testamento es el griego clásico, el dialecto ático de los escritores famosos, sino el *koiné*, o "común" (de allí la palabra griega *koinonia* o "comuni3n"), la lengua del pueblo. Dios desea que su Palabra llegue a las lenguas de los pueblos.

La primera traducci3n seria que se hizo del Antiguo Testamento, como vimos, era la versi3n griega llamada Septuaginta, o LXX. Era el producto del esfuerzo de distintas personas durante los tres siglos anteriores a Cristo, e hizo accesible al pueblo judío de la Diáspora la Palabra de Dios en lo que había llegado a ser el idioma nativo de su mayoría. Pero, ¿era inspirada por Dios la traducci3n? ¿O era producto de la ciencia humana, falible e imperfecta?

La leyenda contenida en la carta apócrifa de Aristeas pretende que fuera el resultado de una inspiraci3n divina - que setenta eruditos, trabajando independientemente, llegaron a la misma traducci3n - pero un examen superficial nos demuestra que es una traducci3n humana, hasta muy humana. Hay partes que no siguen muy bien el hebreo, el cual parafrasean de manera inaceptable, luego sin embargo hay otras que siguen el hebreo de forma rígida, trasladando al griego una variedad de hebraísmos y hasta la misma estructura de la gramática hebrea. (Esto ocurre en nuestras traducciones modernas también. ¿Es buen castellano decir: "Y respondiendo Jesús, dijo...", como encontramos un sinfín de veces en RV, siguiendo un hebraísmo en el griego *koiné*? ¿No es más exacto decir sencillamente: "Y Jesús respondió..."?) A veces hay que decir que la LXX no es una traducci3n "buena", y que cualquier "comité de revisi3n" habría efectuado bastantes alteraciones en una segunda edici3n.

No, la versi3n Septuaginta no puede pretender ser resultado de una "inspiraci3n de Dios". Como cualquier otra traducci3n de la Biblia de hoy, es obra de hombres muy humanos, discutible en algunos de sus aspectos, y siempre mejorable. Aunque Dios haya ayudado a los

traductores en su labor, no es inspirada por Dios.

Bueno, ¿y qué? Hemos establecido que la versión LXX no es inspirada por Dios, pero sólo se trata de una traducción, no está en la Biblia, así que, ¿qué más da? ¿Qué tiene que ver con nuestro tema?

¡Hagamos una pregunta para contestar a esta pregunta! ¿Nunca has notado que, cuando los autores del Nuevo Testamento citan del Antiguo Testamento, a veces la cita no sigue exactamente la lectura original? ¿Que incluso en algunos casos es bastante distinto, y hasta cambia completamente el sentido? En Mateo 21, por ejemplo, durante la entrada triunfal a Jerusalén, Jesús cita del Salmo 8 y dice: "De la boca de los niños y de los que maman perfeccionaste la alabanza" (Mat.21.16, RV). Sin embargo, al mirar la cita original en Salmo 8.2 (RV), encontramos que dice: "De la boca de los niños y de los que maman *fundaste la fortaleza*".

Otro ejemplo, de nuevo citando este salmo. Leamos Hebreos 2.7. Hablando del hombre dice: "Por un poco de tiempo le hiciste algo menor que los ángeles" (DHH). Es una cita del Salmo 8.5, el cual dice: "Pues le hiciste casi como un dios" (DHH - RV coloca inexplicablemente aquí: "Le has hecho poco menor que los ángeles", vertiendo el término hebreo *elohim* por "ángeles", y no "Dios"; es la única ocasión de las 2606 veces que se usa este vocablo que se traduce así, y se ve que el traductor se dejó influenciar por la cita en el Nuevo Testamento al traducir el hebreo, lo que no es buena práctica; *elohim* es plural en hebreo, pero es usado normalmente para Dios como "plural enfático"; también puede referirse a "los dioses", pero en ninguna otra ocasión se refiere a los ángeles). El hebreo coloca "menor que Dios", pero al citarlo en el Nuevo Testamento, el autor de la epístola a los hebreos coloca "ángeles". ¿Menor que Dios, o que los ángeles? ¡Menuda diferencia!

Otro salmo. En Hebreos 10.5 el autor cita del Salmo 40.6, y nos dice: "Sacrificio y ofrenda no quisiste; mas me preparaste cuerpo" (RV). Miremos de nuevo el original hebreo: "Sacrificio y ofrenda no te agrada; has abierto mis oídos" (RV). Otro: en Apocalipsis 2.27 (RV),

hablando de las naciones del mundo, leemos: " y las regirás con vara de hierro", citando del Salmo 2.8. No obstante, allí leemos: "Los quebrantarás con vara de hierro" (RV).

Y no se trata sólo de los Salmos. En 1 Pedro 5.5, el apóstol cita de Proverbios 3.34 así: "Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes" (RV). En el original hebreo leemos: "Ciertamente él escarnecerá a los escarnecedores, y a los humildes dará gracia" (RV). Lo curioso es que Santiago (4.6) también da la cita de la mismísima manera que Pedro, y tampoco sigue la lectura del hebreo.

De nuevo una cita del autor de Hebreos. En 1.6 cita de Deuteronomio 32.43 así: "¡Que todos los ángeles de Dios le adoren!" (DHH), mientras en la cita directa del Antiguo Testamento leemos en cambio: "¡Alegraos, naciones, con el pueblo de Dios!" (DHH). Otra observación curiosa - este versículo es citado "correctamente" por Pablo en Romanos 15.10, haciendo una traducción literal del hebreo al escribir en griego, y no como aparece en esta cita de Hebreos.

A Isaías también le citan de esta manera algo extraña. En Mateo 12.21, el antiguo publicano nos dice: "Y en su nombre esperarán los gentiles" (RV), mientras que en Isaías 42.4 leemos "y las costas esperarán su ley" (RV). Y Pedro cita de Is.28.16 así: "He aquí, pongo en Sion la principal piedra del ángulo, escogida, preciosa; y el que creyere en él no será avergonzado" (1Pe.2.6, RV). Pero en el original encontramos: "He aquí que yo he puesto en Sion por fundamento una piedra, piedra probada, angular, preciosa, de cimiento estable; el que creyere, no se apresure" (RV).

Y ¿cuántas personas acompañaron a Jacob a Egipto? ¿Setenta y cinco (Hech.7.14)? ¿O setenta (Gén.46.27)? ¿Se apoyó Jacob sobre la punta de su bastón (Heb.11.21) o sobre la cabecera de su cama (Gén.47.31)? ¿E iba a quedarse encinta una virgen (Mat.1.23) o una joven (Is.7.14)? (La palabra hebrea *almah* empleada en este versículo de Isaías no debe traducirse "virgen", ya que se refiere a una mujer joven, fuera o no fuera casada. La mayoría de nuestras traducciones se han dejado influenciar por el pensamiento cristiano sobre el nacimiento

virginal de Cristo, pero no es una idea contenida en el texto hebreo. *Sí* es una idea perteneciente al texto griego de Mat.1.23, donde la palabra empleada, *parthenos*, se refiere exclusivamente a personas que nunca han tenido relaciones sexuales.)

Creo que hemos visto lo suficiente, aunque así podríamos seguir durante unas cuantas páginas más. ¿Qué pasa aquí? ¿Por qué tanta variación en estos pasajes del Antiguo Testamento citados en el Nuevo? La razón es sencilla. Al querer citar sus Escrituras, los autores apostólicos no solían buscar el rollo correspondiente de la Torah o de los profetas, localizar la cita, y traducirla literalmente al griego al escribir. Más bien hacían una de dos cosas. O citaban de memoria, dando lugar a todo tipo de variación en la cita final (como suele pasar cuando lo hacemos nosotros también, citando de la "versión según un servidor"). O, con bastante mayor frecuencia, iban a su Biblia - la LXX griega -, y citaban de esta traducción, tal y como lo hacemos nosotros. ¡Somos pocos los que buscamos el sentido del original y hacemos una traducción propia al querer dar una cita! Sencillamente citamos de la Biblia que solemos usar, ¡y así hacían ellos también!

El 75% de las citas del Antiguo Testamento en el Nuevo son tomadas de la versión Septuaginta, y no aparecen como traducciones literales de las Escrituras hebreas. Mayormente copiaban directamente desde esta versión en lugar de esforzarse por hacer una traducción propia del hebreo, lo que es perfectamente comprensible. Como notamos en el caso de Pablo en Romanos 15.10, a veces lo hacían, pero no era lo más usual.

Ahora bien, normalmente ni se nota, ya que el griego de la Septuaginta es muy parecido al texto hebreo, y la variación puede verse sólo en ciertas palabras, o en el orden de la frase. Pero en otras ocasiones la diferencia es marcada, como en los textos arriba citados. En cada uno de éstos, la diferencia se atribuye a esta práctica: todas fueron citadas de la versión griega LXX, y no del hebreo. Notamos Mateo 1.23, por ejemplo - la Septuaginta sí traduce el hebreo por *parthenos*, una traducción no del todo exacta, ya que limita la identidad

de la joven a una joven virgen.

Estamos delante de un fenómeno pasado por alto por la mayoría, pero con un significado verdaderamente enorme, si estamos dispuestos a escuchar lo que Dios nos quiere decir a través de ello. "El que tenga oídos, que oiga."

Los escritos del Antiguo Testamento son inspirados por Dios. Los del Nuevo Testamento también lo son. Pero la traducción griega del Antiguo Testamento, la Septuaginta no lo es. Sin embargo, estos escritos inspirados del Nuevo Testamento incluyen citas no del hebreo inspirado, sino de una traducción humana, a veces mala e incluso equivocada, dentro de sus páginas inspiradas. ¡Qué misterio! ¡Lo humano se reviste de inspiración divina, y es elevado al nivel de Palabra de Dios!

De esta manera Dios parece "autorizar" el proceso de traducción de Su Palabra. Pone su sello de aprobación sobre el esfuerzo misionero. Aunque no fuera perfecto, quiere que este testimonio de quién es Él alcanzase a todos los pueblos del mundo en su propio idioma. Él no es preso de las limitaciones de la lengua humana, y es perfectamente capaz de comunicar Su Palabra por el vehículo de una traducción defectuosa. La ley mata, pero el Espíritu da vida, y al fin y al cabo no importa si una traducción da el sentido *exacto* o no. Por supuesto, los traductores deben esmerarse en su esfuerzo por entender el significado del original y colocarlo lo mejor posible en la lengua de llegada. Pero Su Espíritu habla a través de Su Palabra, aun en una traducción que deja mucho que desear.

Este hecho singular del uso de la Septuaginta en el Nuevo Testamento nos revela algo más del corazón misionero de Dios y su deseo de darse a conocer entre las naciones. Lo importante es que cada uno tenga acceso a la Palabra de Dios en un idioma que entiende, preferentemente su lengua nativa. La Iglesia de Cristo no puede descansar hasta que todos tengan esta oportunidad. Cumplir con la Gran Comisión requiere un esfuerzo dedicado al aprendizaje de idiomas y la traducción de la Palabra de Dios. Es nuestra responsabilidad formar y enviar a obreros capaces y capacitados para realizar esta tarea si de

verdad queremos que el Evangelio sea predicado a todas las naciones

Por supuesto es importante la traducción que usamos, y debemos asegurarnos que corresponda al máximo al sentido de los originales. Es bueno comparar traducciones, y aprender algo acerca de los idiomas originales. Pero no debemos gastar tanta energía discutiendo la validez de la decena de traducciones que nos están disponibles cuando el hecho es que Dios nos habla a través de toda y cada una de ellas; y cuando la mayoría de la población del mundo aún no puede leer la Biblia en su idioma materno.

Dios no es un Dios "tiquismiquis". Es un Dios que desea hablar, comunicarse con la humanidad. Si antaño habló a través de un burro, ¿no podrá hablar hoy por nuestros esfuerzos imperfectos por llevar su Palabra a otras naciones? Aunque me cueste aprender otro idioma, y nunca lo domine a la perfección, ¿no será el Señor capaz de usarme como instrumento para revelarse a otro pueblo? ¿No podré dar a conocer Su Palabra, a pesar de mis imperfecciones humanas? ¡Claro que sí! Renovemos nuestro compromiso con Él y con Su Palabra, hasta que todos hayan oído - ¡en su propio idioma!

13: ¿Concordamos?

Frank tenía una meta en la vida por encima de cualquier otra, y entonces, moribundo en el hospital, pudo decir que la había conseguido - o casi. Estaba ya listo para irse con su Señor, y había momentos en su enfermedad cuando parecía tener un pie más en el otro mundo que en este. Hacía suyas las palabras de Pablo, "deseo partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor" (Fil.1.23, RV). ¡Hasta se enfadaba con nosotros por orar por él y pedir al Señor que lo dejara con nosotros un tiempcito más!

¿Y su meta? Poder localizar cualquier versículo en la Biblia sin concordancia. Quería poder dar el capítulo en el que se encontraba un texto dado, por oscuro y desconocido que fuera, ¡e incluso la referencia exacta para la mayoría! ¡Cómo le probamos! ¿Dónde se encuentra, por ejemplo, "El Señor lanzó una palabra contra Jacob, y ella ha caído en Israel"? ¿O "Si con instrumento de hierro lo hiere y muere, homicida es: el homicida morirá", sin hablar de "Simea, Haguía y Asaías" o "Ahías, Hanán, Anán"?

¡Era una máquina! Casi nunca fallaba. Lo llamamos "la concordancia parlante", y nos inspiró a todos a buscar conocer mejor la Palabra de Dios. Cuando finalmente murió, dimos gracias a Dios por su vida y su ejemplo, y tuvimos que empezar a echar mano de nuestras concordancias "mudas".

La concordancia - hablemos de esta sección que encontramos al final de nuestras Biblias, o gran parte de ellas. Una herramienta útil para localizar rápidamente un texto en la Biblia, o para estudiar un tema específico al preparar un mensaje bíblico.

Evidentemente, esta parte de nuestras Biblias tampoco es inspirada por Dios. Ninguna concordancia contenida dentro de una Biblia es completa, ya que hay un límite al número de páginas y al tamaño, aun

de la Biblia de estudio más pesada. La que se encuentra en una Biblia siempre refleja lo que un editor haya considerado esencial, y pueden faltar referencias importantes. Para hacer un estudio equilibrado, no podemos fiarnos de ella. Si queremos una concordancia completa, habrá que comprar otro tomo.

Pero hay algo más, donde podemos perder bastante del sentido del mensaje bíblico. Las concordancias que tenemos en nuestras Biblias están basadas, naturalmente, en el texto de esta traducción en particular. No son, por lo tanto, una concordancia del texto y pensamiento bíblicos en sí, sino de una traducción de ella. Y no es la misma cosa.

Ya vimos que la "esfera de referencia" de dos idiomas nunca es idéntica. Una palabra en el hebreo, por ejemplo, puede verse en gran variedad de palabras en castellano. Y una sola palabra española puede ser la traducción de muchas distintas palabras en el original. Ninguna concordancia basada en una traducción puede reflejar estas sutilezas.

Una concordancia es, al fin y al cabo, nada más que un "diccionario de usos" de una palabra. Nos muestra el sentido pleno de un término al revelarnos su contexto. Puede que no hables ni una palabra de inglés, así que si te pregunto qué significa "table", no tendrás ni idea. Pero si te digo que tengo que poner la "table" antes de poder sentarme a la "table" para comer, y que compré esta "table" junto con cuatro sillas en Mueblelandia, ya tendrás más idea. Y no has tenido que recurrir a un diccionario para saberlo - el mismo contexto te lo ha enseñado.

Así ocurre cuando usamos una concordancia del idioma original. Empezamos a entender más del sentido de las mismas palabras bíblicas, no por un diccionario, ni por una traducción (que nunca significa exactamente lo mismo), sino por su uso en el propio lenguaje bíblico. Al usar una concordancia de la versión española nos enseña más sobre el estilo del traductor que de la palabra bíblica en sí. La única forma de abrir esta caja del tesoro del estudio bíblico es a través de una concordancia del griego o del hebreo.

Es imposible seguir la riqueza del pensamiento original sin el uso de una concordancia del idioma original. ¡No se asusten! No son difíciles

de usar, y la mayoría puede manejarse sin tener que saber nada en absoluto de los idiomas bíblicos. Si nos hacemos de una que usa el sistema de numeración de palabras bíblicas de Strong, sistema universal de designación de las palabras de la Biblia por números, es aun más fácil, aunque en este caso sí habrá que saber algo de inglés... (Este es el sistema que usa la mayoría de programas de la Biblia para ordenador, y facilitan muchísimo este tipo de estudio, sin tener que conocer ni siquiera el alfabeto griego o hebreo.)

¿Por qué es importante? ¿No nos basta leer y estudiar nuestra propia Biblia? ¿Acaso debemos todos aprender las lenguas bíblicas? Por supuesto que no, y no se trata de eso. Podemos conocer a Dios y Su Palabra perfectamente con nuestras Biblias, traducciones cuidadosas y respetables. Sin embargo, otras facetas del contenido de la Biblia sólo nos serán reveladas echando mano de este tipo de herramienta que nos permite acercarnos a su texto original, aun sin conocer los idiomas en los cuales fue escrita. Nos revela la continuidad del pensamiento de un autor, la plenitud del significado de conceptos bíblicos que no tienen una equivalencia directa en castellano, y a veces arroja mucha luz sobre el sentido de una palabra por una comparación con los demás usos de esta palabra original, u otros derivados de ella.

Busquemos una palabra sencilla, "apartar", por ejemplo. Nuestra concordancia nos enseñará que se usa 70 veces en el Nuevo Testamento de la versión Reina-Valera. Pero lo que no nos dice esta herramienta es que "apartar" se usa para traducir 30 palabras griegas distintas, cada una con su matiz particular. La palabra más frecuente sólo se usa 10 veces. La verdad es que buscar esta palabra en una concordancia en castellano no nos enseña mucho de la Biblia en sí.

Lo mismo pasa con otras palabras comunes en el Nuevo Testamento. "Pasar", que se encuentra 124 veces en la traducción Reina-Valera, representa a 39 palabras en el original, y "llevar", un verbo usado 134 veces, es la traducción de 35 palabras griegas diferentes. "Echar" es usado para traducir 43 palabras griegas distintas, "venir" para 44, "recibir" para 36, "tomar" para 38, y el mejor de todos, "poner"

traduce 54 verbos griegos diferentes. ¿Qué nos enseña buscar una de estas palabras, o muchas otras, en una concordancia normal? Nos puede ayudar a encontrar una referencia desconocida para un texto, pero no nos enseña nada acerca del verdadero uso de la palabra en la Biblia.

Hasta aquí hemos visto el caso de una sola palabra en castellano que se usa para traducir una gran variedad de palabras en el idioma original. Lo mismo pasa al revés también, es decir, cuando una palabra griega o hebrea es traducida por muchas palabras distintas en el castellano.

Veamos la palabra "comunión", por ejemplo. Se encuentra unas 10 veces en el Nuevo Testamento de Reina-Valera. Esta vez siempre traduce la misma palabra griega, *koinonia*. Sencillo, ¿no? Pues, ¡no! Al buscar "comunión" en nuestra concordancia, hemos encontrado sólo la mitad de las veces que aparece *koinonia* en las Escrituras. Es que *koinonia* tiene un sentido bastante más amplio que la sencilla "comunión", y es traducido en la versión Reina-Valera además por otras cuatro palabras: participación, comunicación, contribuir, y compañía. Es imposible descubrir el significado completo de la "comunión" bíblica si no estamos al tanto de estos otros usos de *koinonia* en el Nuevo Testamento.

O consideremos otra palabra, *dokimazo*, que se encuentra en Romanos 12.2, siendo traducido allí por "experimentar". Este vocablo se usa 22 veces en el Nuevo Testamento griego, siendo traducido por 10 palabras distintas en castellano: examinar, reconocer, probar, parecer, aprobar, experimentar, hacer la prueba, probarse, poner a prueba, y discernir.

Examinemos un ejemplo final del Nuevo Testamento, *logos*, o "palabra". A pesar de ser ésta la traducción más común, no sólo se traduce por "palabra"; también encontramos causa, cuenta, mandamiento, dicho, hecho, razón, cosa, Verbo, tratado, negocio, sermón, fama, derecho, discurso, sentencia, lengua, reputación, predicar, y decir, ¡un total de 20 palabras distintas en castellano!

El mismo cuadro se repite en el Antiguo Testamento - una palabra hebrea es traducida por varias en castellano, y una palabra en castellano

es usada para representar a distintas palabras en el original. *Nefesh*, que normalmente se traduce por "alma", también es vertido por: criatura, vida, viviente, persona, mente, hombre, corazón, cualquier, sí mismo, de muerte, cadáver, mortal, voluntad, gusto, como quisiese, apetito, cordial, deseo, ardor, de nuevo 20 palabras en castellano para una sola en su lengua original.

No debemos considerar este hecho como una complicación para nuestro estudio, sino comprender que más bien nos abre nuevos horizontes a la interpretación de la Biblia, y mayores posibilidades para poder recibir luz y revelación a través de sus páginas. Este tipo de estudio nos ofrece detalles aparentemente insignificantes, pero que aportan mucho a nuestro entendimiento de Dios y Su voluntad.

Es el caso de Isaías 49.6. Pero antes de profundizar la exégesis de este último ejemplo, intentemos situarnos en el contexto del versículo.

El año es 701 a.C. Las huestes de Asiria acaban de triunfar sobre el pueblo de Israel, y todas las tribus del norte han sido llevadas al cautiverio, para allí pasar al olvido y desaparecer. Ahora Senaquerib está a las puertas de Jerusalén, y amenaza con imponer la misma suerte a la nación de Judá. Sin embargo, su rey Ezequías clama a Dios a favor de su pueblo, y Dios los libra de forma indudablemente milagrosa. ¡Alabado sea Jah! (Y a propósito, si un ángel mató a ciento ochenta y cinco mil del ejército de Senaquerib [2R.19.35], ¡cuánto más podían haber hecho las doce legiones de ángeles que el Padre habría dado a Jesús si se lo hubiera pedido [Mat.26.53]! Hagamos unos cálculos "locos": una legión se componía de 6.000 hombres; doce legiones son 72.000. Si son ángeles, y cada uno es capaz de matar a 185.000 en una sola noche, Jesús tenía a su disposición un poder potencial para destruir a 13.320.000.000 personas al instante, más del doble de la población actual del planeta, y sesenta veces más de la población en los tiempos de Jesús. De verdad, no fueron los clavos lo que mantuvo a nuestro Señor en la cruz, sino Su amor sin límite por ti y por mí.)

Pero hay un profeta que sabe que no siempre será así. Dios los ha librado ahora, pero no podrá pasar por alto el pecado de Su pueblo para

siempre, y se acerca el día cuando Judá también sería llevado al cautiverio. No sería a mano de los Asirios, sino de los Babilonios, y el pueblo no se destruiría, pero tendría que buscar su identidad nueva sin patria ni estructura propia. En 586 a.C. el templo bendito quedaría en ruinas, y los beatos del pueblo se llevarían las manos a la cabeza para preguntarse cómo Dios había podido permitir este desastre.

Escribiendo más de 100 años antes de este acontecimiento, Isaías se dirige a los descendientes de su pueblo en el cautiverio. Conocido a veces como "Deutero-Isaías", los capítulos 40 a 66 de Isaías tratan proféticamente de esta etapa en la vida de Israel, y formaban el complemento de la profecía y enseñanza "directa" de Jeremías y Ezequiel, los cuales vivían y ministraban al inicio del cautiverio. ¿Cuál debe ser su actitud allí? ¿Cómo deben vivir? ¿Cuáles metas deben adoptar? ¿Qué significa ser adorador de Yahweh en el destierro?

Para ellos estaba bastante claro. Israel tenía que ser restaurado como nación; el templo tenía que reedificarse; e Israel tenía que llegar a ser "rey de las naciones" de nuevo. Su prioridad debía ser esperar la oportunidad para volver a Sión y reagrupar al pueblo dispersado por los imperios babilonios y persas alrededor del nuevo templo en Jerusalén. Otras opciones eran impensables - no conocían otra realidad sino la de la adoración de Yahweh en *Su* templo, edificado en *Su* tierra, a cargo de *Sus* sacerdotes, y bajo la protección de *Su* rey escogido.

No obstante, como ya vimos, poco a poco iban dándose cuenta de que Dios tenía otros planes para ellos. Cuando al final en el 538 a.C. Ciro les decretó la libertad para volver a Palestina y les consignó un impresionante apoyo logístico, era un grupo minoritario y miserable el que volvió - la lista de unas cincuenta mil personas recopilada en Esdras 2 parece a primera vista impresionante, pero no sumaba ni el 20% de los Israelitas, ¡o aun menos si descontamos las mujeres extranjeras que algunos habían tomado! Habiendo entendido que Dios los quería entre las naciones, los demás se quedaron en Susa, Egipto y Babilonia.

Las profecías de Isaías fueron claves en el desarrollo de este entendimiento, y entre éstas encontramos Isaías 49. Habla del "siervo de

Jehová", una figura difícil de identificar que aparece repetidas veces por estos capítulos de Isaías. ¿A quién se refiere? A veces a la nación entera de Israel, otras veces a la figura mesiánica prometida, y algunas veces, como en este capítulo, al "remanente fiel" del pueblo de Dios, el "verdadero Israel", que tenía por misión inspirar a todos en su adoración de Yahweh y llevarlos de vuelta a los caminos de su Señor.

Es a estas personas a las que esta profecía habla, a las que Dios había formado "desde el vientre para ser su siervo para hacer volver a él a Jacob y para congregarle a Israel" (Is.49.5, RV). Sabían lo que Dios quería de ellos, e invertían todas sus energías para este fin, la plena restauración de Israel como nación, con todo su aparato religioso enfocado en el templo que seguramente sería reedificado. Vivían para el día cuando podrían volver a la "tierra prometida", para ver realizado su propósito, y parece que Isaías les confirmaba en sus convicciones.

Pero la profecía no para allí. Con esta tarea grandiosa y sublime en mente, esta meta suprema para el "siervo de Jehová", el Señor sigue hablando de esta manera: "Poco es para mí que tú seas mi siervo para levantar las tribus de Jacob y para que restaures el remanente de Israel; también te di por luz de las naciones, para que seas mi salvación hasta lo postrero de la tierra" (v.6, RV).

Yahweh revela su corazón a su siervo: "¿No entiendes? Está bien que quieras restaurar a tu pueblo. Yo también quiero que me sean fieles, que sean levantados de nuevo. Pero *nunca* puedo darme por satisfecho con esto. Sí, quiero que Israel me conozca, pero mi propósito contigo no puede limitarse a esto, y nada más. Hay un mundo que necesita conocerme, que necesita ver la luz que he puesto en ti. Si no se la das, se quedan en tinieblas, y si no les ofreces la salvación que te he dado, siguen muertos. ¡Las naciones, oh hijo mío, las naciones! Aun éstas donde te he llevado, tus conquistadores crueles. Pero no sólo allí - esos imperios lejanos de los cuales escuchas rumores, también necesitan de mí. Tú eres su luz; deja que brille en ellos, hasta las costas y los pueblos lejanos."

El corazón amoroso de Dios para con un mundo entero que todavía

no le conoce late a través de las palabras de Isaías. De nuevo entendemos que Dios ha bendecido a Su pueblo, para que a su vez éste fuese bendición para todas las familias de la tierra. Sin embargo, hay otro matiz que no se desprende de la lectura de este pasaje en nuestras Biblias.

En Isaías 49.6, "poco", es traducción de la palabra hebrea *qalal*, término usado unas 82 veces en la Biblia. Tiene el número Strong 07043, por si alguien quiere hacer su propio estudio sobre *qalal*. Tiene un sentido que va mucho más allá de "poco" o "insignificante". Veamos algunos otros lugares donde es usado, y cómo es traducido.

En Génesis 8.21 Yahweh promete no volver a *maldecir* la tierra. En Génesis 12.3 Dios promete a Abraham bendecir a los que le bendijesen, y maldecir a los que le *maldijeren*. En el capítulo 16 del mismo libro, versículo 4 y 5, Agar *miró con desprecio* a Sarai. La ley de Moisés manda matar al que *maldijere* a su padre o madre (Éx.21.17). El libro de Levítico ordena apedrear al *blasfemo*, es decir, la persona que maldiga a Dios (24.14,15,23). Los hijos de Elí fueron juzgados por Dios porque se habían *envilecido*, o *blasfemado* (1Sam.3.13). Después de bailar delante del arca del pacto, David prometió a Mical que se *haría más vil* en sus ojos para alabar a Dios (2Sam.6.22). Al enfrentarse con los soldados de Judá, los de Israel los acusaron de *haberlos tenido en poco* en tomar la decisión de hacer volver al rey (2Sam.19.43). Jeroboam y todo Israel con él pidieron a Roboam cuando empezó su reino que *disminuyera* el yugo sobre ellos, pero él rehusó (1R.12.4,9,10). En la profecía del mismo Isaías sobre Tiro, vemos que Jehová actuó con el fin de *envilecer* su soberbia (Is.23.9). Jeremías reprocha a los líderes de Israel por curar la herida del pueblo *con liviandad* (6.14). Ezequiel pregunta al pueblo si es "*cosa liviana* para la casa de Judá hacer las abominaciones que hacen" (8.17), y más adelante habla de los que "*al padre y a la madre despreciaron en ti*" (22.7).

Hay otro derivado de *qalal* que se emplea en las Escrituras, *q'lalah*, que viene a significar exclusivamente "maldición", o "maldecido". Se usa, entre otros, en Génesis 27.12, donde Jacob teme recibir la

maldición de su padre por intentar engañarle, o cuando Moisés pone delante de los hijos de Israel un camino de bendición y maldición (De.11.26). Creo que podemos empezar a "sentir" el significado de *qalal*.

(Para ser justo, habría que entrar en el tiempo verbal empleado en cada referencia, ya que cambia el sentido algo, pero por lo menos hemos adquirido una impresión global de este término hebreo. Para los que quieren mayores detalles, sólo podemos decir aquí que *qalal* en Isaías 49 se encuentra en la forma "Niphal", reflexivo o pasivo del verbo simple, siendo éste la forma "Qal" que es usada en Gén.16.4. Sin embargo, en Gén.12.3, por ejemplo, se encuentra en la forma "Piel", que denota una intensificación del sentido simple del verbo; "maldecir" es por lo tanto la forma intencionada de "tomar en poco" o "despreciar", pero, como bien se percibe, todos tienen un significado muy relacionado.)

¿Qué es, por lo tanto, lo que Dios dice a su siervo, el remanente de Israel, en Isaías 49.6? ¿No captamos ahora algo más del grito profundo de Dios? Anhelaba que dejaran de considerarse a sí mismos en primer lugar, y colocasen su atención en las naciones del mundo. "¡Escucha Israel! Deja de pensar tanto en ti mismo. Comparada con la magnitud de mi deseo de llevar la salvación a las naciones de la tierra, tu propia restauración es cosa pequeña, insignificante, liviana, despreciable y vil, hasta una maldición. ¡Escucha mi corazón! Quiero a mi novia de toda lengua, tribu, pueblo y nación, y tu deseo egoísta de ser bendecido se convierte en maldición, si no canalizas esta bendición a las naciones. ¡O Israel! ¡Ten por poco todo lo que es importante, y entrégate para las naciones!"

Años más tarde el fariseo nacionalista Saulo, convertido en el apóstol Pablo, escucharía el mandato de Dios para su vida expresado en este mismo texto (ver Hechos 13.47). No fue escrito para él, pero a través de su meditación en la Palabra, el Espíritu de Dios lo aplicaría a su vida, y respondió con obediencia a su nuevo Señor. El mero deseo de Dios expresado en su Palabra se convirtió en mandamiento para Pablo,

y así debe ser para todo creyente hoy. "Hebreo de hebreos", Pablo dio la espalda a su propio pueblo, también necesitado de Dios, para llevar el Evangelio a los gentiles despreciados, una decisión que le costaría caro. Había entendido el corazón de Dios, y dejó a un lado su deseo intenso y justificable de ver restaurado el pueblo de Israel, deseo del cual Romanos 9 es testigo elocuente. Y todo para dedicarse de lleno a satisfacer el anhelo de Dios de ver su salvación llegando a lo último de la tierra.

¿Y hoy? ¿Qué nos diría nuestro Señor acerca de nuestros proyectos de templos nuevos con presupuestos millonarios? ¿De nuestras "pequeñas ambiciones" de llegar a ser "alguien" dentro de nuestra denominación o nación? ¿De nuestras estrategias evangelísticas para colocar nuestra denominación donde no existe, a pesar de que ya hay 36 otras iglesias en la misma ciudad? ¿De nuestras interminables rondas de congresos y conferencias de "avivamiento", sin los cuales no sabemos sobrevivir? ¿Del enfoque desequilibrado de los miembros de nuestras iglesias, que sólo denominan un culto "bueno" si llegan a "recibir una bendición"? ¿De nuestras verdaderas preocupaciones y anhelos? ¿De la pobreza de nuestro compromiso misionero real?

¿Qué es lo que nos motiva en la Iglesia del Señor hoy? ¿No necesitaremos también permitir al Señor opinar sobre nuestros proyectos e ideas? ¿No debe ser urgente para nosotros escuchar *Sus* prioridades para Su iglesia? Vivimos contaminados por el egocentrismo y etnocentrismo, y la Iglesia ha caído presa de esta forma de pensar, llegando a ser dominada por un "eclesiocentrismo" que destruye nuestro testimonio efectivo a las naciones inalcanzadas del mundo.

Aprendamos a "tomar por poco" todo lo nuestro, a "considerar vil", y aun "menospreciar" nuestros propios objetivos, sólo con que Dios se valga de nosotros para extender Su reino entre las naciones del mundo. Ha llegado nuestra hora, y no es para engordar y caer inmovilizados bajo el peso de la bendición que nos ha sobrevenido. Es hora de escuchar el clamor del corazón de Dios, de descubrir lo que realmente Le importa a Él. Y de tomar decisiones costosas según lo que

escuchamos. ¿Concordamos?

14: Cosas nuevas y cosas viejas

Parecía un libro interesante: "El Orden Neotestamentario para Iglesia y Misionero". Justo lo que necesitaba al salir al "campo misionero". Y de hecho era muy interesante, todo un manual sobre "métodos neotestamentarios para la implantación de iglesias neotestamentarias". Pero lo que más destacaba era la cantidad enorme de diferencias que encontré al compararlo con lo que había aprendido en mi propia iglesia, que también pretendía fundarse sobre las enseñanzas del Nuevo Testamento para la Iglesia.

Había empezado a congregarme allí al volver del extranjero, donde me había convertido. Era una iglesia independiente carismática, en muchos aspectos parecida a las demás iglesias nuevas que iban surgiendo en Inglaterra durante los años setenta y ochenta. Pero era distinta. Las mujeres llevaban faldas largas y velos (bueno, más bien velos, sombreros, pañuelos, canotíes, gorras y gorros, ¡toda una pasarela de moda sombrerera!). Tampoco predicaban las mujeres, ¡aunque sí podían dar testimonios de unos 15 ó 20 minutos que incluían un par de referencias de las Escrituras! Y, aunque se cantaban los últimos coritos con un ritmo bastante marchoso, nadie levantaba ni un pie, contraste marcado con muchas iglesias carismáticas de la época donde el "baile en el Espíritu" era de rigor.

Al preguntar por qué, me decían que era la enseñanza del Nuevo Testamento sobre la mujer, y que no se bailaba porque no había indicio del baile en la iglesia del Nuevo Testamento. ¿No bailó David delante de la Arca del Pacto? ¿Y no dirigió María, la hermana de Moisés, a las mujeres en un baile de celebración de la victoria de Dios? "Sí", me contestaron, "pero esto fue en el antiguo pacto; en el nuevo no se baila".

Antiguo o Nuevo, viejo o moderno, pasado de moda, desfasado y obsoleto, o relevante para hoy. Así tratamos a los dos "testamentos" de

los cuales está compuesta nuestra Biblia. Dividimos la Palabra de Dios en dos, y entre Malaquías y Mateo colocamos una página en blanco, generalmente con el título "Nuevo Testamento", para que todos se den cuenta. Pero ¡ojo! - esta página tampoco está inspirada por Dios, ni el título de "Nuevo" que lleva.

Publicamos el "Nuevo" aparte, como si se pudiera entender sin el trasfondo del "Antiguo". Sin embargo nunca he visto una edición moderna del Antiguo Testamento sin el Nuevo, a no ser que se tratara de una Biblia judía, que no reconoce a Jesús ni su "Nuevo Testamento". Algunas ediciones de la Biblia hasta imprimen ciertas partes de la Ley Mosaica en una letra más pequeña y en tres columnas en lugar de dos, no porque fuera menos importante, por supuesto que no; sólo por razones de espacio y para poder ofrecer esta edición a un precio más asequible.

En todo lo que hacemos y decimos, demostramos una marginación del "Antiguo" Testamento y su mensaje. Son pocos los creyentes que lo hayan leído entero, menos los que lo leen con regularidad, y aun menos los que saben cómo interpretarlo correctamente. Con un fácil "No estamos bajo la ley sino bajo la gracia", de un golpe descartamos la Palabra de Dios transmitida a Su pueblo durante unos mil años que forma el 80% de nuestra Biblia. Y peor todavía, si fuera posible, atribuimos al Señor Jesús actitudes hacia las Escrituras hebreoaramaeas impensables. A pesar de sus palabras clarísimas en el Sermón del Monte en Mateo 5.17,18, donde nos dice: "No creáis que he venido para poner fin a la ley de Moisés y a las enseñanzas de los profetas..." (DHH), enseñamos que Él anula la Ley a favor de su propia interpretación y aplicación de los principios divinos.

De este modo nos acercamos peligrosamente a las herejías de un tal Marción del segundo siglo, el cual no aceptó que el Dios del Antiguo Testamento fuera el mismo Dios que Jesús había revelado en el Nuevo. Así rechazó el Antiguo Testamento entero, y del Nuevo Testamento todo cuanto tuviera que ver con las tradiciones de los judíos. Como se puede imaginar, se quedó con una Biblia muy fina. Quizás no

arrancamos estas páginas, pero nosotros igualmente prestamos un mínimo de atención a su contenido.

Nos escudamos detrás de algunas Escrituras favoritas, del Nuevo Testamento por supuesto, y vistas fuera de su contexto. Por ejemplo: "Pero ahora estamos libres de la ley [...] sirvamos bajo el régimen nuevo del Espíritu y no bajo el régimen viejo de la letra" (Rom.7.6, RV), o "Al decir: Nuevo pacto, ha dado por viejo al primero; y lo que se da por viejo y se envejece, está próximo a desaparecer" (Heb.8.13, RV). O de nuevo: "nos hizo ministros competentes de un nuevo pacto, no de la letra, sino del espíritu; porque la letra mata, mas el espíritu vivifica" (2Cor.3.6, RV).

De este modo relegamos a la mediocridad espiritual la experiencia real de Dios que tenían David, el mismísimo Moisés, o el pueblo de Israel bajo el liderazgo espiritual de Ezequías. Al hacerlo lo único que demostramos es nuestra ignorancia de la diferencia entre "ley" y "legalismo", del papel de la ley de Moisés en la adoración del creyente de antaño, y del verdadero contenido del "Evangelio". (Queramos reconocerlo o no, el mensaje del "Evangelio" también existía en los días de Abraham y Moisés, según Gálatas 3.8 y Hebreos 4.2 por lo menos.) Me parece que en muchas de nuestras iglesias hoy languidecemos igualmente bajo un yugo de legalismo farisaico y estéril, a pesar de vivir bajo el ministerio del Espíritu Santo.

¿Para qué nos sirve el Antiguo Testamento? Tenemos los Salmos, que gustan en cualquier momento. E Isaías, por supuesto, ¡un encanto! Luego hay unas historias que sirven especialmente para los más pequeños en la Escuela Dominical, tal y como David y Goliat, o el paso del Mar Rojo. Es buena fuente de ilustraciones para nuestros sermones, y nos provee de muchos personajes dignos de estudio: Asa, Gedeón, Sansón, o Débora (aunque hay que tener cuidado con esta última - no querríamos que se meta en nuestra doctrina de mujeres en el liderazgo según el Nuevo Testamento, ¿verdad?). En fin, una colección de retazos que sirve para apoyar el mensaje central y fundamental que se encuentra, sin duda alguna, en el Nuevo Testamento. Son

verdaderamente pocos los que se demuestran capaces o aun deseosos de escuchar a Dios de forma ordenada y seria a través de las páginas del Antiguo Testamento.

¿Adónde hemos llegado así? Desgraciadamente, nos hemos fabricado un Evangelio "a nuestra medida", y perdido la riqueza incalculable de un entendimiento de las Escrituras que eran la Biblia de la Iglesia Primitiva. El Nuevo Testamento no pretende "reemplazar" al Antiguo; más bien es su complemento, edificado sobre el fundamento ético y religioso que éste provee. Las doctrinas centrales del cristianismo encuentran sus raíces allí, y no en la enseñanza apostólica. El Nuevo Testamento toma por sentado la enseñanza del Antiguo, y no la repite, y nunca entenderemos la mente de Dios sin dar al Antiguo Testamento su debido lugar. Es imposible por lo tanto que lleguemos a ser creyentes equilibrados si no nos dedicamos a captar y aplicar el mensaje revelado a lo largo de los dos testamentos, y no sólo el Nuevo, como solemos hacer, con el apoyo del Antiguo.

Más nos valdría tomar de corazón el comentario del Señor Jesús al preguntar a sus discípulos si estaban entendiendo su enseñanza. Al responderle que sí, les añade: "Cuando un maestro de la ley está instruido acerca del reino de Dios, se parece a un padre de familia que de lo que tiene guardado saca cosas nuevas y viejas" (Mat.13.52, DHH). Debemos abrazar todo lo nuevo que viene con la revelación del Evangelio, pero de ningún modo desperdiciar lo viejo o antiguo. Hay que saber mantener los dos en perfecta armonía.

Cae fuera del alcance de este libro tratar con la profundidad necesaria este tema, y dar pautas de interpretación del Antiguo Testamento que nos permitan entender y aplicarlo correctamente, pero sí animaría a los lectores a buscar recursos para poder hacerlo. Vale la pena, ¡y ampliamente! Aquí me limitaré a explorar uno de los efectos de esta desatención al Antiguo Testamento en la pérdida de la amplia base bíblica para misiones que nos ofrece.

¿Cómo justificaremos el esfuerzo misionero de la Iglesia según la Biblia? La mayoría de los creyentes abren sus Biblia en la llamada Gran

Comisión, y citan a Jesús. ¿Y qué más? "Bueno, habrá algún u otro versículo, pero no tantos. Tampoco se debe fundar una enseñanza en un único versículo, ¿verdad?" Luego resulta que sabemos, o pensamos que sabemos, que Jesús no fue sino sólo a las "ovejas perdidas de Israel", y nos creemos justificados en hacer lo mismo. Nos quedamos con los nuestros, convencidos que Dios mandará a otros a las misiones. Y, casi sin darnos cuenta, desplazamos el tema de misiones a un departamento de la iglesia, y deja de ser la fuerza motriz de la iglesia, su entera razón de ser.

Pero ¿qué nos enseña el Antiguo Testamento al respecto? ¿No es la historia de un pueblo rebelde, que nunca fue obediente a Dios? ¿Y cómo nos enseñará acerca de misiones, si sabemos que era un pueblo que no quiso compartir la bendición de Dios con las naciones, que se hizo dueño único del Dios universal, y nunca extendieron a los demás pueblos lo que Dios en Su bondad les había concedido? Con este filtro leemos el Antiguo Testamento, viendo sólo la desobediencia de Israel, y pasando por alto la Palabra de Dios que les fue revelada allí. Las mismas críticas podrían dirigirse a la iglesia de hoy, pero no por ello concluiríamos que no hemos recibido un mandamiento misionero claro.

Desde Génesis hasta Malaquías, el Antiguo Testamento está repleto de referencias que manifiestan el propósito de Dios para con su mundo y la elección de un pueblo Suyo, escogido no por méritos propios, sino para que fuese fuente de bendición a todas las naciones de la tierra. La desobediencia de Israel de ningún modo invalida esta revelación. De hecho, lo único que hace es colocar esta responsabilidad firmemente a los pies de la Iglesia, pueblo injertado en el olivo que es Israel, para cumplir con este propósito de Dios a favor de las naciones, plan desatendido por el Israel natural.

La Biblia comienza con la declaración de la universalidad de Yahweh, creador y cuidador de toda la humanidad. Dios no puede ser limitado a una parcela territorial en el Oriente Medio, ni a una imagen idólatrica que vincula irremediabilmente la adoración a un lugar geográfico. La posterior Ley revelada a Moisés remata la prohibición a

la idolatría, con el fin de preservar la naturaleza universal de la adoración de Yahweh.

Es Dios el autor de la diversidad cultural, lingüística y racial. Génesis 10, un capítulo conocido como la "tabla de las naciones" nos relata la creación de las primeras naciones humanas, descendientes todas de un solo padre, pero dispersadas por Dios después del incidente de la torre de Babel. Nos informa acerca de los descendientes de los hijos de Noé, "por sus familias, por sus lenguas, en sus tierras, en sus naciones [...] y de éstos se esparcieron las naciones en la tierra después del diluvio" (Gén.10.31,32, RV). En este momento fueron sembradas las semillas de la variedad étnica que experimentamos hoy en día. Son estas naciones las que Dios tiene en mente cuando llama a Abraham, para que reciba su bendición, y para que en él fuesen benditas "todas las familias de la tierra" (Gén.12.3, RV).

La bendición a Abraham contiene tres elementos básicos: el hecho de llegar a ser una nación numerosa, una tierra donde morar como pueblo tan bendecido, y el mensaje de salvación por el cual serían bendición a las demás naciones de la tierra. Los primeros dos elementos existirían para dar "apoyo logístico" a la realización del tercero, pero nunca eran fines en sí mismos. Pero con el paso de los años Israel llegó a despreciar este cometido divino a favor de su identidad como nación y su seguridad nacional. Bajo el mandato de un rey terrenal, abandonó la adoración pura de Yahweh en su esfuerzo de llegar a ser como sus vecinos, descendiendo al abismo de la idolatría, la prostitución sagrada y el sacrificio humano. En su deseo de "ser alguien" en el rango de las naciones, perdieron la santidad que debía caracterizarle, y sacrificaron el mensaje de salvación para todos en el altar de su propio orgullo.

Sin embargo, Dios después establecería claramente Su orden de prioridades, dejando a Su pueblo a merced de naciones feroces e implacables, reduciéndolo a niveles históricos, y echándolo de la tierra donde Él mismo lo había colocado. Y ¿por qué? No por ellos, está claro, sino por el testimonio que quiso hacer llegar hasta lo último de la tierra. Quería limpiar el país de las desgracias que Su pueblo había cometido

"conforme a todas las abominaciones de las naciones que Jehová había echado delante de los hijos de Israel" (1R.14.24, RV), y así empezar a deshacer el daño hecho por el pecado de Israel. Quería que las naciones supiesen que Él era Dios. Aunque hablen de una época futura, las palabras de Isaías hacen eco de este sentimiento: "Yo les daré una señal: dejaré que escapen algunos y los enviaré a las naciones [...] a los lejanos países del mar que nunca oyeron hablar de mí ni vieron mi gloria; ellos anunciarán mi gloria entre las naciones" (66.19, DHH).

Setenta años después del comienzo del cautiverio, cuando de nuevo reuniría a un remanente de Israel de entre las naciones donde había sido esparcido, tampoco lo haría por amor a ellos. Otra vez el motivo principal de la acción de Dios es el testimonio de Su gloria ante las naciones: "Lo que voy a realizar no es por causa vuestra, israelitas, sino por mi santo nombre, que vosotros habéis ofendido entre las naciones a donde habéis ido. Yo mostraré ante las naciones la santidad de mi gran nombre, que habéis ofendido entre ellas; y cuando lo haga, reconocerán que yo soy el Señor. Yo, el Señor, lo afirmo" (Ex.36.22,23, DHH). Incluso el retorno de esta minoría a la tierra prometida tenía como meta demostrar a las naciones que Yahweh era Dios, capaz de hacer lo imposible a sus ojos, y digno de ser adorado por todos.

Entre estos dos momentos - la comisión dada a Abraham (y a través de él a todo Israel), y el establecimiento de Israel de nuevo en Palestina después del cautiverio - el Antiguo Testamento es la historia del deseo de Dios de bendecir a Su pueblo, para que a su vez se convirtiese en canal de bendición a los pueblos del mundo. Es una lucha constante contra la tendencia humana al egocentrismo y su homólogo nacional, el etnocentrismo. Pero allí está. Vez tras vez nos encontramos con un Dios que desea moldear a Su pueblo para ser vehículo capaz de llevar su mensaje a las naciones, y con un pueblo al que sólo parece interesar el autobombo.

Es un relato lleno de momentos de desesperación cuando todo parece perdido. Entre éstos encontramos el reino de Manasés, quien llevó a Israel "a actuar con más perversidad que las naciones que el

Señor había aniquilado entre los israelitas" (2R.21.9, DHH). Ezequiel 23 es una obra maestra de reprensión a Israel: a Dios ya le dio asco de su pueblo, y por boca de Su profeta les lanza toda una invectiva llena de lenguaje hasta algo grosero (v.20), a tal punto había llegado su pecado. "¿Te parecía poco haberte convertido en prostituta, que además sacrificaste a mis hijos entregándolos a morir quemados en honor de esos ídolos?" les pregunta con evidente enojo (Ez.16.20,21, DHH).

Sin embargo, también hay momentos de inspiración tremenda, cuando por lo menos algunos representantes de las naciones paganas entran a disfrutar de una relación viva con Yahweh. El Éxodo es un acontecimiento de "guerra espiritual a nivel estratégico", como se diría hoy en día, cuando Dios ejecutó sus juicios contra todos los dioses de Egipto (Éx.12.12), y que se saldó con la salvación de "muchísima gente de toda clase" (Éx.12.38, DHH) que acompañaron a los Israelitas y se integraron plenamente en la vida de la nación. Al entrar en la tierra prometida, Rahab es la primera que se incorpora a Israel, llegando a figurar en la genealogía del Mesías, si es que se habla de la misma Rahab (Mat.1.5), lo que es más que probable.

Otra mujer gentil también se mete en el linaje del Señor Jesucristo: Rut. No sólo es gentil, sino moabita. Demostró una conversión genuina, y fue aceptada entre los Israelitas, a pesar de la clara prohibición contenida en Deuteronomio 23.3: "los moabitas no serán nunca admitidos en la congregación del Señor, ni aun después de la décima generación" (DHH). ¿Y decimos que en los tiempos del Antiguo Testamento eran legalistas!? Me pregunto en cuántas de nuestras iglesias habría sido aceptada como miembro...

En los Salmos encontramos algunos de los indicios más elevados de la conciencia misionera de la nación de Israel. Yahweh es proclamado en canto como el Rey soberano de toda la tierra (47.8), quien juzgará a todas las naciones con justicia (9.8), y quien será adorado entre las naciones (22.27,28). Israel reconoce su deber no sólo de alabarle en sus propias congregaciones, sino delante de las naciones (18.49), y aun más, de proclamarle a todos los pueblos (105.1). Los salmos contienen un

mensaje evangelístico directo (47.1), e incluyen oraciones por el cumplimiento de la promesa de Dios con respecto a las naciones (72.19). Los Salmos 96 y 67 son ejemplos de dos salmos altamente "misioneros", representativos del sentimiento encontrado en el libro entero.

Aunque no les queda más remedio que dirigirse al pecado de su propia nación, los profetas demuestran su deseo de dar a conocer a Su dios entre las naciones. Capítulo tras capítulo es dedicado a mensajes de corrección y reprensión por su pecado, llamándolas a rendirse a Yahweh, el único Dios verdadero (por ejemplo Isaías 13-21,23; Jeremías 47-51; Ezequiel 25-32; el libro entero de Daniel y de Nahum, entre otros pasajes esparcidos por los profetas). Y ¿qué decir de Jonás, un libro dedicado al amor que Dios tiene a la ciudad más importante de la tierra en aquel entonces? En muchos sentidos quizás no fue Jonás un misionero ejemplar - aunque hay que destacar que *todo* Ninivé se convirtió por su predicación -, pero no se trata de esto, sino de la revelación del corazón de Dios para con las naciones. ¡Y Daniel hasta incluye un capítulo entero escrito por un rey pagano, convencido y convertido a la adoración de Yahweh, pero un no judío!

Cuando en Malaquías el telón baja por última vez en la voz profética de Dios en el Antiguo Testamento, Dios aun tiene por qué quejarse al contemplar el compromiso de su pueblo. "¡Ojalá alguno de vosotros cerrara las puertas del templo, para que no volvierais a encender en vano el fuego de mi altar! Porque no estoy contento con vosotros ni voy a seguir aceptando vuestras ofrendas." Pero puede añadir: "En todas las naciones del mundo se me honra; en todas partes queman incienso en mi honor y me hacen ofrendas dignas. En cambio, vosotros me ofendéis..." (1.10-12, DHH). Israel sigue empeñado en lo suyo, y parece incapaz de cambiar, pero el nombre de Dios ha sido glorificado entre las naciones. ¡Qué maravilla! ¡Alabado sea Dios!

¡¿Y decimos que el Antiguo Testamento no tiene mensaje misionero?! Quizás no leemos textualmente, "Escuchad, o Israel - debéis evangelizar a las naciones, y hacer un esfuerzo de contextualizar

vuestra fe para que todas las naciones puedan participar junto con vosotros de la bendición de conocerme". Pero el mensaje está allí, plasmado a través de las páginas de la historia de un pueblo que no quiso ser vasija de bendición de Dios a las demás naciones.

¿Y nosotros? ¿Qué nos mueve? ¿Llegar a ser un pueblo numeroso? ¿Guardar las fronteras de nuestra particular "tierra prometida"? ¿Mantener nuestras formas de culto, aun si se pierde el corazón? ¿O ser una bendición a las naciones de la tierra? ¿Estamos dispuestos a ser esta vasija, sea cual sea el precio a pagar? "¡Señor, bendícenos, para que las naciones reciban de ti a través nuestro!"

Os cuento un secreto: he visto el final de la película; sé cómo termina la historia. Allí en ese tremendo ambiente de adoración dirigida al que está sentado en el trono y al cordero durante toda la eternidad, habrá representantes de toda lengua, toda nación, toda tribu, todo pueblo. ¡Allí estarán! ¡Las naciones conocerán a nuestro Dios!

El plan de Dios no está en juego - lo que se debate es nuestra participación. Dios será glorificado, de esto no cabe duda. La cuestión es cómo. "Estas cosas sucedieron como ejemplo para nosotros" (1Cor.10.6, RV): en el Antiguo Testamento tenemos el ejemplo de Israel, escogido para un propósito que no cumplió. Y Dios tuvo que levantar a otros, tú y yo, para ejecutar esa tarea. Aprendamos de esas "cosas viejas", pidamos a Dios imbuir nuestros corazones con Sus prioridades, y cumplamos con su deseo de ver Su gloria extendida entre las naciones.

15: Comamos y bebamos, que mañana moriremos

Estoy seguro de que conocéis la vieja anécdota que trata de un hombre que estaba buscando dirección de parte de Dios. Así que, en buen estilo evangélico, se volvió a la Palabra de Dios, se cerró los ojos en oración durante unos instantes, y luego abrió la Biblia al azar. Colocó el dedo en algún punto de la página, esperando encontrar la guía que tanto necesitaba, y ...

"Entonces Judas fue y se ahorcó" decía el texto.

"Vaya, ¿qué querrá decirme el Señor con esto? Vamos a intentar otra vez." Otra pequeña oración, otra vez abrió su Biblia, y de nuevo apuntó con el dedo en la página abierta. "Ve, pues, y haz tú lo mismo."

"¡Dios mío! No querrás que yo... ¿no? Te pido una confirmación." Y algo asustado, el pobre creyente volvió a repetir su ceremonia de búsqueda de dirección divina. La respuesta fue aplastante y clara.

"Lo que vas a hacer, hazlo pronto."

Como se ve en esta anécdota mítica, una cosa es afirmar que la Biblia es la Palabra inspirada e infalible de Dios, otra cosa por completo es saber entenderla, interpretarla, y manejarla de manera adecuada. Muchos afirman la inspiración de la Biblia, pero son muy pocos los que saben dar una aplicación correcta a esta Palabra inspirada en las situaciones en las que vivimos hoy en día. Claro que la Biblia está inspirada por Dios - pero ¿qué significa? ¿Qué uso podemos hacer de ella? ¿Bajo qué circunstancias nos es lícito exclamar con fe y alegría: "Comamos y bebamos, que mañana moriremos" (Is.22.13)? Y ¿cómo hemos de entender ciertas afirmaciones que encontramos en las Sagradas Escrituras?

La Biblia, por ejemplo, contiene algunas de las palabras del

mismísimo Satanás. "Yo te daré todo si te arrodillas y me adoras" (Mt.4.9) son palabras de Satanás al Señor Jesucristo. ¿Hemos de creer que estas palabras en la boca del diablo fueron inspiradas por Dios? O ¿es más bien que el hecho de que estén incluidas en la Palabra de Dios es lo que es inspirado?

Luego nos encontramos con algunas de las palabras de los "amiguetes" de Job (y con amigos así, ¿¿quién necesita tener enemigos?!). Dicen algunas verdaderas barbaridades - "Seguramente tus hijos pecaron contra Dios, y él les dio su castigo merecido" dice Bildad, demostrando su sensibilidad y compasión ante el sufrimiento ajeno (Jb.8.4). Zofar le desea desgracias aun mayores al afirmar: "Así verías que Dios no te ha castigado tanto como mereces" (11.6), y Elifaz tampoco entiende los pensamientos de Dios acerca de Job, asegurándole que "Tu mala conciencia hace que hables así y que uses palabras engañosas. No hace falta que yo te acuse, pues tu propia boca te condena" (15.5,6). Como remate, Eliú pone a Job como un verdadero trapo al decir: "¡No hay nadie como Job! Se burla de Dios como quien bebe agua; le gusta juntarse con mala gente... 'Job está hablando sin sabiduría; sus palabras no tienen sentido. ¡Que se examine a fondo a Job, pues sus respuestas son las de un malvado! Job no sólo es pecador, sino rebelde; delante de nosotros se burla de Dios y se pone a discutir con él.'" (34.7,8,35-37).

Todas estas afirmaciones son "bíblicas", indudablemente inspiradas por Dios puesto que se encuentran entre las páginas de la Biblia. Pero de ningún modo podemos considerar que su *contenido* fuera "inspirado", o que representen pensamientos o actitudes "inspirados". A decir verdad, en el caso de los comentarios de los amigos de Job, éstos contradicen directamente las palabras del Altísimo a Satanás en el primer capítulo: "¿Te has fijado en mi siervo Job? No hay nadie en la tierra como él, que me sirva tan fielmente y viva una vida tan recta y sin tacha, cuidando de no hacer mal a nadie." (1.8) Son reflejos de un razonamiento humano torcido, que se hallan en el registro bíblico para enseñarnos cómo *no* debemos pensar, actuar y hablar.

Cuando aprendemos a leer la Biblia así, descubrimos numerosos textos que nos revelan mucho más acerca del estado del corazón de sus locutores que de la voluntad de Dios para nosotros. De hecho, el diablo y los amigos de Job no son los únicos que dejan rastro de sentimientos no muy "inspirados" dentro de un relato cien por cien "inspirado".

Consideremos el liderazgo ejercido con una disciplina piadosa de Neemías: "Discutí con ellos y los maldije. A algunos de ellos los golpeé y les arranqué el pelo" (Ne.13.25). ¿Representa un ejemplo a ser imitado por el líder cristiano de hoy? Veamos otro líder destacado de Israel. En un momento de suprema locura teológica, o quizás de conveniencia política, Aarón hizo un becerro dorado a los israelitas y les prometió una "fiesta en honor del Señor" mientras gritaban "¡Israel, éste es tu dios, que te sacó de Egipto!" (Éx.32.1-5). O ¿qué tal el profundo grado de compromiso que demuestra Jacob hacia su Dios, al prometerle "Si Dios me acompaña y me cuida en el viaje que estoy haciendo; si me da comida y vestido, y si regreso sano y salvo a la casa de mi padres, entonces el Señor será mi Dios" (Gén.28.20,21). ¡Su magnanimidad hacia su creador parece no conocer límites!

Así que toda la Biblia es inspirada, pero no por ello podemos sacar frases de ella y mantener que representan un pensamiento divino. Al contrario, cada frase debe considerarse dentro de su contexto y el propósito por el cual se incorporó en la Biblia. Con esto en mente, volvamos nuestra atención al libro de los Salmos.

Sí, los Salmos, ese libro de oraciones y alabanzas que tanto se aprecia entre los creyentes. Es el "himnario cristiano" escrito no por Isaac Watts ni Carlos Wesley, ni otro de los grandes compositores de himnos de la historia de la iglesia, sino por Dios mismo. (De hecho, durante muchos años varias tradiciones cristianas no permitieron el uso de "alabanzas" que no fuesen los salmos mismos, prefiriendo cantos de autoría divina a otros meramente "humanos".) Muchos creyentes encuentran consuelo y fortaleza en sus versos. ¡Cuántos han cobrado confianza del famosísimo Salmo 23, o gozado de la seguridad que nos transmite otro: "¡Su fidelidad te protegerá como un escudo! No tengas

miedo... pues mil caerán muertos a tu izquierda y diez mil a tu derecha, pero a ti nada te pasará" (91.4,5,7)! Se consideran "oraciones modelos", desde luego "inspiradas", que dan al creyente pistas sobre cómo expresarse delante de Dios.

Pero sólo la tercera parte de los Salmos de la Biblia pueden calificarse como salmos de "confianza". La mayoría expresa más bien angustia, pena, conflicto, sufrimiento, injusticia, deseo de venganza, o sentimientos de lejanía de Dios. ¿Cómo deben entenderse estos salmos? ¿También pueden usarse como oraciones modelos? Cuando experimento un trato injusto por parte de un vecino o un patrón, ¿puedo hacer mías las palabras del salmista, cuando dice: "¡Haz que se queden ciegos y que siempre les tiemblen las piernas!" o "¡Que caigan sobre ellos carbones encendidos; que los arrojen a pozos de donde no salgan más !" (69.23; 140.10)?

¿Qué hacemos con tales afirmaciones? ¿Podemos leerlas de la misma manera que solemos leer los salmos "más bonitos", es decir, como expresiones del corazón divino? O ¿son exclamaciones exageradas de hombres dolidos y espantados? Vistas a la luz de toda la revelación bíblica, del perdón y la misericordia que Dios desea que tenga su pueblo, aun para con sus enemigos, no pueden ser consideradas como oraciones "aceptables" delante de Dios. Sin embargo, allí están, parte de la Biblia inspirada.

Quizás la mejor manera de entender estos salmos es como una faceta muy real de la oración - la lucha del individuo con sus circunstancias, clamando a Dios, dando expresión totalmente desinhibida de los sentimientos más profundos que atormentan el ser. En la presencia de Dios todo está permitido - la rabia (contra quien sea, incluyendo al mismo Señor), la impotencia, la angustia, la exultación y el desengaño, la cara y la cruz de la vivencia humana. Emociones nada "bonitas" existen - las experimentamos, y el creyente puede y deber tener total libertad para derramar su corazón, por podrido que sea, delante de Dios.

Teológicamente hablando, sabemos que Dios nos ha dicho "Nunca

te dejaré ni te abandonaré" (Heb.13.5 - y el griego usa una construcción de un "negativo doble" que tal vez se traduce mejor: "no, nunca te dejaré, ni tampoco te abandonaré nunca"). Dios está con nosotros, y de ello no tenemos duda alguna. Sin embargo, a veces nuestro corazón siente un vacío enorme, como si Dios estuviera a mil años luz de este planeta, y encima nosotros fuésemos menos importantes a sus ojos que el gusano más insignificante. En momentos así hacemos nuestras las palabras del salmista: "Señor, ¿por qué te quedas tan lejos?, ¿por qué te escondes en tiempos de angustia?" (10.1), o, con más atrevimiento aun, "Señor, ¿hasta cuándo me olvidarás? ¿Me olvidarás para siempre? ¿Hasta cuándo te esconderás de mí?" (13.1).

En verdad Dios no está lejos - pero en momentos de nuestra experiencia sí lo está, o por lo menos, así lo sentimos. No podemos hacer que la "inspiración" de estos salmos nos lleven a afirmar que de verdad nos hubiera abandonado. ¡Claro que no! Más bien, su "inspiración" radica en que, en su enorme bondad, Dios nos permite así compartir las luchas reales de creyentes de antaño, para que su franqueza e importunidad a la hora de clamar a su Dios nos inspiren algo de esta misma honestidad y transparencia. Por supuesto que los salmos fueron inspirados por Dios, pero como revelaciones de las profundidades del ser humano, más que indicaciones del deseo supremo de Dios.

Consideremos un salmo en particular, que nos acerca más al tema central de este libro - el salmo 137. Es un salmo que repugna al lector sensible, y que, hasta entender la particular "inspiración" divina de los salmos, parece estar sin pies ni cabeza. Su último versículo ha producido un trauma a más de uno, y con razón. ¿Cómo puede el versículo 9 representar lo que Dios busca para un pueblo ignorante de su gracia: "¡Feliz el que agarre a tus niños y los estelle contra las rocas!"?

Antes de intentar entender más de cerca lo que nos puede enseñar este versículo con su agónico grito de venganza, leamos todo el salmo para colocarlo en su contexto, e intentar meternos en la historia patética de sus autores:

Sentados junto a los ríos de Babilonia, llorábamos al acordarnos de Sión.

En los álamos que hay en la ciudad colgábamos nuestras arpas.

Allí, los que nos habían llevado cautivos, los que todo nos lo habían arrebatado,

nos pedían que cantáramos con alegría; ¡que les cantáramos canciones de Sión.

¿Cantar nosotros canciones del Señor en tierra extraña?

¡Si llego a olvidarte, Jerusalén, que se me seque la mano derecha!

¡Que se me pegue la lengua al paladar si no me acuerdo de ti, si no te pongo, Jerusalén, por encima de mi propia alegría!

Señor, acuérdate de los edomitas, que cuando Jerusalén cayó, decían:

"¡Destruyanla, destruyanla hasta sus cimientos!

¡Tú, Babilonia, serás destruida! ¡Feliz el que te dé tu merecido por lo que nos hiciste!

¡Feliz el que agarre a tus niños y los estelle contra las rocas!

"¡Feliz el que agarre a tus niños y los estelle contra las rocas!"

¿Qué es lo que puede llevar al pueblo de Dios a desear esta suerte a sus enemigos? Sin por ningún momento justificar semejantes actitudes bárbaras, ¿cuáles fueron las experiencias que llevaron a los cantantes de alabanzas de Israel a lanzar voces de odio, en lugar de cantar con alegría canciones de Sión, y llenar sus "salmos" - vehículos de loor a Yahweh - con clamores por venganza?

Como vimos capítulos anteriores, el pueblo de Israel había llegado a empantanarse en los asuntos del mantenimiento de su propia maquinaria estatal, y perdido de vista el *por qué* de la bendición divina. Pero Dios no se deja frustrar, y había permitido lo impensable - naciones bárbaras, feroces, injustas e impías, habían inundado la tierra de Israel, y la habían arrasado por completo. Primero las tribus del norte, bajo la mano de los Asirios, y luego Judá, al ser conquistada por el imperio de Babilonia, habían caído bajo el dominio de reinos gentiles.

Y ¡no hubo nada "gentil" en estas conquistas! Las guerras de aquel entonces no se jugaron según las reglas de guerra "justas" que hoy en día se recomiendan en los conflictos bélicos. (¡Que utópico! - pensar que matar, machacar a un pueblo hasta que se rinda a los pies de una potencia mayor, sembrar el pánico entre los fragmentos de metralla y restos humanos que vuelan por los aires - que todo esto puede hacerse según "reglas de conducta de caballeros", vamos... parece que no entendemos hasta qué punto el pecado ha penetrado en el corazón del ser humano.)

Las guerras son horribles, y siempre lo han sido. Historias de sangre, muerte, separación, opresión, traición, rapiña y violación. Y la caída de los reinos de Israel y Judá no fue distinta. Sin duda se cumpliría la profecía sangrienta de Oseas en contra del reino del norte: "El pueblo de Samaria llevará su castigo por haberse rebelado contra Dios. Morirán a filo de espada, sus niños serán estrellados contra el suelo, y las mujeres embarazadas serán abiertas en canal." (13.16)

No habría sido distinto para la nación de Judá. Ya 150 años antes los Asirios habían dejado a la entrada de la ciudad de Laquis pirámides de cabezas cortadas, como acostumbraban a hacer como advertencia a los que estaban tentados a la rebelión. Y fueron vencidos en el asedio de Jerusalén sólo por la intervención directa de Dios (ver Is.37). Pero esta vez no hubo liberación de última hora. El juicio de Dios anunciado por el profeta Jeremías, vislumbrado con desesperación por el profeta Habacuc, se llevó a cabo. La "ciudad santa" cayó, su muralla fue derribada, y el mobiliario llevado a Babilonia. La mayoría de la población sufriría el mismo destino que sus hermanos israelitas anteriormente, aparte del pequeño remanente que se escapó a Egipto, los que fueron dejados para cultivar la tierra, y los demás que fueron llevados al cautiverio en la capital de Babilonia.

Allí, "sentados junto a los ríos de Babilonia", los pocos supervivientes intentaron reconstruir su vida y comunidad destruidas. Pero cataclismos de este índole no pueden dejarse en el pasado así por las buenas, y sin más. En estas circunstancias no es tan fácil correr un

tupido velo sobre el pasado y mirar hacia el futuro. Como afirman los psicólogos, cualquier catástrofe deja secuelas en sus víctimas, que durante años sufren pesadillas, ansiedad, y repeticiones vivas de la tragedia. Los que habían visto las cabezas de sus pequeñitos aplastadas sobre los muros, los vientres de sus mujeres o hijas embarazadas abiertos con rudas espadas, y la vasta mayoría de sus familiares y amigos tendidos muertos entre los restos de la ciudad saqueada, ahora tenían que vivir entre esos asesinos.

Para colmo, ahora les pedían que cantaran "alabanzas bonitas", con palmas y alegría, pero en honor de los dioses de Babilonia. ¡¿Cómo se atreven?! ¿Cómo iba a olvidarse un judío de lo sucedido? E invocaban todo tipo de maldición sobre sí mismos para vivir de manera aun más real su dolor y privación.

Y ¿estos paganos bárbaros? ¡Que se pudran! ¡Que vayan al "sitio que merecen"! Y, como los familiares de los terroristas suicidas que saltan de alegría al ver los cuerpos desmembrados de judíos esparcidos por la plaza de un mercado de Tel Aviv, así se regocijarían en cuanto alguna nación fuera capaz de imponerse sobre Babilonia y tratarla con la misma o mayor brutalidad. "¡Feliz el que agarre a tus niños y los estrelle contra las rocas!"

Ahora bien, no pensemos que Dios aprueba las actitudes representadas en este salmo. Su inclusión nos dilata lo profundamente dolido que puede sentirse el ser humano, y la fuerza del deseo de venganza que lleva, un deseo que por supuesto impide el fluir del evangelio de perdón. Lo vemos en Simeón y Leví, al engañar a Siquem y sus compatriotas y vengarse de la defloración de su hermana. Lo vemos siglos más tarde en Jonás, al preferir la destrucción de Ninivé, capital del imperio asirio enemigo de Israel, a su arrepentimiento y restauración. Lo entendemos, y quizás lo vemos hasta normal.

Pero Dios no lo considera "normal", ni mucho menos, y no puede dejar a su pueblo en este estado de amargura e ira resentida. Él que clamó de la cruz "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen" desea reproducir esta misma capacidad en su pueblo. Su propósito al

llevarlos a vivir entre las naciones era otro, y poco a poco iría sanándolos para que llegasen a perdonar, y hasta desear el bien para sus captores.

Y así fue. Sin duda bajo la influencia de las palabras proféticas de Jeremías registradas en el capítulo 29 (ver especialmente los versículos 4-7, 10-14) empezaron a tomar su lugar en las ciudades de su destierro, y entendieron que Dios los tenía allí para revelar su gloria a las naciones. El próximo salmo, el 138, revela algo del cambio de 180 grados que llegó a producirse en el seno de la comunidad judía en Babilonia: "Te daré gracias, Señor, de todo corazón; te cantaré himnos delante de los dioses... Todos los reyes del mundo te alabarán al escuchar tus promesas. Alabarán al Señor por lo que ha dispuesto, porque grande es la gloria del Señor." (138.1,4,5)

El Antiguo Testamento no nos deja detalles de la recuperación de la visión misionera del pueblo de Israel, y tampoco podemos afirmar tajantemente que este u otro salmo con contenido altamente "misionero" datasen de después de este período. Pero los resultados son palpables al llegar a los tiempos del Nuevo Testamento. Aunque seguía habiendo corrientes fuertes en contra de la ocupación de la tierra prometida, eran muchos los judíos que, instalados en las diversas ciudades del imperio romano, allí daban testimonio eficaz de la supremacía de su adoración monoteísta de Yahweh. El libro de los Hechos refleja este hecho en la incorporación de muchos "que temían a Dios" a la adoración judía en las sinagogas. De la desgracia del destierro había emergido el testimonio misionero, y las naciones iban siendo preparadas para la predicación del evangelio de la gracia en Jesús.

¿Y nosotros qué? Quizás nunca hayamos sufrido las tremendas desgracias del pueblo de Israel del siglo VI antes de Cristo. Quizás no encontramos, por lo tanto, estas actitudes tan arraigadas en nuestro corazón. Sin embargo, si somos honestos, debemos reconocer lo fuerte que es nuestro etnocentrismo, y lo poco que nos preocupamos por la extensión del testimonio bíblico entre las naciones, especialmente éstas que de alguna forma consideramos "distintas", o "difíciles".

Los israelitas sufrieron todo esto en sus propias carnes, y dieron rienda suelta a su rencor. Pero también supieron responder al llamado insistente de su Dios, y llegaron a ser su portavoz a las naciones. Sin haber sufrido nada semejante, nosotros mantenemos actitudes de superioridad y desprecio hacia pueblos cuya única culpa es ser diferente a nosotros. Recordemos, no sólo es asesino aquel que mata, sino aquel que rehusa dar vida. Si el Señor ve al que dice "insensato" a su hermano como al que asesina, y al que mira con deseo a una mujer como al que de hecho se acuesta con ella, ¿somos en realidad distintos del pueblo amargado de Israel? No llegamos a desearles la misma suerte que el salmista, pero, al rehusar permitir que su necesidad rompa el muro de nuestra indiferencia, y al cerrarles la puerta al conocimiento del único mensaje de salvación, ¿no les estamos privando de un futuro más envidiable?

No temamos abrir el corazón en la presencia de Dios, y descubrirle lo peor de lo peor de lo que pensamos y sentimos. Pero tampoco nos quedemos allí. Dejemos que su Espíritu vaya abriendo vías nuevas en nuestro ser y en nuestras iglesias, acercándonos a las naciones que necesitan lo que sólo nosotros podemos darles - el evangelio de perdón y vida que hay en Jesucristo. ¡Que de la dureza de nuestro corazón puedan fluir ríos de bendición a las naciones!

"Naciones y pueblos todos, alabad al Señor, pues su amor por nosotros es muy grande, ¡la fidelidad del Señor es eterna! ¡Alabado sea el Señor!" (Salmo 117)

16: Sin Comentario

Nos acercamos ya al final de nuestro recorrido juntos por las páginas de nuestras Biblias. Mucho ya se ha dicho, pero me queda todavía un asunto por comentar: los comentarios que suelen acompañar a nuestras Biblias, especialmente las de estudio. Antaño, las Biblias no llevaban comentario alguno; presentaban un texto "limpio", con apenas unas pocas referencias al pie de la página. Pero somos modernos, y no nos basta tener acceso a concordancias, comentarios y libros de referencia en casa - queremos tener todo lo posible junto con nuestro texto bíblico.

La primera en popularizarse fue la Biblia de Schofield, una obra maestra repleta de comentarios e interpretaciones bíblicas. Le siguió la Thompson, otro tomo impresionante, con un aparente sinfín de información interesante, especialmente útil al pastor para poder producir un sermón instantáneo. Arqueología bíblica, referencias encadenadas, bosquejos, estudios de personajes claves y por temas, gráficos históricos, y un largo etcétera. Y todo en un solo volumen. Parecía que cuanto mayor era la Biblia, cuanto más espiritual era el predicador - el peso de la Biblia era la medida indiscutible de la estatura cristiana de uno. La edición de bolsillo se reservaba para aquellos creyentes que preferían esconder su luz debajo de un almud, por así decirlo.

Desde entonces se ha agregado toda una plétora de Biblias de estudio para todos los gustos y convicciones teológicas, y la de Schofield ya se reserva mayormente para los creyentes más dados al dispensacionalismo, sistema de interpretación bíblica que se refleja en sus notas. Tenemos la Biblia del discípulo (y los demás, ¿qué somos entonces?), la Biblia de vida, la Biblia Plenitud, ediciones de estudio para cada una de las traducciones distintas, la Biblia de Estudio Pentecostal, la Biblia día por día, la Biblia devocional, la Biblia "judía"

que preserva matices del idioma original y de la tradición judía, entre muchas otras. Aun la Biblia más sencilla hoy en día suele traer una introducción a la Biblia en sí, a los dos Testamentos, e incluso a cada libro.

Ahora bien, nadie pretende que estas ayudas contenidas en nuestras Biblias fuesen inspiradas. Gracias a Dios todavía no hemos alcanzado el grado de espiritualidad de José Smith, fundador de los Mormones; ¡para que la Biblia cuadrara mejor con su doctrina particular, publicó una versión "corregida" del texto bíblico inglés de la versión "King James", cuyas correcciones sí se consideran inspiradas! No. Todas tienen como meta ayudar a nuestro estudio de la Biblia al proporcionarnos información relevante para poder comprender mejor lo que estamos leyendo. Son herramientas a nuestra disposición para crecer más como creyentes, meras "ayudas".

No pretenden imponer una interpretación sobre el texto bíblico, pero invariablemente terminan por hacerlo. Es el caso en especial de Biblias de estudio con un énfasis doctrinal o denominacional particular. Comentando distintos versículos, presentan las interpretaciones de aquellas Escrituras que se usan para fundar su posición teológica, normalmente sin mayor comentario. Es así, como si se nos dijera: "Lo vemos de esta manera, y es el significado definitivo de este texto o pasaje". Pocas veces se presentan las alternativas que ofrecen otras ramas del cuerpo de Cristo.

Aun sabiendo que no forman parte del texto inspirado, el hecho de estar incluidos entre las tapas de la Biblia induce al lector a una confianza desmedida en su contenido, y tiende a leerlos sin hacer gran uso de sus facultades críticas. Si lo han puesto en la Biblia, debe ser correcto, ¿no? Después de todo, el escritor será alguien de confianza, que sabe; por eso es él quien ha escrito, y soy yo quien está leyendo. Su palabra va a misa, si se me perdona la expresión. Rara vez se adopta la actitud de los Bereanos, quienes escucharon la enseñanza del apóstol Pablo, pero "escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así" (Hech.17.11, RV).

Todos nos dejamos influir por la enseñanza de los demás, ¡y cuanto más si esta enseñanza se presenta junto con nuestra Biblia! Somos formados no sólo por la Palabra de Dios y la obra del Espíritu Santo en nuestras vidas, sino también por el proceso de discipulado, en el cual llegamos a ser imitadores de otros. Dios nos ha hecho con una capacidad tremenda de "absorción" de lo que vemos y escuchamos en los demás. Somos "esponjas" por naturaleza. ¿Cuántos no hemos visto el vivo reflejo de nuestros peores hábitos en nuestros hijos? Lo que hacen los niños al emprender su camino de socialización es repetido en el creyente al nacer de nuevo. Observa muy de cerca a su familia, y adopta los rasgos de sus hermanos y padres en la fe.

Es un mito pensar que creemos lo que creemos porque lo hemos estudiado y hemos llegado a estas conclusiones personales desde una perspectiva de pura objetividad bíblica. ¡Seamos honestos! Somos pocos los que nos hemos dedicado a examinar las bases de nuestra posición teológica, acto que debe incluir una mirada detenida a los argumentos de los que han llegado a otras conclusiones. Y aun cuando lo hacemos, no podemos deshacernos así de fácil del fundamento que ya se ha colocado en nuestra vida cristiana. Los comentarios en nuestras Biblias pueden servir para reforzar estas posiciones, e incrementar la distancia entre hermanos en la Iglesia de Cristo.

¿Por qué cree un miembro de una iglesia pentecostal que el hablar en lenguas es la única señal del bautismo en el Espíritu Santo? ¿Por qué acepta este don un presbiteriano renovado, pero no como señal de una experiencia pasada? ¿Y por qué rechaza las lenguas completamente un creyente nutrido en el dispensacionalismo? Como bien dice el doctor Jack Deere en su libro "Sorprendido por el Poder del Espíritu": "A través de los años he observado que la mayoría de lo que los Cristianos creen no procede de su propio estudio paciente y cuidadoso de las Escrituras. La mayoría de los Cristianos creen lo que creen porque maestros piadosos y respetados les dijeron que era correcto" (traducción mía).

Lo queramos o no, como consecuencia de lo que nos han enseñado o

hemos leído, desarrollamos un filtro o "criba" por el cual leemos e interpretamos la Biblia. Nos es sumamente difícil eliminar este filtro, o aun quitárnoslo durante un período limitado para poder entender la posición de otro hermano, o para poder realizar un estudio algo menos parcial de las Escrituras. Sin embargo, es primordial si queremos comprender la Palabra de Dios, escrita a otras gentes con otras mentalidades en otros tiempos, y si queremos crecer en nuestro entendimiento de Dios, revelado a través de toda la variedad presente en la Iglesia actual. Asimismo nos será necesario si vamos a desarrollar la sensibilidad y flexibilidad requeridas para poder dar expresión al Evangelio eterno en las multiformes culturas del mundo.

La presencia constante de notas de estudio que refuerzan una posición teológica particular, puede conllevar una disminución en nuestra capacidad de entender otros puntos de vista, y verdades de su Palabra que van más allá del alcance de estos comentarios. También corremos el peligro de ya no leer y meditar en el texto bíblico en sí, con el enriquecimiento y acercamiento a Dios que suponen, sino de leerlo únicamente en conjunción con la interpretación ofrecida por los editores de nuestra Biblia. Le ponemos difícil al Señor hablarnos o abrir nuestra mente a nuevas perspectivas si nunca le permitimos hablarnos sin estas interrupciones impresas o callamos el susurro de su voz con el clamor y barullo de opiniones humanas.

No es que las interpretaciones ofrecidas en estas notas fuesen heréticas o aun incorrectas. Normalmente son el producto de estudio dedicado de parte de hombres y mujeres ungidos por Dios, y son sensatas y equilibradas. Pueden contribuir de forma altamente positiva a nuestro entendimiento de la Palabra de Dios. No obstante, su inclusión en paralelo al texto inspirado frena nuestra libertad de dejar al mismo Autor de la Biblia ofrecernos sus propios comentarios. Nos quedamos presos de una interpretación concreta, y sordos a todo lo que podría querer decirnos el Señor a través de estos textos.

Basta ya de generalidades; vayamos a un caso específico - Hechos 1.8. Es el texto que dicta el tema central del libro entero de los Hechos,

el eje alrededor del cual la historia de la Iglesia Primitiva gira. Merece un análisis cuidadoso. Tiene fama también como uno de los textos fundamentales para el movimiento pentecostal moderno, junto con algunos otros versículos claves de este mismo libro de los Hechos.

Habla del "nacimiento" de la Iglesia, de la entrada en escena de la tercera persona de la Trinidad. Aunque había estado presente con los discípulos (Jn.14.17), como con los santos de Israel (Ju.14.6; Sal.51.11), ahora llega a tener un protagonismo especial. Llena sus vidas a rebosar. Hechos 1.8 se vincula con la "promesa del Padre" mencionada por Jesús en el versículo seis, y con su cumplimiento literal al derramarse el Espíritu Santo en el capítulo dos. Sus efectos se ven en la actividad evangelística de los apóstoles en el poder del Espíritu a través de todo el libro.

Hasta aquí todos están de acuerdo, pero quedan unas preguntas trascendentes. ¿Cuál es su enfoque principal? ¿Qué nos comunica? ¿Cómo debe interpretarse? ¿Cuál es el énfasis principal que Dios quiere transmitir a su Iglesia por este texto? ¿La necesidad de una segunda experiencia personal después de la conversión, del bautismo en el Espíritu Santo? ¿El hecho de recibir poder cuando el Espíritu esté en nuestras vidas? ¿La importancia del testimonio, o del poder del Espíritu para dar testimonio? ¿Y qué lugar tiene eso de "Jerusalén, Judea, Samaria, y hasta lo último de la tierra?"

¿Qué nos dicen las notas de estudio de este versículo en la Biblia de Estudio Pentecostal, publicada por la Editorial Vida? Veamos parte del comentario extenso que se nos propone:

"1.8 **RECIBIRÉIS PODER.** Este es el versículo clave en el libro de Hechos. El propósito principal del bautismo en el Espíritu es el de recibir poder para testificar acerca de Cristo de manera que los perdidos lo acepten como su salvador y aprendan a obedecer todo lo que Él mandó. [...] El bautismo en el Espíritu traerá el poder personal del Espíritu Santo a la vida del creyente. [...] La obra principal del Espíritu Santo en testimonio y la proclamación es venir sobre los creyentes para que reciban poder y dar testimonio de la obra salvadora y de la

resurrección de Cristo. [...]

1.8 ME SERÉIS TESTIGOS. El bautismo en el Espíritu Santo no solo imparte poder para predicar a Jesucristo como el Señor y Salvador, sino también incrementa la eficacia de ese testimonio debido a una relación con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo que se fortalece y se profundiza al ser lleno del Espíritu [...] El bautismo en el Espíritu Santo da poder para testificar acerca de Cristo y produce convencimiento de culpa en cuanto a pecado, justicia y juicio en la persona perdida. [...] El bautismo en el Espíritu Santo puede dárseles solo a aquellos cuyo corazón se ha arrepentido de sus maldades y se ha vuelto a Dios [...] El bautismo en el Espíritu Santo es un bautismo en el Espíritu que es santo [...]"

Un total de más de 600 palabras, pero sin ninguna mención del significado de las naciones resaltadas en este versículo, ni de "lo último de la tierra". Enfoca la experiencia personal del creyente con el Espíritu Santo, y el poder que Éste trae a nuestras vidas para poder dar un testimonio eficaz de la persona de Jesucristo. Son comentarios correctísimos, pero la ausencia de alusión al plan divino para la evangelización mundial es una laguna de proporciones enormes. De hecho, el mismo concepto ni se menciona hasta la nota a Hechos 2.4, comentando la frase "llenos del Espíritu Santo," y con una escasa línea entre cientos de palabras dedicadas de nuevo mayormente a la experiencia personal del creyente con el Espíritu. "El Pentecostés es el inicio de las misiones mundiales" es lo único que se nos dice allí.

Repito, no hay nada malo en los comentarios arriba citados. Encajados dentro del esquema doctrinal de un sector de la Iglesia, ofrecen una aplicación equilibrada del significado del ser lleno del Espíritu Santo para el creyente, y la importancia del papel del Espíritu en la obra del testimonio. Pero dejan a un lado la idea de la expansión del Evangelio por el mundo conocido, idea que funciona como "principio organizador" del libro de los Hechos. Y al ofrecerse como comentario "definitivo" de este versículo, llegan a excluir esta idea potencial de la mente del lector, y le cierran la vista a una armonización

del libro de los Hechos, con su aplicación vista en el compromiso misionero hoy.

En Hechos 1.8, Lucas no sólo nos está hablando de la necesidad vital y personal de un encuentro con la persona del Espíritu Santo para nuestro bienestar como creyentes y nuestra eficacia en el testimonio individual. Además, ofrece un "esquema" del desarrollo de su relato del crecimiento de la Iglesia Primitiva, un anticipo del desenlace de la historia de la predicación del Evangelio por el imperio romano. Sirve como un "índice" o "tabla de contenido" para el resto del libro.

De mayor trascendencia aun, debemos hacer constar que no se trata sólo del capricho de un autor humano. ¡Hechos 1.8 sí está inspirado por Dios! Vislumbramos allí las prioridades del corazón de Dios. Pone de manifiesto su deseo de que el mensaje de salvación en Jesús no se quedara preso en un pueblo o zona geográfica, sino que alcanzara a toda la humanidad, hasta lo más lejano de esta tierra, y pasando incluso por los samaritanos, enemigos tradicionales de sus guardianes en este momento. Tampoco se permitiría a los discípulos, un puñado de galileos, pasar por alto la capital de la nación, Jerusalén, ni la región circundante de Judea, a pesar de sentirse despreciados y rechazados por sus habitantes. La pregunta de Natanael a Felipe al escuchar por primera vez de Jesús: La condenación "¿Acaso puede salir algo bueno de Nazaret?" (Jn.1.46) no se limitaba a esta ciudad en particular, sino que en la mente de los habitantes de Judea se extendía igualmente a toda la región de Galilea.

Es por ello que el ámbito de operación de los discípulos, una vez llenos del poder del Espíritu Santo, empieza en Jerusalén. Contrariamente a lo que escuchamos y enseñamos, *no* se trata del "hogar" de los discípulos - esto sería Tiberias, Capernaum, o Cesarea de Filipo. Con la excepción de Judas Iscariote, los discípulos de Jesús eran todos de Galilea, y la mayoría del ministerio de Jesús transcurrió en esta región. Después de la resurrección se encontró con ellos allí (Mat.28.7,10,16; Jn.21.1). Los que presenciaron su ascensión al cielo eran galileos (Hech.1.11). Sabiamente Jesús había empezado su

ministerio con personas de un único grupo étnico, pero formándoles para su ministerio transcultural futuro. Jerusalén no era para ellos su casa; más bien era el primer punto estratégico en su campaña de conquista mundial. Hablar hoy de "nuestro Jerusalén" como si fuera la ciudad donde vivimos es anular la intención claramente misionera de Jesús al instruir a sus discípulos así.

El libro de Hechos demuestra una selección cuidadosa de los datos a ser incluidos, y sólo relata lo esencial, únicamente lo que contribuye a su propósito central, el de demostrar el crecimiento de la Iglesia y su extensión por el imperio romano. Empieza con la "bomba" de Pentecostés en Jerusalén. ¿Quiénes son los "afectados" por esta explosión de poder divino? ¿Los sacerdotes y habitantes de la ciudad santa? ¡No! Dios escoge la fiesta de Pentecostés, fecha en la cual Jerusalén estaba de bote en bote con peregrinos de todos lados del mundo mediterráneo, para dar inicio a su Iglesia. Derrama Su Espíritu y los discípulos empiezan a hablar en otros idiomas, conforme el Espíritu les diera capacidad. Leamos cómo nos cuenta Lucas el efecto de este acontecimiento: "Por aquellos días había en Jerusalén judíos cumplidores de sus deberes religiosos, llegados de todas las partes del mundo. [...] cada uno oía a los creyentes hablar en su propia lengua. [...] ¿Cómo es que les oímos hablar en nuestras propias lenguas?" (Hech.2.5-8, DHH).

Ya sería suficiente, pero no. Lucas quiere rematar la faena, y asegurar que el lector haya captado lo que Dios quiere comunicarnos, así que sigue: "Aquí hay gente de Partia, de Media, de Elam, de Mesopotamia, de Judea, de Capadocia, del Ponto y de la provincia de Asia, de Frigia y de Panfilia, de Egipto y de las regiones de Libia cercanas a Cirene. Hay también quienes vienen de Roma, tanto judíos de nacimiento como convertidos al judaísmo; y también los hay venidos de Creta y de Arabia. ¡Y todos los oímos contar en nuestras propias lenguas las maravillas de Dios!" (2.9-11, DHH).

¡Vaya lista! ¡Qué detallista! Da mención de estas naciones específicas para que veamos que el derramamiento del Espíritu Santo es

a favor de los pueblos del mundo. El primer impacto de las lenguas no fue para bendición personal, sino para testimonio a las naciones de la tierra, en señal del deseo desorbitado de Dios de que toda criatura escuchase el Evangelio. El Espíritu Santo viene al pueblo de Dios, y los pueblos del mundo son los primeros en recibir sus beneficios. Dios empieza Su obra como quiere que siga.

El relato de los Hechos procede de la misma manera. Los primeros capítulos cuentan la expansión del Evangelio en Jerusalén y los pueblos vecinos (2.41,47; 5.16; 6.1,7), el primer punto significativo en la expansión desde Galilea a Roma. A partir del capítulo ocho, Jerusalén ya no se menciona, al no ser por su influencia sobre lo que estaba pasando en otras regiones del mundo - Pedro y Juan bajan de Jerusalén a Samaria (cap. 8); Saulo es presentado a los apóstoles allí (9); Pedro vuelve a esa ciudad para dar un informe sobre su experiencia predicando el Evangelio a gentiles (11); Pedro es liberado de la cárcel en la capital de Judea y se nos presenta Juan Marcos (12); se celebra una asamblea allí para tratar con los que estaban estorbando la obra entre los gentiles (15), y finalmente Pablo llega a Jerusalén para ser apresado y emprender su viaje a la capital del imperio, Roma.

El libro de los Hechos no es un libro sobre la historia de la Iglesia, sino acerca de la expansión cristiana. No interesa el crecimiento numérico de las iglesias establecidas, sino la apertura de nuevos campos de acción. Una vez tomada Jerusalén, el enfoque cambia. Ya no es necesario contar lo que pasa allí, y sale de escena, junto con sus mayores protagonistas. Se nos introduce a un tal Saulo, y los creyentes empiezan a repartirse por Judea y Samaria, aunque fuera por motivo de una persecución (8.1). Estalla un avivamiento tremendo en Samaria, pero ni el mismo avivamiento debe frenar el avance misionero de la Iglesia - Dios toma a Felipe, la pieza central en la obra de Samaria, y lo manda a un lugar desierto, para predicar a un alto funcionario etíope. Habiendo creído, éste siguió su viaje, y según la tradición llegó a ser fundador de la iglesia en este país. ¿Y Felipe? Por supuesto, volvió a Samaria, para retomar su trabajo allí. ¡Ni hablar! Fue llevado por Dios,

y, encontrándose en Azoto, "pasó de pueblo en pueblo anunciando las buenas noticias, hasta llegar a Cesarea" (8.40), es decir, por toda la costa palestina. Los que tienen el privilegio de vivir en lugares de avivamiento deberían aprender de la actitud de Felipe, y las prioridades que demostró Dios con Su siervo.

Samaria se ha alcanzado, y toca ahora a los gentiles. ¿Pero cómo va a impactar una secta judía a los paganos? El historiador y médico Lucas nos lo cuenta todo. Se nos relata en gran detalle la conversión de la figura clave para la obra entre los gentiles, el fariseo Saulo (cap.9), testimonio que se vuelve a contar dos veces delante de gobernantes romanos. Hasta Pedro estaba de viaje en Judea, visitando hermanos en Lida, Sarón y Jopé (9.32-43), rompiéndose barreras no sólo geográficas sino socioculturales (ningún judío practicante entraría en la casa de un curtidor). Allí, en casa de Simón, Dios le obliga a que abra los ojos a los gentiles, y se dedican casi dos capítulos a la conversión de Cornelio y su familia, las primicias de los no judíos (cap.10,11). Lucas no tarda en contarnos el próximo paso, que acontece en Antioquía donde habían llegado algunos creyentes de Chipre y Cirene, quienes "hablaron también a los no judíos, anunciándoles las buenas noticias acerca de Jesús el Señor. El poder del Señor estaba con ellos, y muchos, dejando sus antiguas creencias, creyeron en el Señor" (11.20,21, DHH).

El "centro neurálgico" de la iglesia se traslada a Antioquía, de donde sale el próximo empuje hacia Roma, en manos del apóstol Pablo, al principio bajo la tutela de Bernabé. Ciudad tras ciudad, y luego región tras región reciben el Evangelio, los creyentes gentiles se multiplican, y algunos se incorporan a los equipos apostólicos. Chipre, Panfilia, Antioquía de Pisidia, Iconio, Listra, Derbe, Galacia, Misia, Macedonia, Acaya o Grecia, Asia... la lista de conquistas crece, a pesar de las batallas perdidas (Atenas, por ejemplo) y las bajas sufridas (Juan Marcos). Finalmente llega a la mismísima Roma, pasando por las cortes de más de un gobernante civil. Al interrumpir su relato, el imperio romano ha doblado la rodilla al nombre de Jesucristo, el único Salvador.

Ésta es la historia de la cual Hechos 1.8 es el versículo clave, la

historia de la bendición de Dios derramada a favor de las naciones de la tierra. No es cuestión de recibir una bendición individual de Dios, sino de recibir su bendición para a la vez poder ser, nosotros, bendición a las naciones. Otra Biblia de estudio, la Biblia "Plenitud" publicada por la Editorial Caribe, nos comenta este versículo así:

"La encomienda y la promesa finales de Cristo, Evangelización Mundial. En cinco referencias en el NT, Jesús encarga directamente a sus discípulos ir y predicar el evangelio a todo el mundo (Mt 28.18-20; Mc 16.15-18; Lc 24.45-48, Jn 20.21-23, Hc 1.8). Aquí, la Gran Comisión está precedida por su promesa del derramamiento del Espíritu Santo. El dotar de poder para la evangelización a nivel mundial está ligado inseparablemente a esta promesa. Obviamente, se necesita recibir este poder si es que la gente habrá de hacer suyo plenamente el evangelio. Pero, antes que eso, hay otro asunto que espera resolución. El Espíritu Santo ha venido para convencernos de que debemos ir. Necesitamos poder para servir con efectividad, para sanar a los enfermos y para liberar a quienes estén poseídos de espíritus inmundos. Debemos recibir el primer unguimiento del espíritu santo, o sea, poder para actuar, para ir. Entonces, el Señor nos dará: 1) poder para buscar a los perdidos; 2) autoridad para declarar con energía a Jesús como el Hijo de Dios; y 3) poder para establecer su Iglesia, localmente y a lo largo y ancho del mundo. Son muy claras las fronteras para la expansión de la predicación del evangelio: "... y me seréis testigos en Jerusalén (local), en toda Judea (nacional), en Samaria (transcultural) y hasta "lo último de la tierra" (internacional). El último mandamiento dado por Jesús aquí en la tierra pone de manifiesto el poder y la voluntad de Dios para cumplir con la obra de la evangelización mundial. (Jn. 20.21-23/Hch. 4.1-12)"

El libro de los Hechos acaba, si se puede hablar de un final en este relato, con Pablo bajo arresto domiciliario en Roma, la capital del imperio más poderoso jamás visto en la faz de la tierra. Con este telón de fondo, Lucas termina con dos afirmaciones trascendentales. Primero, indica la dirección en la que iría el movimiento evangelístico futuro y a

la vez profetiza su éxito: "de ahora en adelante esta salvación de Dios se ofrece a los no judíos, y ellos sí escucharán" (28.28, DHH). El mensaje de Cristo se predicaría a los gentiles, las naciones, y ellos aceptarían al Mesías rechazado por los propios judíos.

En segundo lugar, abre la puerta para que la historia siga de la misma manera. Servimos a un Dios que abre puertas que ninguno puede cerrar, y cierra puertas que ninguno puede abrir (Ap.3.7). Allí en Roma Pablo pasó sus días, a pesar de ser prisionero, "predicando el reino de Dios y enseñando acerca del Señor Jesucristo abiertamente y sin impedimento" (28.31, RV). Nada ni nadie puede impedir la obra de Dios, en manos de sus siervos, al llevar la Palabra de salvación a los confines de la tierra. No se puede parar el inexorable avance del Reino de Dios.

Así llegamos al final del relato de Lucas, pero la historia sigue. Casi termina en media frase, indicando que el verdadero relato de la expansión de la Iglesia sigue hasta hoy; el libro de los Hechos de los Apóstoles contiene 28 capítulos escritos, pero Dios tiene escrito en su corazón el capítulo 29, y el 30, y el 31... Y los que figuran en este libro no son los "grandes" de la iglesia, los predicadores conocidos, sino los que están contribuyendo directamente a la extensión del Evangelio según el esquema revelado en Hechos 1.8, hasta lo último de la tierra.

Mientras queden lugares que todavía no saben del Salvador, mientras el Evangelio todavía no haya sido predicado en "todas las naciones", el fin no vendrá. Y el libro de los Hechos seguirá siendo escrito. Pedro, Juan, Felipe, Bernabé, Lidia, Pablo, Priscila y Aquila, Apolos, el propio Lucas... allí están todos, y muchos, muchos más. Quedan capítulos por escribir, y nombres que colocar. ¿Estarás entre ellos? ¡Qué gozo será leer nuestros nombres en ese libro, y saber que hemos contribuido, por muy mínima que sea la minimísima parte, a la extensión de la Iglesia de Cristo entre las naciones del mundo!

"Señor, heme aquí, envíame a mí. Llevaré tu gloria a las naciones"

17: Por último, hermanos

"El discurso ha terminado," dijo una vez un predicador sabio, "Ya todo ha sido dicho" (Ecl.12.13, DHH). Y así es. Hemos llegado al final de nuestro tiempo juntos. Agradezco tu compañía, y espero que haya valido la pena llegar hasta aquí conmigo.

Permíteme terminar con una última observación. Hemos dedicado muchas páginas a aquellos aspectos "no inspirados" de nuestras Biblias, pero siempre con el ánimo de poder descubrir el mensaje divino que la Biblia nos proporciona. Al fin y al cabo, nuestra meta en todo esto debe ser desenterrar el sentido pleno de la Palabra de Dios y comprometernos a obedecerla. Nada más y nada menos.

No nos compete intentar derribar esta creencia o aquella convicción. Nuestra misión es más bien, con la misma sinceridad y honestidad que deseamos tener el día en que estamos delante del trono de Dios, buscar conocer Su Palabra y ponerla en práctica. A Dios no le importa tanto nuestro desacuerdo con ciertas doctrinas y prácticas, o nuestra incomprensión de algún otro aspecto; le interesa nuestra obediencia a lo que *sí* entendemos de Su Palabra.

Nunca tuve que hacer la "mili", pero los que sí la han hecho se arman de toda una fuente de anécdotas e historias. Resulta que en el cuartel donde un hermano estaba cumpliendo su servicio militar acababan de pintar los bancos del patio, pero a alguien se le olvidó colocar el cartelito de "pintura fresca" al lado de ellos. El coronel, u otro alto oficial, ya no me acuerdo, no estaba al tanto de estas obras de mantenimiento, y se sentó en uno de los bancos. Habiendo disfrutado de un corto descanso - bien merecido, sin duda alguna - se levantó para seguir con la tarea y descubrió la triste realidad del estado de su uniforme. "¡Esto no debe volver a pasar!" gritó a un cabo asustado. "Monta de inmediato una guardia permanente aquí hasta nuevo aviso."

"¡A sus órdenes!" le respondía el subordinado, marchándose de prisa en busca de unos reclutas desprevenidos para ocupar el primer turno.

Pero de esto hacía varios meses ya, y, día y noche, la guardia seguía su vigilancia delante de unos bancos cuya pintura se estaba desconchando de nuevo. Nunca supe el final de la historia, lo qué pasó a este coronel, o durante cuánto tiempo mantuvieron este ejercicio inútil, pero me dejó impresionado. Su capitán había dejado unas órdenes, y la responsabilidad de aquellos soldados era obedecerlas. A falta de instrucciones nuevas, actuaron según las últimas órdenes que habían recibido. Habían sido fieles a su cometido.

Nosotros también hemos recibido órdenes de nuestro capitán. Antes de marcharse, hizo saber su deseo para con su Iglesia de una forma bien clara. Nos dejó una serie de instrucciones sencillas para regular tanto nuestra vida de creyente como nuestras relaciones como miembros de Su cuerpo, y nuestra relación con los de "fuera". Y desde entonces no nos ha comunicado nada que nos pueda hacer pensar que ha cambiado de idea, que estas instrucciones ya no son válidas.

Entre estas pautas de comportamiento encontramos la bien conocida "Gran Comisión". De hecho, fue la última cosa que nos dijo Jesús antes de ascender a Su Padre. No se necesita un doctorado en teología para descifrarla - hasta un niño la entiende perfectamente. Dios ha dado una comisión a Su Iglesia: ser portadores del mensaje de salvación en Su Hijo por el mundo entero, anunciándolo y enseñando lo que significa vivir como seguidor Suyo, hasta que todos hayan tenido la oportunidad de responder personalmente a Dios. Así de sencillo.

No nos compete discutir si se aplica a nosotros o sólo a los apóstoles, o preguntarnos si necesitaremos una llamada especial para involucrarnos en "misiones". Lo que espera de nosotros es que, como aquellos soldados, cumplamos las últimas órdenes que recibimos como Iglesia, hasta nuevo aviso.

Casi dos mil años después todavía queda un mundo por ganar. Quedan pueblos enteros que no han escuchado el nombre de Cristo, una población cada vez mayor de seres que no han escuchado el Evangelio,

y no lo escucharán si no se cambian las prioridades de la Iglesia de Cristo. Desde el día de Pentecostés, Dios ha tenido que luchar con un pueblo que no acepta el orden del día que Él ha establecido y prefiere marcar su propio rumbo. Los que toman en serio sus últimas órdenes siempre han sido una minoría, y así es también hoy.

Pero algo está cambiando, y la Iglesia de Cristo está creciendo a un ritmo mayor que nunca entre las naciones no occidentales, que están despertando a su responsabilidad misionera. Después de años en dependencia de misioneros "importados", de visión evangelística que no iba más allá de las fronteras de su propio país, están escuchando con un oído renovado el grito del corazón de Dios para con Su mundo perdido. Las últimas órdenes de Jesús están cobrando una nueva importancia.

"Os llamo mis amigos", nos dice Jesús, "porque os he dado a conocer todo lo que mi Padre me ha dicho" (Jn.15.15, DHH). Como dije antes, no importa lo que *no* entendemos de la Palabra de Dios; importa lo que hacemos con esta parte que *sí* comprendemos. Importa nuestra obediencia a sus mandatos. "Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que os mando" (Jn.15.14, DHH).

El reino de Dios no se extenderá por toda la tierra con palabras, teorías, modelos misiológicos ni bibliotecas enteras de libros como éste. Será por la obediencia al sencillo mandato de Jesús por parte de hombres y mujeres de Dios, ungidos con el poder del Espíritu Santo, y celosos por ver Su gloria entre las naciones. Pero empieza con la obediencia a la voluntad de Dios revelada en el último mandato de Jesús en la tierra. Nuestra compasión no nos motivará - tenemos el corazón duro, y no respondemos a la necesidad evidente que existe. El clamor por ayuda que nos llega tampoco nos llevará a predicar el Evangelio. Debe ser por obediencia, la entrega de nuestras vidas a la tarea que más conmueve el corazón de Dios - la búsqueda de los componentes de la novia de Su Hijo de entre todas las naciones de la tierra.

Con este reto llegamos al final, el reto de la obediencia al mensaje claro y sencillo de la Biblia con respecto a la evangelización mundial. Está en nuestras manos. "Dichosos vosotros, si entendéis estas cosas y

las ponéis en práctica" (Jn.13.17, DHH).

Dedicatoria

A mis padres, David y Joan,
por su amor y compromiso total conmigo
desde el día que nací

>

Agradecimientos

A David Botelho y el equipo de Horizontes Brasil, por el desafío inicial de escribir este libro.

A mis compañeros de iglesia y misión en España, quienes han sufrido conmigo al crecer en Jesús, y quienes sin darse cuenta han sido el terreno de pruebas para mucho de lo expuesto aquí.

A los que, a lo largo de mi vida con el Señor, hayan contribuido, en persona o a través de sus escritos, a mi discipulado y aprendizaje como creyente. Si he aprendido algo, se lo debo a ellos.

A mi esposa y mis dos hijos, que comparten conmigo la realidad de vivir para ser bendición a las naciones.

Al Señor, que me puso en su camino y me concedió el privilegio de ser colaborador suyo entre los pueblos del mundo.

Prólogo

NO TODO LO QUE HAY EN NUESTRAS BIBLIAS ESTA INSPIRADO POR DIOS!?

Cuando uno se confronta a una declaración como esta, la primera reacción es rechazo y la segunda nos recuerda con claridad que: "Toda la Escritura es inspirada por Dios..." (1 Timoteo 3: 18) ¿Quién tiene razón, el Apóstol Pablo en su carta pastoral a su discípulo Timoteo o Neil Rees, presidente de Misión Horizontes en España, en su libro ya publicado en portugués?

Para dar una respuesta certera, se debe hacer un análisis concienzudo de lo que Rees quiere decir. La respuesta está en su misma declaración: NO TODO LO QUE HAY..., ¿a qué se refiere?, ¿al texto únicamente o a todo lo que acompaña la encuadernación?

En un seminario, el profesor de Introducción Bíblica preguntó: ¿Es la Biblia la Palabra de Dios?, entre las respuestas del alumnado se destacó la de un joven que mirando a cada uno con fuerte convicción declaró: "No todo lo que la Biblia dice es Palabra de Dios, sí contiene Palabra de Dios", dejando atónitos a los presentes. Después de unos segundos de silencio profundo, el profesor preguntó asombrado: ¿Qué es lo que nos quieres decir?. Con mucha tranquilidad el alumno respondió: En la Biblia muchas veces Dios habla, en otras habla Satanás, en otras hablan hombres de Dios y también hablan paganos - hizo silencio, se quedó pensando, y dijo - ¡ah! también hay palabra de burra (por la de Balaam)" ¿Qué quiere decir esto? Es muy simple, cada declaración puede entenderse de varias maneras.

¿Se equivocó el Apóstol Pablo al decir que: "Toda la Escritura es inspirada por Dios"?. Nuestra respuesta es NO. ¿Se equivoca Neil Rees al manifestar: "No todo lo que hay en la Biblia es inspirado por Dios"? Nuestra respuesta es NO. ¿Se equivocó el alumno del seminario al

decir: "No todo lo que la Biblia dice es Palabra de Dios, si contiene Palabra de Dios"? Nuestra respuesta es NO.

Usted dirá: "¿Se han vuelto locos?", "¿Qué nueva herejía estamos diciendo?". Otra vez, todo debe ser entendido desde la razón que uno parte.

¿Cuántas veces nos hemos equivocado al dar un veredicto, por no haber analizado correctamente lo que se nos quería decir, verdad?

Como habrá comprobado, la Biblia no es un sólo libro sino muchos, es decir una biblioteca. Los libros de la Biblia fueron compuestos de a poco, a medida que se desarrollaba la historia de la redención. Mil años se tardó para ponerla por escrito. Muchos son los escritores, pero la autoría es de Dios, no le quepa la menor duda.

En cuanto a libros agregados a los sesenta y seis, son llamados apócrifos y también deuterocanónicos, no aceptados por la mayoría de los evangélicos.

Desde entonces, muchas traducciones se han hecho en la lengua de Cervantes y por ende diferentes puntuaciones y expresiones, hacen tener distintas interpretaciones, haciendo variar el contexto. De allí, texto sin contexto no es sino pretexto.

Ahora bien, ¿por qué Rees escribe este libro? "El "hilo" que une el libro - me comenta el autor - "es un pensamiento que he encontrado en la interpretación bíblica, o sea, el hecho que nuestras Biblias contienen muchas cosas que deben ayudarnos en la interpretación, pero que a veces pueden eclipsar o hacer inaccesible otras interpretaciones de ciertos pasajes".

El libro tiene un doble propósito, el primero declarar que la puntuación, separación por capítulos, versículos, títulos, concordancias, comentarios, etc. etc. no son de la autoría de Dios y de esto se infiere el segundo propósito: ayudar a los creyentes a pensar por sí mismos, y corregir la gran falta de interés misionero en la mayoría de las iglesias en este momento.

Así cada capítulo del libro comienza con una experiencia personal

relevante, considera un caso en particular, da un ejemplo de unos textos específicos, y trae una aplicación misionera de estos textos, aplicación que muchas veces se pierde o no se resalta.

Cuántas discusiones e interpretaciones se han tenido con respecto al versículo 8 del primer capítulo del libro de los Hechos del Espíritu Santo a través de los Apóstoles, debido a las tantas traducciones y puntuaciones diversas. No sé cual traducción utiliza usted y su interpretación a la misma, pero lo que importa es lo que Jesús quiso decirles como último mandato, y sé que lo dejó para el final puesto que era el más importante.: "Pero cuando venga el Espíritu Santo sobre ustedes, recibirán poder y serán mis testigos TANTO en Jerusalén COMO en toda Judea y Samaria, y HASTA los confines de la tierra" Jesús les quería decir que SIMULTANEAMENTE debían cumplir con este proceso de ser "mártires" en esa proyección geográfica (Hch.1:8) y proyección étnica: "...hagan discípulos de todas las naciones" (Mt. 28: 19) y NO quiso decir en una acción GRADUAL. Algunos en el siglo XXI, como los discípulos del primer siglo se quedan en Jerusalén pues hay mucho por hacer, y nunca llegan a los pasos posteriores. Los discípulos sufrieron persecución debido a que se quedaron en Jerusalén (Hechos 8:1) y no obedecieron a la llamada: "GRAN COMISION" pasando a ser la GRAN OMISION. ¿Podrá entender la iglesia de hoy que el mandato es una acción simultánea y no gradual? Dios ha intervenido a través de los siglos "moviendo" a su iglesia por medio de persecuciones , conflictos bélicos, etc. Analice, usted, la historia, su propia historia y se dará cuenta de lo que le digo.

La lectura de este libro lo inspirará, pues su meta es estimular la visión misionera combinándola con principios hermenéuticos. Después de todo, la Biblia es un compendio misionero, desde el Génesis al Apocalipsis se entreteje el plan de redención, y al fin es esto lo que se desea resaltar.

Buenos Aires, Argentina, 8 de agosto de 2001

Edgardo Raúl Sureñian

Presidente de la Red de Cooperación Misionera: "Misiones

Mundiales (COMIBAM Argentina)"

Ex Vice-presidente de FACIERA (Federación Alianza Cristiana de Iglesias de la República Argentina)

Director del PEMByM (Programa de Entrenamiento Misionero Bivocacionall y Ministerial)

Presidente de AMCE (Asociación Misión Cristiana Evangélica)

Pastor de la Comunidad del Encuentro

Nota: Las citas bíblicas son tomadas de la NVI (Nueva Versión Internacional)